

BANDERILLAS Y PANDERETAS

AQUILES VERGARA VICUÑA

BANDERILLAS Y PANDERETAS

(Impresiones de viajes por España y Portugal)



SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA UNIVERSITARIA
ESTADO 63
1921



«El chileno es en general esencialmente andariego; para él distancias no son distancias siempre que al cabo de ellas logre mucho bueno o mucho que admirar.»

J. J. VALLEJOS.

Esta definición del carácter chileno hecha por un escritor de la primera generación tiene el valor de un texto de sociología nacional. Es un alto relieve definitivo.

Chilenos se encuentran en todas partes, adaptados a todos los medios, en los más diversos climas, en las más apartadas e inhospitalarias latitudes. Los hemos visto en muchas ciudades, presentándose en los Consulados cuando la situación se hacía difícil; habían salido del país nada más que por curiosidad, por la nativa trashumancia, y querían regresar al hogar... El chileno jamás olvida su hogar, la patria, que es una visión de sol, de empanadas, rico mote y cuecas nacionales con mujeres melosas de grandes ojos terciopelados. La aspereza de la vida extranjera agranda esta visión de abundancia, esta plétora vital que

no ha tenido ni Rubens para pintarla ni un Balzac para describirla...

¿Por qué no decir que la novela «El Roto», pensada en Europa, es la vida nacional como la vió éste que escribe a través del lente de una distancia larga llena de añoranzas por el terruño?...

Todo chileno de cualquiera clase social, de cualquiera tendencia, tiene presente la tierra cuando viaja. Cuando manda una carta o una crónica es por el deseo de impresionar a los suyos describiéndoles lo que él vió. Aun aquellos que parecen escépticos y antipatriotas en pasando las fronteras no piensan más que en Chile, en nuestro bello y exuberante Chile. Aun las damas de nuestra sociedad, desdeñando la vida brillante y bulliciosa de grandes capitales extranjeras, guardan sus vestidos que compran y sus novedades para lucirlos en la Alameda y el Centro, con el pensamiento puesto nada más que en Chile.

Es natural que tal país de viajeros patriotas tenga un gran número de libros de viajes. Tal es el caso de Chile: sería curioso hacer una estadística sobre esto. Bástenos decir que en menos de un año han aparecido últimamente cuatro libros de viajes: «BAJO LA MEDIA LUNA» *por Alfredo Riesco,* «PORTUGAL» *por Labra Carvajal,* «EN VIAJE» *por Eleodoro Yáñez y* «BUENOS AIRES ESPIRITUAL» *por Romero. Ahora Aquiles Vergara Vicuña nos presenta este hermoso libro «Banderillas y Panderetas» manojo de frescos y agudas observaciones por España y Portugal.*

Yo tengo un gran placer de presentar este libro agradable de un escritor joven y exuberante. «Banderillas y Panderetas» es un libro que se toma con gusto en

las manos. ¡Parece que fuera a sonar! En la tapa vemos a un flamenco requebrando a una bella morena que se esquiva ágil y coqueta; es una tricromía luminosa que prepara amablemente para penetrar en el espíritu del escritor nuevo que va a llevarnos a España... Es como el golpe de campana y el tricornio de los guardias civiles y el primer acento característico de la gente en la primera estación española cuando entramos alborozados los americanos en la Madre Patria.

Da gusto entrar así en una tierra querida, con un guía entusiasta y joven.

«EN VIAJE» *y* «BANDERILLAS Y PANDERETAS» *publicados este mismo año tienen una inmensa importancia, porque marcan una evolución notable en el sentimiento americano hacia España. Hasta hace poco los americanos que llegaban a la península se dejaban guiar por un espíritu superficial y materialista que denigraba al pueblo español. Los espíritus que culminaron por esta manera de crítica fueron Jorge Huneeus, chileno, y José Ingenieros, argentino, ambos escritores considerables. Mariano de Cavia en una de sus crónicas concisas y medulares comentó amargamente la ligereza de ambos intelectuales denigradores.*

Los libros de Eleodoro Yáñez y Aquiles Vergara, como los últimos libros de García Calderón y Blanco Fombona marcan la profunda variación en el pensar americano respecto a España.

«EN VIAJE», *es un libro escrito con claras visiones de filósofo y profecías lumínicas de estadista.* «BANDERILLAS Y PANDERETAS» *es un rocío de vida sana*

con el arco iris de la conciencia moderna despierta y vibrante.

Aquiles Vergara no llegó a España como nuestros zamacuecos infonsos y amanerados a descubrir una arruga en las sábanas de la fonda y un hoyo en el pavimento de Madrid.

El adelanto del water-closet, concepto suramericano de civilización, se borró para él ante la España polícroma, multifórmica, poderosamente vital en sus trágicos desórdenes y en sus confusiones étnicas tristes o chillonamente alegres. En todas las páginas de ese libro se nota cómo el autor va quedando más y más enamorado de la tierra de sus abuelos. Todo lo anima y le sugiere y lo hace cantar con pasión. Ha vuelto como el indiano, a pesar de ser chileno de tres generaciones: América va quedando lejos en su calidad de campamento, de patria transitoria, en tanto España se agranda, se agranda... la España formada, maciza, unísona en sus tragedias y desórdenes: gran nación por encima de todo y a pesar de todo.

Aquiles Vergara comprendió el valor real de la España de Pandereta; adivinó el sentido de las corridas y las verbenas; penetró con acierto las vetas del flamenquismo decantado por envidiosos e intrigantes.

Vergüenza sería para nosotros hispanoamericanos recibir lecciones de hispanofilia y vernos enderezados hacia la orientación verdadera por Norte América. El caso es que en la gran república de habla inglesa existe un amor creciente por España. Huntington, famoso hispanófilo, funda un edificio que costó más de cuarenta millones todo al culto de España dedicado. Norte América mira al Quijote y al Cid; traduce, investi-

ga; dirije una corriente de profesores y turistas a Toledo, Granada, Sevilla; en California renace la sobria arquitectura castellana; la enseñanza del español es obligatoria en los colejios fiscales. Se funda la HISPANIC SOCIETY OF AMERICA; *Blasco Ibáñez triunfa prodigiosamente ahí mismo donde Maeterlink fracasa. La música de Chapí, de Chueca, de Granados está en auge creciente.*

Afortunadamente seguimos la misma ruta, con fervor, silenciosamente, sin el ruido del país de las propagandas. Rodríguez Larreta con LA GLORIA DE DON RAMIRO *señaló el rumbo. Ahora es el director de una gran corriente que preconiza la transformación arquitectónica de Buenos Aires, en el sentido de volver al estilo castellano.* LA LÁMPARA DE ALADINO, *de Fombona,* EN LA VERBENA, *de García Calderón, y* BANDERILLAS Y PANDERETAS *de Vergara, manifiestan notable cambio en el espíritu hispanoamericano. Antes nuestros escritores llegaban a la península con deplorable espíritu de doctores criticones y reformadores. ¡Qué desastre artístico irreparable esa España americanizada que ellos pedían, sin palpitaciones trágicas, sin estridores nerviosos en la policromía de sus muchedumbres insondables! ¡Terrible manía esa que pretende igualar a todos los países por una concepción de progreso chicaguino! A Eça de Queiroz lo alarmaba la idea de que algún día pudiese ver a los negros del Congo leyendo* LE JOURNAL DES DEBATS. *¡Si la quintaesencia de civilización fuese finalmente una monotomía general de colores, de caracteres y de arquitecturas, malhaya la civilización! Pero la naturaleza es la variedad.*

España ofrece todos los prismas de la vida humana, desde el místico atraso de sus villas soñolientas hasta el férreo Bilbao, el Ferrol, erizado de altos hornos como puños cerrados de Atlantes, y Barcelona, la eternamente afiebrada y convulsionada, pequeño París epiléptico.

A mí, personalmente, ¿por qué no decirlo? Me gusta más el santo atraso de las ciudades dormidas, sin luz y sin orquestas, con la dulzura de sus poblaciones virgos, analfabetas. ¿Para qué enseñar en este siglo leninesco, cuando lo primero que ha de caer ante los ojos abiertos del humilde es un silabario de odio?

Comprensible sería que protestasen de su atraso los toledanos o los avilenses, pero no tiene nombre la protesta del turista que por pocas pesetas tiene exactas visiones de las bellas edades pretéritas.

Comprensible sería que protestasen los analfabetos del gobierno, pero no se comprende la protesta del turista que goza de buenas criadas, modestas y hacendosas, y de buenos servidores inocentes y respetuosos, que no han bebido la copa amarga del odio de clases.

El libro de Aquiles Vergara es el libro del turista moderno, bien abierto a las luces, sin el pecado original americano, sin el prejuicio de las plazas municipales de las sociedades catedralescas.

Su pluma es segura, elegante, justa. BANDERILLAS Y PANDERETAS *es el heraldo de un nuevo escritor. Los viajes despertaron este espíritu inquieto, esperanza de las letras nacionales.*

J. EDWARDS BELLO.

ALGO DE HISPANOAMERICANISMO

BASTANTES PROBLEMAS OFRECE EUROPA AL ESTUDIO DE LOS PUEBLOS JÓVENES

Es indudable que la vida de los pueblos de una misma raza está determinada por una común conveniencia de entendimiento y asociación.

Tratándose de España y de sus jóvenes hijas de América, el designio histórico está todavía más claramente prefijado, ya que la fraternidad que pueda existir entre la antigua metrópoli y las nacionalidades que fueron su patrimonio, descansa en un mismo pedestal de civilización y de progreso.

España no es ya la potencia fuerte y batalladora de otros siglos. Está debilitada por la cruenta y esforzada odisea de su historia muchas veces centenaria y tiene dentro de su relativo poderío el deber y el honor de mantener incólumes el prestigio de su tradición, la savia de sus virtudes, la conservación de un idioma y hasta las añoranzas de un pasado ya casi desaparecido.

Para esto nada más indicado que la compenetración de miras más absoluta con las repúblicas americanas de su origen.

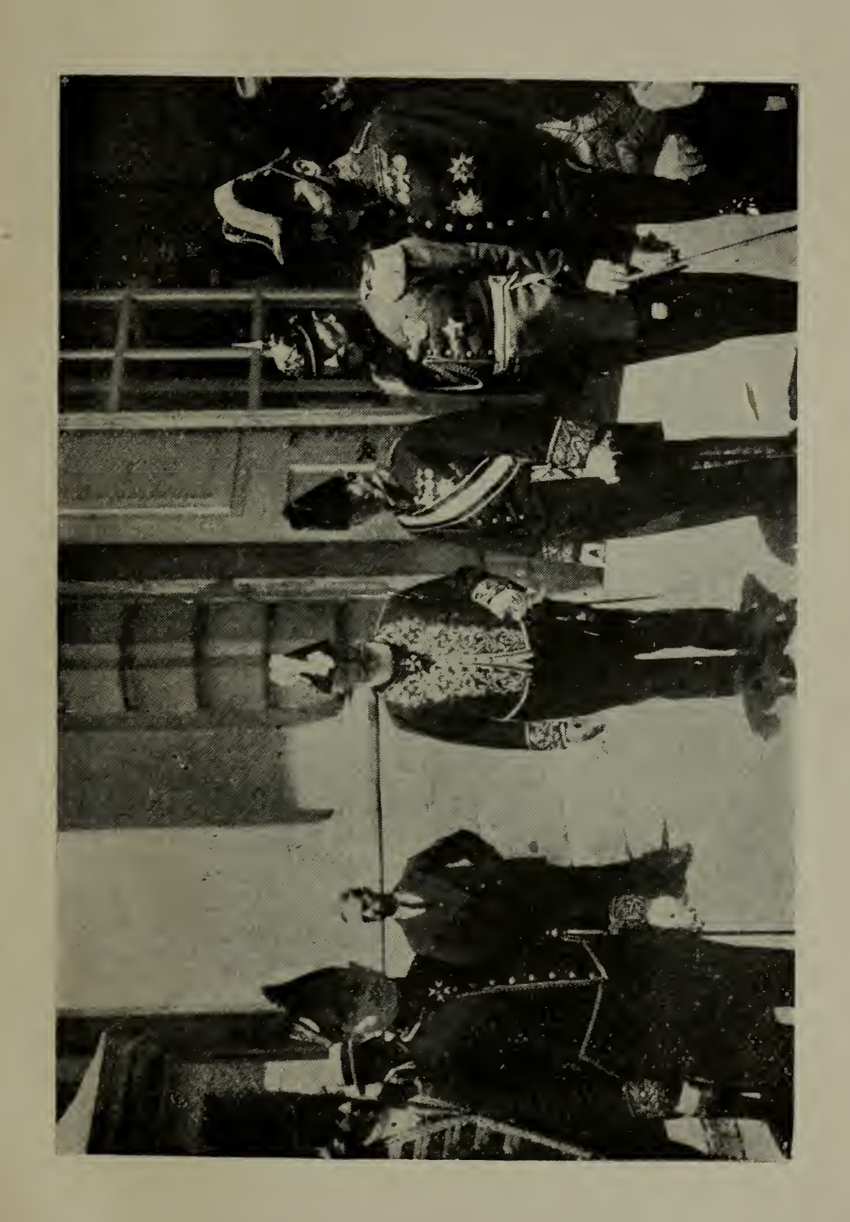
Nadie que lleve sangre española en sus venas puede desconocer lo que significa para el porvenir de la raza, el ideal tan declamado, pero tan incumplido del hispanoamericanismo.

Estoy cierto que tanto aquí como allá se conoce y se aprecia el problema. Lo que seguramente se opone a su intensificación y mayor eficacia es la debilidad material de los pueblos componentes, añadida a la enorme competencia comercial y política que caracteriza la época presente.

Pero si esto es de por sí determinante, y si en todos los tonos se reconoce en España y en América que la Alianza espiritual es un hecho incontrovertible y que la material también lo es derivada de aquella, pero restringida a los escasos elementos con que se cuenta, los que solamente el transcurso de los años y el incremento de la riqueza podrían aumentar, ¿a qué, entonces, buscar a su sombra el artificio retórico? ¿A qué ejercitar el auto-bombo? ¿A qué, en una palabra, vulgarizar y hacer desagradable este concepto por muchos títulos respetable?

Curioso es observar con espíritu crítico la obsesión dominante que sufre el sudamericano cuando llega a España. No puede decirse propiamente que sea un trasplantado; esto sería poco, pero sí puede asegurarse que continúa exacto al grande o ínfimo cacique que era en el terruño.

Esta es una verdad amarga para nosotros y agri-



dulce para los españoles que tienen ocasión de sorprenderla.

Por ello tenemos aquí los sudamericanos fama de melosos, de frívolos y hasta de cursis.

El tipo del «ché» argentino, del «guajiro» cubano y del «cholo» peruano, pertenecen ya a los tablados castizos de Lavapiés. El nuestro del «roto» se defiende por su indo naturaleza e inflexible idiosincracia de caer en el plagio popular extranjero, que busca siempre lo explotable y lo risible. Esto sucede en cuanto se refiere a lo típico, a lo profundamente nacional de cada país americano. Pero en todo aquello que revele clase superior, persona de posición o arribistas encumbrados se puede englobar a todos los sudamericanos como únicos e indivisibles, naturalmente aceptando en la afirmación las consabidas excepciones.

Sabido es que una de las pasiones más arraigadas en la vida americana es la de hacer política menuda y jactanciosa, así no es extraño que los políticos (allá todos creen serlo) vengan a Europa y con especialidad a España a continuar haciendo el oficio. La escasez de versación en la ética política de la mayoría de ellos, podría ser una prudente mordaza si no se les presentara diáfano el socorrido tema del hispanoamericanismo.

Anteriormente hice un distingo de esta actividad desarrollada en España o en los demás países europeos, diferencia que se explica en el desconocimiento que tienen estos cultores de otros idiomas y en la ausencia de un ambiente de paciencia y de

cortesía, que les es muy difícil encontrar fuera de la península ibérica.

El sudamericano ve en la madre patria un mundo aparentemente parecido al que dejó allende el océano, en el cual cree poder desenvolver su vida en idéntica forma que lo hacía en su país. En este error estriba su actuación operetesca y hasta destemplada, que tan a menudo llama la atención en los diferentes círculos de la vida madrileña.

España con su fuerte y ruda constitución castellana, nación de antiguos y nobles hidalgos, no ve con buenos ojos la petulancia y la falta de sobriedad tan común en el individuo hijo de países jóvenes, que han asimilado diferentes hábitos cosmopolitas, lo que los ha capacitado para un progreso más múltiple, pero menos propio y por lo tanto más sujeto a los vaivenes de la fortuna.

Lo fundamental, lo sólido, lo definitivo existe en la cultura europea como una tradición, que ni las convulsiones sociales triunfantes de la época, podrán anular o restarle fuerzas.

La democracia sindicalista penetra regeneradora en los viejos y caducos organismos, arrasando lo arcaico y creando nuevas fuentes de derecho y de vida. Pero esto se hace como una evolución necesaria a la civilización de los tiempos y no como una transformación violenta de la psiquis popular.

La cátedra y el libro van jalonando la ruta de las reformas y los cientistas de la didáctica sociológica no abandonan la palanca directriz en manos de las ansias reivindicacionistas que alientan las masas proletarias.

Si esta es la razón y la fuerza del mañana revolucionario ¿por qué no compenetrarse del valor que le da vida? ¿por qué no apreciar ese desarrollo todavía embrionario, ese movimiento social y político que tantas sorpresas puede dar a la humanidad?

Por desgracia la mentalidad política sudamericana, que es lugareña y caudillista dentro de los límites del suelo patrio, se hace internacionalista y declamatoria al trasponer la frontera. Igual puede decirse de nuestra literatura, de nuestra diplomacia de oropel, en el afán de satisfacer en el extranjero su desmedida vanidad.

He tenido ocasión de comprender y aquilatar el sentido genuino del pueblo español en sus diferentes clases y aun en sus variados aspectos de regionalismo.

La sobriedad y la fuerza mental en la acción, son sus virtudes dominantes.

La cultura general sudamericana la aceptan con hospitalidad, por hermandad de sangre y de lengua y también por cierto fatalista «dejar hacer». De aquí a que se la reconozca como útil y digna de aplausos hay un abismo.

El gran Rubén Darío, Blanco Fombona, Vargas Vila, Gómez Carrillo, Amado Nervo, Edwards Bello, Manuel Ugarte y algunos otros son excepciones honrosas aquí en España, de las letras y de la intelectualidad del mundo de Colón.

Cultivando la poesía, la novela, la crónica, la crítica o haciendo apostolado en la tribuna, éllos han demostrado con bríos no igualados las energías

potentes y creadoras despertadas en el seno de la descendencia de la vieja raza.

No hace mucho el robusto artífice de la novela española Vicente Blasco Ibáñez, le escribía cariñosamente a nuestro compatriota Edwards Bello diciéndole reconocer en el autor de la «Cuna de Esmeraldo» al mejor novelista americano.

Sensible es entonces que perdamos lo que hemos ganado en forma tan brillante, por la actuación negativa de otros tantos, que se sugestionan al pisar tierra europea considerándose la última palabra en materia de intelectualidad y de erudición.

Referir los casos de ridículo producidos por la publicidad de trabajos de pacotilla, destinados candorosamente por sus autores, a ganarles la notoriedad ó a conseguirles la gloria de una medalla de cobre, es para llenar centenares de cuartillas.

Y no es que en esto incurran jóvenes sin experiencias que viajen por placer y que no tienen otra responsabilidad y representación que la de sus propias personas. No, si tal sucediera no tendría la menor importancia ni, trascendencia en la colectividad.

Pero el caso es, que los que generalmente se entregan a estos inútiles y costosos desvaríos son precisamente aquellos que por el oficialismo de sus cargos debían dar ejemplo de parquedad y de discreción.

Inútil es decir que este bombo literario o declamatorio está basado en el complaciente y zarandeado hispanoamericanismo.

Son dignos de compasión los empleados de la

secretaría particular de S. M. el Rey, que tienen que imponerse y contestar los centenares de folletos que anualmente se dedican al monarca en pro de la gran política y felicidad de la raza.

Es de censurar a los compatriotas que sin versación, ni pauta alguna hacen públicos los resultados mediocres y gentilmente exóticos de sus imaginaciones mal encauzadas.

Enérgica reprobación merecen los chilenos que utilizan la ayuda de menudos empleados de una administración extranjera, para conseguir el halago de una recompensa oficial, a sus torpes vanidades insatisfechas.

Conviene hacer votos para que nuestro gobierno no delegue ni la más mínima representación en ninguna persona que no esté cabalmente capacitada para reflejar con creces nuestro progreso y nuestra cultura en el extranjero.

Extirpado el mal de que me ocupo, la idea de la confraternidad iberoamericana será unánimemente apreciada dentro de la serenidad que se deriva del prestigio histórico y de los comunes intereses que surgen de la realidad en que vivimos.

Las fuerzas inmanentes predestinadas al triunfo no necesitan de la ayuda que quieren ofrecerle trabajos y actuaciones de índole meramente personal.

CRÓNICAS MADRILEÑAS

Madrid se halla en la actualidad envuelto en la atmósfera cálida peculiar de la estación. El calor arrecia y las personas que pueden darse el alivio del veraneo, hacen de prisa sus preparativos para abandonar la ciudad con dirección a las grandes playas de moda, o a las rías de Galicia, o a los pintorescos pueblecitos de agua que abundan en la sierras.

Pero como no toda la población puede dejar la capital, he aquí que ésta tiene que proporcionarse buen verano y mucho esparcimiento, dando con ello al negocio de espectáculos al aire libre la gran ocasión del año.

Día a día nuevas instalaciones de este género entran en la competencia, proporcionando al público una sorpresa no exenta de frescura... Los teatros han cerrado sus puertas, y los que aun persisten en prolongar la temporada tienen que recurrir a un máximo esfuerzo de novedad en el cartel.

Hasta la Plaza de Toros disminuirá la importancia de las corridas. Los diestros «fenómenos» se

han despedido del circo madrileño hasta la temporada de otoño, y para entonces podrán repetirse esas «faenas estupendas», al decir de la «afición», como las realizadas en estas últimas semanas a cargo del torero de Triana, Juan Belmonte, alternando con José Gómez, el «Gallito» de Gelves. Ambos irreemplazables sucesores de esos grandes lidiadores que pasaron a la historia de la tauromaquia con los nombres de Lagartijo, Guerrita o Luis Mazzantini, este último que fué rey del estoque y hoy sólo es diputado provincial. Suerte que tienen los grandes toreros.

Y ya que de toros se trata, diré que se han celebrado en estos días las tradicionales corridas del año. La Plaza en estos días se ha remozado de fiesta; de sus balcones han pendido hermosos tapices; los lidiadores han lucido sus mejores galas, y los banderilleros se han afanado por colocar en el morrillo de las fieras los rehiletes de honor. En cuanto al público: unos llenazos completos y un entusiasmo indescriptible; y si añadimos a esto el conjunto de las mantillas y de las siluetas femeninas destacándose como manchas de luz y color entre la vestimenta masculina, resulta un cuadro de vida que impresiona por su fuerza llena de gracia y sabor nacional. La de beneficio a la Cruz Roja fué presenciada por la real familia. La Reina Victoria, en su carácter de presidenta de la institución, fué el alma y organizadora de la corrida, y como tal la presidió, hermosa y suave en el marco asentador de su tocado muy español.

Paseó garbosa la cuadrilla. Brindaron después


397 - MADRID — Puerta del Sol

los espadas, trabajaron altivas las capas y las muletas entre ¡olés! entusiastas; doblaron las bestias una a una, encerrando el acero; arrastraron las mulas al término de cada lidia y por último la concurrencia aclamó a los gentiles soberanos que siempre se muestran gustosos de participar de las emociones de su pueblo.

Madrid se agita y bulle por sus arterias. Al atardecer todo el mundo se lanza a la calle aprovechando la fresca. Millares de carruajes descubiertos trafican veloces a la Castellana o al Retiro, llevando en su interior elegantes damitas o jóvenes con humos de gravedad señorial. Es la «gente bien», como dicen los cronistas de sociedad.

Vagando por la puerta del Sol, o por la Carrera de San Jerónimo, o descendiendo por Alcalá hacia la Cibeles, se aprecia lo enorme que es, durante el estío, el tráfico madrileño. Los cafées han invadido las aceras con sus mesitas, y las gentes se disputan las escasas sillas que se desocupan. La iluminación de las vitrinas y de los anuncios en grandes letras apoyados en las más altas cornisas de los edificios, contribuyen a la penumbra semi dorada en las horas crepusculares madrileñas.

Desfilan las modistillas presurosas, de regreso al hogar, huyendo instintivamente de los cultivadores del piropo; esperan los novios en las esquinas o en la concurrida parada del tranvía; muévense al azar los pollos que presumen; se detienen ante las tiendas las niñas de familia con sus respectivas ma-

dres, preparando mentalmente las compras del siguiente día, o cuando se pueda, según sea la disposición del papá.

El bullicio crece en la Puerta del Sol, donde es fama que se encuentra de todo. Puede decirse que esta gran plaza irregular y sembradas tan sólo de asfalto y rieles de tranvías, es el corazón del plano de la capital. De ella arrancan y a ella concurren todas las vías que conducen a los diferentes barrios, constituyendo así un gràn recurso, para el forastero especialmente, que al no existir ésta, tendría que sudar muchos afanes para entenderse con la topografía de la metrópoli. No es por esto de extrañar que la Puerta del Sol sea grata para propios y extraños, a pesar de la vieja y modesta estructura de los edificios que le sirven de coronación. En ella se corre, se empuja, se grita, se pregonan embelecos o folletos baratos, se asaltan los tranvías, se hacen quites a los vehículos; y esto se debe al papel de víctima que desempeña, de recibir y repartir cotidianamente, semejante a una oficina postal, todo el movimiento humano que se opera en Madrid. Cuando un concejal declaró el peligro en que se encontraba la Puerta del Sol, de hundirse a causa de las obras del Metropolitano, el clamor fué unánime en esta buena ciudad, hasta que los ingenieros garantizaron la seguridad más absoluta.

Madrid en la noche presenta un aspecto más tranquilo, parangonándolo con el activo atardecer. No es que la gente se quede en casa, no: ella en su mayoría sale a respirar a pleno pulmón; pero para ello no prefiere pasear por las calles céntricas

donde ya no ve entretención, ni llamativos escaparates.

El Parque del Retiro, «Parisiana» en la Moncloa, la explanada de Paseo Rosales, que da la impresión de estar acantilada sobre el mar, si con este confundimos el abismo salpicado de luces que se divisa abajo: sumando a éstos la Bombilla, Ciudad Lineal y otros sitios análogos rodeados de saludable naturaleza, se deduce que los madrileños pueden consolarse de los 40° que sufren durante las horas de reverberación solar.

Las cuatro o cinco de la madrugada llegan en estas condiciones insensibles para los vecinos de Madrid, dando así la idea de una inversión en los espacios normales de tiempo para el descanso y el trabajo.

La procesión del Corpus y la apertura de las nuevas Cortes, han sido los dos grandes acontecimientos públicos de estos días.

El primero ha revestido los caracteres de grandiosidad propios del sentimiento religioso arraigado en este pueblo, que sería el primero del mundo si entrara por el liberalismo, que hoy como nunca mueve la conciencia universal.

Las tropas abriendo calles y arrodillándose al paso de la custodia. El acompañamiento formado por las autoridades locales, la Grandeza de España, las órdenes militares y centenares de congregaciones laicas o religiosas. Una carroza de respeto de la Corona, arrastrada por cuatro parejas de ca-

ballos empenachados y con servicio de gran gala y algunos flamantes escuadrones de vistosos húsares cerrando la procesión. Todo un despliegue de fuerza oficial y popular, propio de la antigua España de las fiestas pomposas, con heraldos, maceros y tabales; de históricos uniformes, de tradicionales hábitos y, sobre todo, de mucha fe reflejada en los semblantes y demostrada por los ininterrumpidos regueros de esperma caída de los grandes cirios.

La ceremonia de la apertura de Cortes proporcionó un fiasco a los madrileños. Los preparativos para el paso de la regia comitiva se habían hecho del Palacio Real al Congreso de los Diputados, pero a última hora se vió que los regimientos tomaban otra disposición, obedeciendo al acuerdo mantenido en reserva, de hacer la lectura del discurso de la Corona en el edificio del Senado.

Este hecho fué muy comentado por parte de la prensa y de los círculos políticos, no faltando alusiones lanzadas por congresales de las izquierdas, desde la tribuna parlamentaria.

El Presidente del Consejo ha disculpado el cambio de itinerario declarando haberse dispuesto así para no molestar más tropas que las necesarias para cubrir un recorrido menor como el realizado.

Pero a *La Correspondencia Militar* no le sentó bien esta galantería gubernativa y protestó en nombre de la disciplina y espíritu de sacrificio del ejército.

Esta controversia ha estado tal vez fuera de lugar, ya que debe admitirse que en los tiempos que corren toda precaución se hace poca. Y para probar este aforismo, no hay más que acordarse de los pseudos transformadores del orden social que andan sueltos por el mundo.

EN EL CAFÉ MADRILEÑO

La gran Villa y Corte de Madrid alberga en su seno centenares de «cafées», cada uno de los cuales tiene, podría decirse, su pequeña tradición particular y su ambiente tan exclusivo como propio.

Difícil es escapar a la sugestión de esa vida sobria y amena que trascurre en el café.

Respetando la variedad de su respectiva condición, admitiendo la diferencia de rango, de tamaño, de confort, de ubicación y hasta de simpatía que existe entre ellos, todos desenvuelven una vida próspera y feliz, ajena a rivalidades, hospitalarios con todo el mundo, módicos en sus precios, democráticos y confiados en su íntima psicología.

A pesar del letrero que se lee en muchos de ellos «se reserva el derecho de admisión», jamás sucede el caso que las puertas de un «café» se cierren para alguien. Por el contrario todos entran y salen con la absoluta confianza que lo harían de sus propias casas, y esto se debe a que el «café» es el salón de una gran familia, cuyos componentes si no son parientes, parece que lo fueran.

A propósito de esto se puede asegurar que el respeto mutuo en España se encuentra en un altísimo nivel. La gente hace su vida de relación afablemente, sin dejar traslucir esa curiosidad mortificante y sin preocuparse de los defectos del prójimo con la insistencia y el desplante con que se estila allá en los democráticos países de allende el océano.

Ese vaho de recelo y de beligerancia que alienta en la atmósfera de la insalubre y trágica cantina de nuestro país es totalmente desconocido aquí.

Buena impresión da ver al señorito tomando con naturalidad el aperitivo al lado del obrero, que indiferente ha pedido agua con azucarillo. En esta forma sucesivamente se va componiendo el curioso conjunto que domina en el «café».

El madrileño gusta de frecuentar el «café», al que respeta y quiere como cosa propia, en tal forma que deja deslizar la mitad de sus días alrededor de la «peña» favorita. No le falta razón al hacerse de este hábito, pues en él encuentra la comodidad de cumplir con todos los menesteres más usuales, añadida al agrado especial que experimenta.

Eso de poder escribir tanto una novela, como una postal, de descansar indefinidamente, de ver muchachas guapas, de reunirse con los amigos, de conversar gravemente con la prometida o decir chirigotas con la novia postiza y todo esto con entera libertad, es algo que agradece el parroquiano, máxime cuando el vaso de café con leche vale sólo cuarenta céntimos y el bocadillo de jamón la mitad de esta cantidad.


MADRID. — Avenida del Conde de Peñalver (Gran Vía).

Esta tradicional generosidad y *savoir faire* de los cafées madrileños ha cimentado la fama y el bienestar de que legítimamente gozan.

La intensa acción social que desarrollan es inapreciable en lo que respecta a la morigeración de la clase popular y a la nivelación de su cultura.

Se puede decir, y no sin fundamento, que la psiquis del pueblo español debe mucho de su progreso al ambiente tibio y de confianza que encuentra en el «café».

El tipo común del local es espacioso, con muchas mesas de mármol diseminadas hasta en los rincones; un sofá ininterrumpido y blando, tapizado de rojo o de verde se extiende a lo largo de las paredes, que están cubiertas por grandes espejos; al fondo, en lo más escondido hay un reducido mesón con licores, que generalmente se ve olvidado de los clientes.

Que mediocre resulta el tabernario mesón madrileño si lo comparamos con el santiaguino siempre pletórico y triunfante. Cuanta mayor diferencia media todavía entre éstos y los otros si consideramos en ambos sus actividades características.

Aquí se aprecia el alcohol sólo como un buen estimulante para el organismo en la oportunidad que éste lo necesita. Allá el alcohol es el complemento obligado de la charla, de las reuniones y de la atención social.

En Madrid la temperancia no influye ni poco ni mucho en la alegría, ni en el contento de vivir de la gente.

En Santiago, por el contrario, ésta es sinónimo

de aburrimiento y de tristeza, a causa tal vez de que pocos piensan que pueda existir otra satisfacción más natural y menos dañina que la muy efímera y artificial que producen los engañosos tóxicos.

Por esto el carácter español tan sobrio y austero en apariencia, no es comprendido ampliamente como fuera de desear por sus hijos de América.

En estos mundos la vida tiene un sentido real y definitivo, el trabajo y el solaz se armonizan sin ruido ni brusquedades, a la inversa que en nuestro país donde se corre muy de prisa e intensamente la existencia, forzando las energías y debilitando, por ende, la dinámica social.

Buena idea de sensatez da el pueblo español en su justa medida de generosidad y en sus inofensivas expansiones. «Pan y toros», dijo un escritor condensando lo indispensable de la vida española. Yo agregaría a esta verdad, la no menos importante que significa la «peña» o corrillo en el «café».

De aquí entonces que el «café» madrileño sea el club de todos, grandes y pequeños, sin excepción.

En ellos se alternan, en pintoresca familiaridad artistas y toreros, ganaderos y políticos, señoritas y cocottes, obreros y modistillas, chulos y manolas, en fin, de todo cuanto compone la gruesa sociedad madrileña.

Interesante es dominar la diversidad del conjunto a una hora concurrida, tarea punto que menos imposible de cumplir con acierto. Unos escriben, otros hablan de la última huelga (diariamente se sucede una última), algunos de la política del mo mento o del avance del bolcheviquismo; los má

de las verónicas de Belmonte o de Gallito; los hay que comentan el último estreno o a la nueva estrella que debutó en Romea; y para abreviar, los menos se preocupan en serio de hacerle consumo a la casa.

Castizo y bondadoso público madrileño que se muestra tal como es en la animación y en la alegría de sus reuniones de «café».

Qué especial simpatía tienen algunos de ellos en el ajetreo de la vida cotidiana.

Quien que haya estado en la coronada villa no conoce el viejo «Fornos», café de artistas bohemios, de forasteros y de damas de tres al cuarto; quien que no haya tomado chocolate en el «Suizo»; quien que no cenó alguna vez de madrugada en el Colonial; quien que no haya presenciado el desfile por Alcalá a la vuelta de los toros desde las mesitas en la acera del Lion D'or o del Ideal; quien que no haya visto al maestro Benavente triste e irónico. presidir su fiel «peña» del Café Lisboa o a don Ramón de Valle Inclán con sus barbas enmarañadas pontificar a sus admiradores en el de Levante; quien por último que se haya sentido indispuesto ha dejado de correr al clásico Pombo a tomar una horchata de arroz que sabe a maravillas y que es exclusividad de la casa.

Y como éstos nombrados, otros cien que pueden esconder en su modestia de años y habitual monotonía tal vez el origen de alguna obra famosa que se escribió ante un vaso de leche en una mesa de mármol, o la conferencia que trajo una crisis del gobierno, o la organización disimulada y pacienzuda

de un atentado anarquista o de un sindicato de resistencia, que es lo mismo.

Si hablaran las paredes de los cafées madrileños cuánto de amargo y de dulce podrían contarnos.



503 - MADRID a vista de pajaro

LA VERBENA DE SAN ANTONIO DE LA FLORIDA

La primera verbena del año ha empezado en estos días; alrededor de la capilla de San Antonio de la Florida, en las orillas del tranquilo Manzanares, he visto el cuadro más atrayente de costumbres madrileñas.

Madrid entero siente devoción e inmenso regocijo por estas fiestas tan tradicionales como únicas.

Después de la de San Antonio vendrán otras, y los incansables romeros apenas tendrán resistencia para cumplir debidamente con las últimas del turno, en razón de tanto bailar y trasnochar en las anteriores.

La llegada de la temporada verbenera parece traer consigo un cambio del espíritu y de los hábitos de la capital. Lo que en el helado invierno sólo era tristeza y soledad nocturna, hoy se torna en carnavalesco entusiasmo que no decae sino con la aparición del nuevo día.

En la sombreada avenida que desciende del corazón de la ciudad a los bellos parajes de la Bom-

billa, todo es ahora alegría, bullicio sano y fandanguero. Centenares de vehículos: automóviles, simones, ómnibus, alternan incesantes en el tráfago alborozado, con grandes calesas de mulas cuarteadas que ensordecen con sus cascabeles y elegantes coches de línea inglesa, arrastrados por troncos de pura sangre, que piafan rabiosos obedeciendo la presión de enguantadas manos de aristócratas.

A ambos costados de la carretera forman artístico y perfumado conjunto millares de macetas con geranios, claveles y hortensias, que adornan el mercado verbenero, haciendo contraste con las freidurías de churros y los hornos de condimentación de las patatas, saltadas.

Por entre las flores bullen las mocitas luciendo airosas el triunfante mantón de Manila o ataviadas con la hermosa mantilla prendida con coquetería en altísimo peinado, propio de las circunstancias.

Una fantástica iluminación se entreteje con el ramaje inundando de luz los puestos de toda especie, que complementan las diversiones de la fiesta.

En las inmediaciones de la capilla, que también es museo valioso del arte, por encerrar en sus muros los frescos admirables del gran artista que mejor supo interpretar el naturalismo sano de las costumbres españolas, don Francisco Goya, cumplen su cometido de entretener a la concurrencia grandes carrouseles, vertiginosos columpios y otras espléndidas instalaciones del solaz rotatorio.

Siguen a continuación los stands de tiro, sobre blancos de curiosos mecanismos, los kioscos de rifa,

las tiendas de artículos de cerámica y de juguetes; los exhibicionistas de «fenómenos» que sonríen picarescos; los gitanos de la buena ventura o de las maldiciones, según sea el gasto de «perras-gordas»; los ventrílocuos y prestidigitadores. Todos clamando por público con desaforadas rogativas. En fin, una completa presentación de pequeña industria y de arte en ciernes que encantan por sus módicas pretensiones. Uno que otro «timo» bien hecho forma parte de la amenidad del programa.

Si vamos a considerar el ingenio que revelan los objetos que cubren los improvisados mostradores, la originalidad de los anuncios, la simpatía de la vocinglería reclamatoria y la animación desbordante de miles de almas entregadas de lleno a la celebración verbenera resulta que nada tiene de reverenciada la conmemoración del santo de la Florida. Por el contrario, parece que se tratara de celebrar el salero madrileño, con sus manolas y chisperos.

Lo religioso duerme profundamente, mientras el chotis castizo se mueve acompasado e intencionado, con el acompañamiento de un organillo de manubrio.

Bajo los árboles frondosos, que cuelgan luminarias como lágrimas, circula la sidra asturiana y la cerveza de barril; entretanto las parejas, muy posesionadas de su papel, interpretan el único «baile de fundamento», al decir de los que conocen el oficio.

En todos los sitios se ve al clásico chulo madrileño, alma de la producción sainetera, personaje

grave y garboso, con su gorrilla caída de un lado, con el pañuelo al cuello y sus pantalones abotinados, moviéndose con andares que entusiasman a las chicas, sin distinción de rubias o morenas, si son hijas del pueblo de Madrid.

Los «señoritos» no olvidan tampoco que es noche de jolgorio, asistiendo en numerosas pandillas, mientras las familias campanudas se contentan con divisar desde los coches, en la carretera, lo que sucede entre el gentío bajo los arcos resplandecientes y la mágica iluminación del parque de la Florida.

Las verbenas representan algo muy útil en la vida española en su principal significado de fiesta genuinamente popular. La bondadosa idiosincrasia del pueblo madrileño, realzada por una alegría sana y respetuosa, tiene su mejor exteriorización en estas fiestas cultas y sencillas.

Las festividades de San Antonio de la Florida están consagradas por una vieja tradición y por el cariño que sienten hacia ellas los madrileños. Además, Goya, en varias de sus telas, nos muestra la importancia que tuvieron desde antiguo los bailes del Manzanares.

Con todo, existe una duda; y esta es la que debe sentir el santo de la Florida, al apercibirse que sus devotos sienten preferencia por el chotis y los caballitos del carrousel.

LA CRISIS DEL JAIMISMO

En estos últimos meses ha preocupado vivamente a la opinión pública española la solución del problema tradicionalista planteado enérgicamente por los defensores de la causa carlista, que ven en el pretendiente Don Jaime una negación o una abierta contradicción a la política de su ilustre padre.

El viejo tradicionalismo seguido por la inmensa mayoría de sus hombres ha roto públicamente con Don Jaime de Borbón, y por lo tanto con la minoría que todavía le permanece fiel.

El tradicionalismo y el jaimismo se encuentran frente a frente.

Los sustentadores del primero levantan como bandera de combate la lealtad al espíritu y a la letra del testamento político de Don Carlos, los del segundo están en la incertidumbre y en el caos derivados de las contradictorias declaraciones de su jefe.

El fin de la guerra ha precipitado la escisión, poniendo en claro la profunda desinteligencia existente desde el fallecimiento de Don Carlos entre la doctrina y la insegura realidad del partido.

Hoy día el tradicionalismo se alza, se conmueve hasta lo más hondo y hace un intenso llamado al cumplimiento de la consigna.

Don Juan Vásquez de Mella y don Ramón Melgar, abogan por la definitiva orientación de la política tradicionalista, con o sin pretendiente, ya que han perdido la fe en su soberano, cuyos errores han revelado a todos los vientos de la publicidad.

En *El Correo Español* han estado apareciendo los documentos que prueban en forma fehaciente la inconsecuencia política y mental del pretendiente.

Es un proceso largo e incomprensible a primera vista. El príncipe desde el extranjero ha tratado de dirigir la política heredada de su padre y su actuación ha sido en cada caso desgraciada.

Sus leales amigos han guardado silencio y reunido paciencia durante años, esperando siempre un rumbo sensato, que nunca llegó. Sólo ante las injustas inculpaciones de su soberano, han hecho públicas sus protestas, escribiendo en esta forma la historia de la crisis.

Así vemos cómo Don Jaime fué germanófilo antes y durante la guerra; cómo se transformó en lo contrario después del triunfo de la Entente; cómo se contradice en sus manifiestos en que trata de definir el concepto del tradicionalismo y la forma de Monarquía; cómo tan presto hace declaraciones de acendrado catolicismo o de ardiente liberalismo.

Sus antiguos partidarios no han podido seguir entendiéndolo y lo han abandonado. Eso es todo.



Madrid. — Palacio Real: Vista general.

En la amplia explicación de su actuación, Vásquez de Mella prueba punto por punto las razones que abonan la separación del tradicionalismo de la autoridad de Don Jaime.

Para conseguirlo el leader carlista publica cartas y declaraciones autorizadas del pretendiente, escritas o hechas en diferentes ocasiones.

Algunos ejemplos bastan para formar cabal idea de lo ocurrido.

Cuando Vásquez de Mella pronunció en el Congreso sus famosos discursos de 28 y 29 de Mayo de 1914 sobre política internacional española, recibió desde París el día 31, el siguiente telegrama de Don Jaime: «Esperaba *El Correo Español* de hoy impaciente. Te felicito. Estoy contento. Gracias muy afectuosas.—*Jaime*».

La síntesis de los discursos de Vásquez de Mella encerraba su idea capital en estas palabras: «Inglaterra conspirará siempre para mantener nuestra debilidad. Aquel que sea enemigo de Inglaterra, ese será nuestro amigo internacional y yo no encuentro otro en este momento que la Triple Alianza».

Después desde Feroshdorf y a propósito de los mismos discursos escribió lo siguiente: «Dile a Mella que lo felicito y me uno al aplauso nacional. He tenido ocasión en Münich de hablar—no solamente con el Rey de Baviera, sino que también con la duquesa de Brunswick, hija del Emperador Guillermo—de la guerra y del anteúltimo discurso de Mella en el Congreso, sobre alianzas; todos han quedado extrañados del silencio de la prensa alemana;

les expliqué las razones políticas del Gobierno español para que no se comunicasen a Alemania y a su prensa, política tan opuesta a la que Don Alfonso y su Gobierno siguen desde antes de Agadir y que hacía tan simpático en Alemania el tradicionalismo español.

(Párrafos de una carta al marqués de Cerrallo, de fecha 27 de Junio de 1914).

«...He tenido aquí hace unos días al embajador de Alemania, que vino a almorzar; éste parece algo más enterado, y fué muy amable; me dijo también que «sólo por complacer a los jaimistas se quitó el monumento a Ferrer en Bélgica» (carta del 28 de Julio de 1915).

Como se ve, Don Jaime es ardiente partidario de la política de acercamiento a Austria y a Alemania. Y ahora damos vuelta la hoja, encontrándonos con los manifiestos del pretendiente dirigidos después de la guerra: «...Mi entrañable cariño a España y mi ardiente deseo de verla alejada del conflicto mundial, me imponían la más estrecha neutralidad, y esa es la actitud que ordené; desgraciadamente no fuí obedecido. Una parte de nuestra prensa, equivocadamente, contra mi voluntad, emprendió una desdichada campaña en favor de uno de los bandos beligerantes»... «Espero que me rindan cuenta los que tienen el deber de hacerlo, para depurar responsabilidades»...

(Primer manifiesto, 30 de Enero de 1919, París).

...«Que actuando como guía de nuestra prensa *El Correo Español* exageró e inventó los hechos para acaparar todas las simpatías a favor de los

Imperios Centrales... Que esa actitud exigía imperiosamente mi enérgica protesta».

(Segundo manifiesto, fechado en Biarritz el 15 de Febrero de 1919).

Comparando la extrema diferencia de la correspondencia del pretendiente durante el conflicto, con los manifiestos posteriores a él, se aprecia la falta de orientación absoluta y los palos de ciego que daba a costa del prestigio de su partido y del suyo propio.

A propósito de monarquías, dice Don Jaime en su segundo manifiesto:

«Sería criminal a la par que pueril tratar de dividir y de desbaratar a una fuerza nacional tan poderosa como la que nosotros representamos por una simple cuestión de conducta que en nada toca a los principios, cuando de la conducta de los que me reconocen como su jefe, yo sóy a todas luces el único juez competente como el único responsable ante Dios y ante España». En resumen trata de afirmar el derecho a imponer y variar a su antojo la política internacional y el derecho a ser juez único responsable de la conducta colectiva, barriendo por lo tanto Cortes y Consejos para establecer el absolutismo que rechaza las limitaciones del poder.

En otro manifiesto se refuta en este concepto de gobierno hablando de la monarquía tradicional y constitucional, con sus Cortes y Gobiernos, con el Rey que reina y gobierna sin sombra de despotismo.

Y por último, para abreviar, los tradicionalistas

están en la duda respecto a las verdaderas condiciones de cristiano del pretendiente. Unos lo creen ferviente religioso; otros un liberal con tendencias socialistas.

El se explica en un manifiesto pedido y exigido por sus partidarios, con las siguientes palabras: «Puesta la mano sobre mi conciencia puedo afirmar que en la misericordia divina, jamás aun en medio de las vicisitudes de mi vida de soldado, aun viviendo en naciones heterodoxas, he sentido desmayar mi fe... Hijo sumiso soy de la Iglesia; creo cuanto ella cree y condeno cuanto ella condena; reitero mi filial obediencia al romano Pontífice...

(Está fechado en París, 24 de Marzo de 1919).

En cambio Melgar, a pesar de su afecto paternal a Don Jaime, refiere textualmente una conversación sostenida con éste a propósito del programa tradicionalista, el 29 de Octubre de 1912, sobre la que escribió una carta a Mella. La lealtad de estos viejos servidores de la causa carlista mantuvo en reserva hasta el día, las tremendas aseveraciones contenidas en ella.

Entre otras afirmaciones, Don Jaime decía a Melgar, que no era católico, ni monárquico, ni nada; que no era más que una sola cosa y esa era ser ardientemente español. Agregaba que para él no habría otro móvil en la vida que el bien de España, y que por eso se resolvería al horrendo sacrificio de casarse. Por ese bien, él estaba dispuesto a hacerse protestante o mahometano, siempre que redundara en provecho del país.

Tal dice la carta de Melgar de las palabras de

Don Jaime en esa ocasión. Según ella, el que jamás ha sentido desmayar su fe, considera que no hay abominación mayor que el programa tradicionalista, que no hay salvación para España más que expulsando las órdenes religiosas y echándose en brazos del más desenfrenado liberalismo. Pero no autoriza a decir al público lo que dice en la intimidad a sus familiares, y que si éstos enseñan al público al hombre, él lo negará y dirá que son calumniadores y que se han vendido y que es más católico que ellos, y el partido lo creerá, porque necesita creerlo.

Melgar en otro párrafo de su carta indica que los carlistas deberían hacer hablar a su jefe, para conocerlo definitivamente, que no tiene otra solución.

Es preciso, es indispensable que se suicide; nosotros no podemos matarle, exclama enérgico.

Lo que ya se cernía sobre el tradicionalismo el año 1912 ha estallado ahora potente como nunca por la larga acumulación de errores y de debilidades.

Don Jaime se defiende desesperadamente, ayudado por sus escasos partidarios en el justo deseo de salvar parte de su prestigio en bancarrota.

Y el grueso del partido tradicionalista se separa del príncipe, haciendo una nueva afirmación de principios. El cesarismo de Don Jaime ha sido quebrantado, y el partido se robustece a la sombra de su caída; pero deja de tener la expresión y el sím-

bolo representativo necesario para continuar aspirando a reemplazar una dinastía.

Católicos tradicionalistas y, por lo tanto, antiliberales y antiparlamentarios, piensan desarrollar sus energías al amparo y por la iglesia; luchando por la reintegración foral de las regiones, de acuerdo con la norma de las tradiciones históricas y de las necesidades actuales; deseando el régimen representativo que tiene su origen en las constituciones históricas y que es la antítesis del absolutismo parlamentario; oponiendo el sindicalismo cristiano a la invasión del sindicalismo comunista; y afirmando la política internacional en los grandes pedestales que imponen la geografía y la historia, el dominio en el estrecho y en la costa marroquí, la federación con Portugal y la unión cada vez mayor con los Estados hispanoamericanos.

Este será en lo futuro el programa de los monárquicos tradicionalistas, que carecen de rey. Y a propósito de esto es interesante exponer la nueva opinión tradicionalista sobre el régimen dinástico.

«Somos monárquicos los que creemos que la monarquía es la primera de las tradiciones políticas de España, y la que, inspirada por la Iglesia, la formó, y esperamos que aunque la redención social que sacude a Europa barrerá a las monarquías que todavía permanecen en pie y que la prepararon el camino con sus abdicaciones, la verdadera monarquía resurgirá purificada, aun cuando las actuales se extinguiesen. Pero como ponemos la

legitimidad de la institución sobre la dinastía y la del ejercicio sobre la de origen, no podemos aceptar como símbolo a quien no crea y ame lo que creemos y amamos nosotros, ni dispensar y malgastar la actividad y las fuerzas en la defensa de prestigios que se han anulado a sí mismos, cuando todas las energías son pocas en estas horas supremas para restaurar el orden social que vacila y se quebranta hasta en sus propios cimientos.»

Esta es la despedida de sus ex-súbditos a S. M. sin trono, y, ahora sin amigos, Don Jaime de Borbón. ¿Habrá sufrido el príncipe ante el rechazo de sus partidarios, que antes lo veneraban? Sólo él lo sabe. Pero hay muchos que creen, y no sin razón, que el flamante coronel del ejército de los zares, el parisién refinado y humorista, el vividor galante de los casinos y de las ciudades de estación está tan tranquilo en su situación de pretendiente sin partido y sin esperanzas de ocupar jamás un trono, como antes cuando oía zalamerías y felices vaticinios de sus cortesanos y del mundo excéntrico de las grandes capitales.

No hay que olvidar tampoco lo aseverado por el ilustre secretario de Don Carlos: «Estoy persuadido que Don Jaime no quiere ser Rey, pero sí pretendiente. A esto no renunciaría por nada del mundo».

POLÍTICA ESPAÑOLA

España se encuentra actualmente al margen de una nueva crisis, esta vez más complicada y seguramente de mayores transcendentales consecuencias que otra anterior.

Desde la organización del llamado Gabinete nacional en 1918, que fué integrado por todas las agrupaciones en que se dividía la opinión, se han venido sucediendo gobiernos transitorios formados de prisa y sin programa o fuerza parlamentaria definida, para evitar así, la parálisis de la actividad nacional.

Poco se ha adelantado hasta la fecha con esta clase de solución de las crisis, siendo la mejor prueba de ello el hecho que los diferentes gobiernos que han pasado últimamente por el poder no han podido cumplir su cometido principal de legalizar la situación económica del país, que sigue viviendo con un presupuesto de tres años de data.

Si a este gravísimo síntoma sumamos lo nula que ha sido la labor ministerial y parlamentaria en materia de legislación social, reclamada ardo-

rosamente por el proletariado y los buenos patriotas, tenemos que la situación reviste caracteres excepcionales que pueden ser causa de efectos determinantes en el futuro de la nación o del régimen.

El gabinete de concentración nacional, presidido por don Antonio Maura, pareció ser en razón de su composición el verdadero gobierno, de tanto tiempo atrás ansiado por los españoles. Sin embargo, colocado de frente al problema catalán y a la necesidad imperiosa de encauzar las finanzas del país en una norma que respondiera a su riqueza y desarrollo espiritual, chocaron los intereses y principios antagónicos dando lugar a la bullada ruptura, que hizo perder al señor Maura la única ocasión de su vida de gobernar con la aquiescencia de la mayoría de la opinión.

Caído Maura, empezaron las escaramuzas de los partidos, surgiendo así el fugaz gobierno de García Prieto, que fué casi personal, ya que de antemano se conocía su debilidad para afrontar la situación que semejaba un caos. Este Gabinete de característica transitoria, debía irremisiblemente a corto plazo ceder su lugar a otro mejor basado en las combinaciones de los partidos y que contara, por ende, con más fuerzas parlamentarias. Sin embargo, es oportuno recordar que su jefe el marqués de Alhucemas, anticipándose a la caída del Gabinete Maura, declaró vibrante en el Congreso, haber llegado la hora de las izquierdas. Hasta hoy este vaticinio no se ha realizado, pero puede que en estos días tenga su confirmación.

La crisis del gobierno García Prieto fué resuel-



MADRID. — Palacio del Congreso y Carrera de San Jerónimo.

ta con el llamado del conde de Romanones al poder. Interesante es bosquejar la breve historia de este Ministerio de esencia liberal. Con escasa fuerza propia en el Congreso; apoyado sólo en forma limitada por otras agrupaciones y atacado a fondo por una minoría hostil, este gobierno realizó el milagro de conjurar (naturalmente a medias), los dos grandes movimientos que pudieron haber aproximado a España, a la desintegración o al abismo: me refiero al regionalismo revolucionario y al sindicalismo anárquico.

El conde de Romanones obró en estas circunstancias con exquisita prudencia, no exenta de firmeza, como hizo gala de sus relevantes dotes de diplomático.

Garantizando el orden público; realizando con éxito una nueva afirmación de política y penetración en Marruecos; llevando la voz de la neutral España a París, Romanones dió la batalla en el Congreso por la normalización del erario y las reformas sociales más elementales exigidas por las fuerzas vivas de la nación. En esto no pudo ser afortunado; los conservadores negaron su apoyo al presidente del Consejo en todo lo que no se refirió al orden público y a medidas económicas del momento.

Su sistema pacífico, triunfante en las profundas convulsiones ocurridas en varias provincias y especialmente en Barcelona, no fué comprendido sino por aquellos que era útil lo comprendiesen, conseguido lo cual Romanones resignó el poder de

la noche a la mañana en el ilustre político conservador y retórico orador don Antonio Maura.

Maura llegó a la presidencia del Consejo en esta ocasión, no con el aplauso de sus conciudadanos como en el Gabinete nacional, sino pasando por encima de la idea liberal que día a día se acrecienta en el organismo español, tratando de sacudirlo de su ya larga somnolencia.

En su actuación anterior el prestigioso hombre público acaudillaba todas las corrientes bien intencionadas de la política, que se olvidaban de banderías ante el propósito único y común: la suerte de la patria en peligro, puesto de manifiesto por un alerta sangriento. En la actualidad se presenta encabezando la fórmula Maura-La Cierva, sinónima de reacción conservadora.

Los hechos lo han probado. El gobierno monárquico-maurista apoyado por la fracción conservadora del señor Dato disuelve las Cortes y llama a nuevas elecciones estando suspendidas las garantías constitucionales y amordazada la prensa.

Las izquierdas liberales se fusionaron en la protesta denominando «facciosa» a la legislatura por venir; el gobierno posteriormente perdió terreno en las elecciones que consideró suyas y en estos días, abiertas las Cortes, ha empezado la lucha decisiva entre las corrientes dominantes de la política española.

Pronto se producirá una votación parlamentaria que al no contarse deserciones en el block de las izquierdas, la perderá el gobierno, no quedándole en este caso a la monarquía, según opiniones

autorizadas, que el albur de una dictadura militar.

La situación se torna crítica; el grueso público mantenido en la ignorancia por la previa censura, está orientándose a la verdad por los debates parlamentarios; las derechas se disponen a no cejar en defensa del gobierno que consideran salvador de la patria y la monarquía; y las izquierdas con Romanones, García Prieto y Alba a la cabeza, se han ratificado en solemne compromiso de llevar a cabo una poderosa concentración liberal para combatir a Maura y sus Ministros.

El dilema está muy claro. La Corona se ampara en sus tradicionales elementos de apoyo, y en los liberales monárquicos lentamente va infiltrándose el virus anti-dinástico.

Nubes muy negras se presentan en el horizonte de la política española, que al despejarse podrán mostrar una España vigorosa y rejuvenecida, o el espectáculo de un pueblo que se debate en un estado caótico, cercano a la decadencia y al vencimiento de la energía.

El verbo lírico y arrebatador de Castelar hizo triunfar un día la democracia española con su famosa república, respetuosa, sin embargo, de la influencia clerical.

En estos tiempos el liberalismo español no tiende ideológicamente al cauterio republicano, sino que busca dentro del régimen existente la anulación de la teocracia.

Lo que no intentó el gran repúblico es probable se obtenga en plazo no lejano, con la salvedad que la campaña no tenga carácter republicano.

EN EL REAL PATRIMONIO DE ARANJUEZ

A cincuenta kilómetros de Madrid se halla situado el término de Aranjuez, famoso por abarcar en su jurisdicción el Real Patrimonio que fundara Felipe II y que sus sucesores han conservado con cariño, aumentando incesantemente el atractivo de su belleza excepcional.

Difícil es para el viajero imaginarse que pueda encontrarse en la aridez de las tierras de Castilla un oasis tan magnífico y exuberante de vegetación como el real sitio de Aranjuez.

Son tan hermosas sus avenidas, tan poblados sus bosques, tan florecientes sus jardines y tan musicales sus aguas, que sin lugar a dudas puede considerársele como el Versailles español.

La fama de su valía ha traspuesto las fronteras y hoy como ayer Aranjuez es un punto obligado del turismo nacional y extranjero.

Al amparo de esta actividad el poblado gana día a día en importancia; viéndose a un costado del frondoso patrimonio la planta de una ciudad apacible y hospitalaria, de construcciones sencillas;

ocupada principalmente de las labores campestres en los hermosos plantíos de fresales y espárragos, en las abundantes hortalizas y en las arboledas frutales.

Qué provechoso y saludable al espíritu es dejar deslizarse una tarde en Aranjuez a la sombra de las añosas y refrescantes avenidas de sus parques privilegiados.

Cómo se siente la fuerza vivificante de su robusta vegetación, bajo un cielo de intenso azul que apenas se entrevé al través del ramaje, exudando un aroma de campiña que me hacía recordar nuestros predios rústicos y soberbios.

Pero cuán diferentes son en su belleza aquéllos con éstos, que aunque espaciosos, están moldeados y detallados por la acción inteligente de muchas generaciones.

Desde que el viajero llega al real sitio, empieza a admirar el frondosísimo arbolado que por todas partes se extiende, tomando bien la forma de olmos como de plátanos orientales o de abedules y fresnos.

La fachada de la regia residencia se presenta a poco en toda la severa sencillez de su línea señorial y de su rosado tono.

Próximo a él en su parte posterior se encuentra el famoso jardín llamado de la Isla, bordeado por el Tajo y aislado en todos sus costados por un profundo canal de piedra con verja a ambos lados que recuerdan las precauciones defensivas de otra época.

De paso se observan los múltiples arbustos y flores aromáticas que se reunen en él; como tam-


10 ARANJUEZ - PUENTE COLGANTE

bién las calles con árboles de extraordinaria corpulencia y la gran cantidad de estatuas y de juguetonas fuentes.

Este jardín a través de sus muchas reformas conserva siempre el sello de sus primeros dueños. Se entremezcla lo sombrío, que recuerda el carácter de Felipe II, con lo misterioso y coqueto, propio de la galantería de Felipe IV.

Terminando de almorzar en la vieja y aseada fonda del pueblo hago mi programa de excursión a desarrollar en la tarde. Mi guía es un muchachito de catorce años, vivo y simpático como el rapaz de nuestras ciudades.

Ya resuelto el itinerario, subo a un coche que me lleva por una ancha avenida de olmos, al Jardín del Príncipe, vasto vergel atravesado por el Tajo y cubierto de las especies más selectas de la flora mundial.

El jardín es un perímetro de siete kilómetros, donde se exhiben todas las artísticas creaciones de la naturaleza y del ornato. En su interior encierra la Casa del Labrador; numerosos pequeños jardines; fuentes monumentales representando figuras mitológicas; frondosas enramadas; esbeltas columnas de puro estilo griego, soportando capiteles jónicos; pabellones chinescos; frescas grutas sosteniendo figuras estatuarias, elegantes rotondas con templetes griegos y encubriendo este primor del arte, un laberinto de gigantescos árboles y gráciles arbustos, entre los que sobresalen el esbelto pino, el corpulento ácer, el flexible lauro real, el cente-

nario tilo, el aristocrático ciprés y el perfumado magnolio.

Jamás conjunto tan magnífico extasió mi vista sacudiendo mis sentidos a la fruición de la verdadera belleza.

Después me dirijo a la casa del marino y converso amistosamente con el veterano guarda de las reales falúas. Había sido contramaestre de la Armada y al mostrarme, historiándolas, las lujosas canoas, añadía curiosas anécdotas del Tajo y de las regias excursiones por su corriente.

La idea que concibiera Isabel la Católica de navegar por el río hasta Lisboa y que nunca llegó a realizarse, fué motivo o pretexto que impulsó a Carlos III a construir esta casa.

Entre todas las falúas en reposo en la casa del marino se destacan por su lujo fastuoso la de Isabel II y la de Carlos IV que son tapizadas en rico damasco y tienen pintados espléndidos frescos en sus bordas y toldillas.

No sin cierto temor subí al bote que me dejaría en la otra orilla del río. El guarda advirtiéndolo sonreía manejando el timón, en tanto la corriente transportaba insensiblemente a la embarcación fuertemente sujeta a un cable por una argolla corrediza.

Aranjuez en sus parques, en sus jardines, en sus monumentos, en su pastoreo, en sus fieles servidores me convencía de su linaje y de su encanto.

Quedábame todavía por conocer sus joyas y sus riquezas, lo que llevó mis pasos seguidamente a la Casa del Labrador que, como ya dije, está modes-

tamente velada por el ramaje del Jardín del Príncipe.

Carlos IV apasionado por las artes quiso reunir el mayor número de artísticas obras y ordenó para este efecto se edificara la Casa del Labrador.

Imposible es dar una idea exacta de todas las riquezas que encierra en sus estatuas, en sus tallados, en sus pinturas, en sus relojes, en sus tapices, en sus pavimentos, en sus mosaicos y en su costosísimo mobiliario.

Difícil sería encontrar la cifra que pudiera representar con exactitud el valor de esta joya.

Los diez y ocho departamentos de que consta tienen sillería de distinta clase, tallada y dorada, en relación con las mesas de mármol; diferentes son asimismo las colgaduras que decoran todas sus piezas, como la tapicería de sus paredes; distintas las arañas, floreros y candelabros; variada la combinación de sus mármoles y sobre todo la infinidad de caprichosos relojes a cual de más gusto y mérito.

Entre tanta riqueza sobresale la pieza cuyas paredes están incrustadas de oro, plata y platino; siendo también curiosos los bordados en seda hechos en Talavera de la Reina hace más de un siglo bajo la dirección de la reina María Luisa; los bustos de los diez y seis filósofos griegos colocados sobre pedestales de piedra extraída de las ruinas de Pompeya; y los regios regalos de porcelana de Sevres hechos por Napoleón a Carlos IV, y de una mesa de malaquita por Alejandro III de Rusia a Isabel II de España.

Antes de salir bajé a la cocina deshabitada, ori-

gen de los cimientos de la magnífica casa y única dependencia que guarda relación con su modesto nombre de Casa del Labrador.

Ya muy avanzada la tarde llego a visitar el Palacio Real. Este me da no menor idea de suntuosidad, aunque ya menos refinada que el anterior.

Cuadros y frescos de Lucas Jordan, de Teniers, de Bayeu y de Maella, principalmente, adornan las salas oficiales del Palacio. En las otras habitaciones se admira una verdadera exposición de telas, muchas de ellas famosas y alguna como La huída de los moros de Granada, por Joaquín Espartel, desarrolla un curioso efecto de óptica.

Pero la verdadera joya de esta mansión es la sala llamada de la música, hija del buen gusto de Carlos IV.

Sus paredes como su bóveda están revestidas de caprichosos paisajes y adornos chinescos de fantástico dibujo, cocidos y esmaltados con primor en la ya fenecida fábrica del Buen Retiro de Madrid.

Desde un balcón del Palacio abarco nuevamente ese panorama sin rival, satisfecho de haberme dado esa embriaguez de aire y de luz y sintiéndome pletórico de nuevas energías que llevar a consumir a la constante agitación de la capital.

Hasta la hora del tren, un buen rato, de charla frente a un bock de cerveza helada y a una gitana que nos hacía toda suerte de predicciones, haciendo cruces con la peseta que arrancaba de nuestra credulidad o de nuestra indiferencia.

Una hora más tarde nos despedíamos de Aranjuez que empezaba a ser envuelto por las primeras sombras de la noche, entre tanto vibra el canto sonoro de su noble naturaleza en reposo.

TOLEDO

Remontarse por los vericuetos de la historia y de la leyenda en busca del origen de esta antiquísima villa, antaño baluarte de fortísimo muro, es dar margen a la fantasía más contradictoria.

Su fundación se pierde en la lejanía de los tiempos.

Muchos creen que Hércules o Túbal, reyes de España, fueron sus progenitores; otros deducen que los judíos de Nabucodonosor, rey de Caldea, fueron los primeros en instalar sus tiendas en el fiero baluarte del Tajo.

También tienen muchos partidarios en esta rivalidad los griegos que llegaron a la Iberia después de la destrucción de Troya y los Cónsules romanos Tolemón y Bruto que guerrearon en la Península.

Todas estas hipótesis presentadas y fundamentadas en forma más o menos original no han tenido confirmación de ninguna especie. Lo cierto del caso, es que el año 190 antes de Jesucristo, ya Toledo era una ciudad rica y famosa que atraía la codicia del poderío de Roma.

El Pretor Marco Fulbio Novilior le puso cerco

y la ganó del dominio israelita, haciéndola corte de Capertania y mansión de los pretores.

La disputada ciudad vió acrecentar su importancia bajo la férula de Roma, siempre pródiga en artísticas concepciones de belleza y de obras de utilidad pública.

Aún se pueden admirar en la imperial ciudad, restos del acueducto y de otras construcciones de defensa o de ornato, lo que prueba el interés que tuvo ese gran pueblo en hacer de este peñón una base formidable de su esplendor.

Con el desmoronamiento del Imperio Romano pasó a ser Toledo la capital de la provincia cartaginense, hasta el año 569, en que el Rey Leovigildo, conquistándola, la eligió como capital de España y de la Galia Narbonense.

Durante la dominación gótica, Toledo conservó todos sus fueros de gran capital, aumentando su riqueza y su arte conjuntamente con el poder de sus defensas.

Esta era no fué de larga duración; el sarraceno Tarik derrotó al rey Don Rodrigo en Guadalete, apoderándose de la codiciada villa, a la que sus nuevos moradores llamaron en adelante Toleitola.

Toledo transformada en califato y después en corte árabe del territorio de Castilla la nueva, Murcia y Extremadura, experimenta entonces un auge asombroso al difundir el pueblo árabe su típica civilización y su robusta originalidad. La enriquecen, además, con alcanaes o mercados, con puentes y edificios públicos, aumentando también el diámetro de sus muros siempre alertas.


C. y A. 503. TOLEDO
Calle del Comercio

El sello que imprimieron los moros a la que fué su Toleitola subsiste, vivo y vigoroso hasta el presente. El se encuentra por doquier y se reproduce incesantemente en sus angostas y retorcidas calles en la irregularidad y desnivel de sus plazas; en la riquísima ornamentación que derrochaban en sus construcciones y en sus monumentos; en sus rejas que evocan el alma de un pasado; en sus espaciosos patios de piedra llenos de majestad en sus arcadas e inundados por el sol y la vida; en sus curiosos arabescos multicolores siempre admirados por la arquitectura de todas las edades.

La pátina del tiempo ha dado una fisonomía y hasta una expresión a esa creación material que invita a intensas vibraciones espirituales.

Esta secreta emoción es la que proporciona la legendaria ciudad a través de su dilatada y romántica existencia.

Casi cuatro siglos vivió Toleitola bajo el yugo sarraceno rechazando los embates de la pujanza castellana, hasta que por fin Alonso VI se hizo abrir la puerta de Bisabra; entre tanto el último rey moro Yahia Ardivil y los suyos, dejaban para siempre la tierra que fué de sus triunfos y desvelos.

La invicta ciudad al volver a poder de los monarcas cristianos, continuó siendo favorecida por la magnificencia y la generosidad de éstos. Buena prueba de ello dejaron a la posteridad de los siglos, en forma de esos testigos irrecusables que se llaman La Catedral, San Juan de los Reyes, el Alcázar, y otros monumentos que no desmienten la excelsa tradición toledana.

Toledo a mediados del siglo XVI era rica, fuerte y blasonada cual ninguna otra ciudad del mundo. Albergando desafiante en su Alcázar el cetro del imperio más grandioso que registra la historia.

Pero sus años estaban contados dentro de la plenitud de su orgullo. Felipe II pasaba largas temporadas en su palacio de Madrid, lo que hacía presagiar una mudanza de la Corte.

Y efectivamente esto llegó a ocurrir, dejando a la imperial ciudad sumida en la nostalgia de su pasado brillante y en el desaliento de su decadencia venidera.

Nunca olvidaré la impresión de duda que experimenté la noche de mi llegada a Toledo, al dejar la estación y avizorar por un instante el fondo negruzco de granito sobre el que descansan los cimientos de la población.

Sin tener otra cosa que hacer subimos en el coche de un hotel y empezamos a rodar penosamente por el camino que, serpenteando, conduce a lo alto de la ciudad.

Cinco éramos los turistas que nos aparecíamos tan a deshoras a recoger las primeras emociones que nos daría la ciudad histórica y monumental: mi excelente amigo J. E. B.,-nuestro afamado novelista, y una familia de tres personas, padres e hija, ésta graciosa y guapa como la mayoría de las españolas.

Una oscuridad tétrica realzaba el misterio de los acantilados abruptos que bordeaban la carretera; sólo una pequeña claridad de trecho en trecho muy distante, acusaba una minúscula lampa-

rilla eléctrica discretamente encerrada en un farol de rancio estilo.

A medida que ascendíamos iba habituándose mi vista a la penumbra, lo que me permitía distinguir imperfectamente algunos detalles de la accidentada topografía o de los revestimientos rocosos de la ladera.

Pasamos el puente de Alcántara, y el abismo rugiente del Tajo me dió la sensación de una fuerza desconocida y peligrosa.

Un caserío mostrábase en la parte que quedaba a nuestros pies en su mediocre iluminación, y más allá siguiendo el rumor sordo del río al alejarse, sólo la inmovilidad de las tinieblas...

Transcurrieron veinte minutos y estuvimos en la plaza Zocodover, ya dispuestos a congraciarnos con la vida toledana.

Aquí pude formarme idea que la negra caparazón exterior de Toledo no tiene ninguna similitud con la relativa animación provinciana que existe en su interior.

Algunos cafées bastante concurridos, grupos de gentes paseando o charlando en grupos. Mucha sencillez en todo, ningún elegante, muy pocas mujeres de sombrero, nada que no sea tranquilidad, me pareció la característica de esa población aletargada que no necesita de espectáculos teatrales ni cinematográficos, y lo que es más extraordinario, tampoco se ocupa de toros.

Las noches de Toledo son la esencia del recogimiento y del sueño reparador.

Al conjuro de su historia y de su heráldica con-

templaba desde lo alto en la explanada del remozado alcázar la ciudad despeñándose en pintoresca sucesión de viejos muros y techumbres hacia el Tajo profundo que describe una herradura a los pies de su granítica base, formando acantilados poderosos que dan al cuadro una pincelada agreste y severa.

La corriente negruzca del río va cambiando de color a medida que se aleja de su lecho de piedra, y continúa su curso ensanchándose por el valle verde y fértil, que contrasta con el pétreo e imponente marco del peñón toledano.

Mi vista no se fatigaba de repasar, una y mil veces, el conjunto del temible y tentador reducto de las luchas de la antigua Iberia.

Sobre las rocas de la otra ribera se alza la mole oscura del Castillo de San Fernando construído y reconstruído por romanos, sarracenos y cristianos y habitado más tarde por la orden de Los Templarios, con sus bastiones casi derruídos y sus almenas mutiladas.

El camino que recorrí la noche anterior a mi llegada, lo veo pasando por el histórico Alcántara y seguir bordeando árboles añosos y ruinas vencidas o muros enhiestos.

La vieja muralla guerrera destruída cien veces y otras tantas resurgidas en esas épocas de conquistas, ahora doblegándose al peso de su destino en lenta, pero definitiva agonía. Ya no será rejuvenecida o reconstruída como lo fué antaño.

Los puentes de Alcántara y de San Martín dejan ver su erguido porte y solidez en sus pórticos

medioevales, coronados por maciza torre y mostrando las hojas de sus puertas remachadas con planchas de acero.

Y luego detallo otros recintos murados, otros bastiones enormes, construcciones de estilo mudéjar, edificios con torres moriscas, puertas con torreones de aspilleras y con almenas en la coronación superior, y por sobre todo esto la ciudadela de roca del Alcázar enorme y siniestra con sus cimientos seculares.

Sigo después al Tajo en su curso admirando la fertilidad de la región que atraviesa, sombreada por buenas avenidas con pequeños relieves que le dan algunas colinas cubiertas de verdura, formando el todo un mosaico de diferentes colores con las variadas producciones de su tierra, y el sol dando fuertes paletadas de luz en la campiña generosa.

Noto que la población insensiblemente va arrastrándose hacia el valle espacioso y fresco, huyendo de la aridez de la roca y de la plasticidad nacida de la condición de piedra de su estructura.

Esto me lo demuestra fehacientemente el hecho de tener en otra época la imperial ciudad doscientas mil almas dentro de su murado recinto y en la actualidad con sólo veinticinco mil se ha rebalsado este límite tradicional.

Impresión de fuerza audaz y perenne da la ciudadela en sus revestimientos exteriores; paz y bonanza son las virtudes que ofrece su corazón al prodigarse.

La Santa Hermandad desapareció porque sus

servicios se hacían inútiles en las encrucijadas de Toledo.

Ciudad de tradición y de turismo, sencilla en su idiosincrasia moderna, incapaz de sacudirse de esa modorra de siglos.

Tanto mejor; así conservará su preciada característica que es única en el mundo; permanecerá gozando de añoranzas, repitiendo viejas fábulas, que son patrimonio exclusivo de su candor místico y guerrero; recordará día a día la leyenda representativa de una época llena de ensueños y de quimeras de perpetuación y seguirá encastillada en su alma legendaria, invadida de dulce languidez ante el sentimiento de lo perenne y de lo eternamente misterioso.

Toledo, piedra viva engarzada en altísimo relieve de viejo peñón castellano, cetro de varios dominios que se extraviaron en la audacia de su vorágine conquistadora, depositaria de esa herencia nunca igualada, se me presentaba en su transición crepuscular, en su modorra musulmana con toda la realidad de su fatalismo confiado y perezoso.

Qué serenidad en el ambiente, ningún ruido se entremezcla con el rumor que sube de las ondas del río.

En estos momentos estoy apoyado en un viejo balcón de estrecha calleja desprendida de una encrucijada, contemplando con emoción el opaco crepúsculo que cae sobre la villa.

Dominando el conjunto, distingo soberbias a ambos costados de la cima, las moles negruzcas de la Catedral y del Alcázar; en tanto un tañido de

campana triste y plañidero suena en una torre lejana, invitando a la oración.

Los muros tenebrosos del palacio de Don Pedro el Cruel, que se halla muy próximo, ponen en tensión mis nervios y excitan mi imaginación.

Grato consorcio espiritual, delicada sensibilidad, indefinible emoción de belleza es lo que embarga el alma en este rincón adusto, que palpita en sus crepúsculos, dando a conocer una que otra quimérica sonrisa y en cambio muchas tristezas de ensueño.

En esta vasta ciudadela arrullada por el Tajo, me encuentro en la cuna del más puro romanticismo europeo.



SEGOVIA

Esta muy castellana ciudad arrastra perezosa su existencia, en el campo hermoso y fértil que desciende de las nevadas cumbres del Guadarrama.

Su vida tranquila y olvidada, bañada en el más puro romanticismo, es exponente de uno de los más importantes santuarios del arte y de la leyenda, de entre los muchos que recuerdan la España vigorosa y codiciada de los aventureros guerreros y de las legendarias proezas de sus capitanes y de sus artistas dominadores.

En un atardecer diáfano y sereno llegábamos a esta ciudad patriarcal y grata al espíritu del viajero, por su ambiente cargado de recuerdos y de la nostalgia de sus esplendores desaparecidos. En ese mismo tren viajaban también dos rubias y hermosas cupletistas que iban a Segovia a animar y desperezar un poco a las gentes desde el tablado del único teatro, casi siempre desalquilado. Los coches de siete hoteles esperaban arrimados a la acera. La competencia entre los conductores para atraer clientes, parecía un barullo o una bronca.

Subimos a uno para descansar de tantas ofertas y esperamos. Las dos rubias entraron a poco en el último de la fila. Que decepción. Nosotros que habíamos pensado ser galantes con ellas durante nuestra permanencia en la ciudad. Algo nos consoló, sin embargo; la infalible mamá entraba, también en pos de ellas, y ésto nos hizo mirar en otra dirección. No es tan simpática como fuera de desear la casta especial que forman las madres de las cómicas.

Desde la estación, nos dirigimos hacia la ciudad por una amplia avenida bordeada de grupos de viviendas decrépitas que dan idea de abandono, de tristeza, de miseria... y que parecen trasplantadas del más ínfimo villorrio.

Y con esta impresión de lo desolado, vamos atravesando esta parte de aldea, con rumbo a la ciudad que debe ser en su interior.

Después de un largo trecho se nota que el camino va cambiando de aspecto. Los techos de las casas son más altos, sus fachadas, más remozadas. La carretera estrechándose pasa a ser calle y empezamos entonces a bajar y subir cuestas sacudiéndonos dentro del ómnibus, por las callejas empinadas, estrechas y duras que nos conducen no sabemos donde.

Al desembocar en una plazoleta se nos presenta a nuestra admiración el Sancta Sanctorum, la obra predilecta de los siglos. Es el enorme acueducto romano, hecho de bloques de piedra justapuestas y cuya altura de treinta metros y extensión de dos kilómetros constituyen el más sober-


H. M.—M.
SEGOVIA
EL ACUEDUCTO

bio monumento que recuerda la fuerza y la cultura de los romanos.

Las primeras sombras que preceden a la desaparición del crepúsculo, dan una extraña tonalidad a esa gigantesca armazón de piedras, que conmueve, grabando el alma, imperecedera.

Una amplia plaza, desnuda y casi rectangular se nos aparece a poco andar, mostrándonos el corazón de la capital segoviana en la hora más apropiada de su expansión.

En el deseo de recorrer sus calles laberínticas, de contemplar sus piedras milenarias, de sentir su historia romântica, cargada de crímenes y generosidades, en el misterio de sus rincones y en la poesía de sus cimientos, seguimos hasta la fonda para hacer la instalación y quedar presto libres, y entregarnos por entero a la emoción del peregrinaje, por las sombras de la noche ya triunfante.

Segovia, como casi todas las viejas capitales españolas concentra su escaso movimiento en la plaza principal. Amplios portales, el edificio del Ayuntamiento con el consabido reloj en su torre, el teatro recién construído y la Catedral en un ángulo obscuro destacando su altísima e imponente torre de piedra sobre el ábside sombrío y las agujas de estilo gótico que lo rodean.

En esas primeras horas de la noche los segovianos se pasean bajo el portal principal. La monotonía es la característica que domina en esa única y cotidiana forma de matar el tiempo en común.

Mucho me hacía recordar este paseo a los nuestros de la plaza o de la Alameda. En menor escala, Segovia me parecía en este punto Santiago.

Algunas niñas agraciadas y vestidas a la moderna, dan cierta amenidad al paseo, pero todas llevan al lado su novio, que les habla al oído sin cesar.

Ellas sonríen con la misma sonrisa que aprendieron una vez y que no podrá ser modificada por ninguna nueva sensación. Parece que el espíritu humano se forjara igual y eterno en esas ciudades de piedra y de místicas supersticiones.

Los cadetes de artillería, con sus vistosos uniformes desfilan en grupos, envidiando a sus compañeros que tienen novias y que no se aburren tanto como ellos. No deja de ser difícil encontrar su cara mitad en la sociedad segoviana. Todas las niñas, feas o guapas, están pedidas con años de anticipación por el alumno diplomado que está luchando en Africa para cargarse con una nueva estrella que le permita contraer.

Y así, la vida de Segovia siempre igual, austera y aburrida.

Pero Segovia no es sólo esto. Es necesario compenetrarse con su alma toda, internándose por sus plazas y calles sombrías, por sus cuestas y escalinatas, por sus rincones y encrucijadas.

Todo desierto, todo silencioso. Huertas siniestras que parecen guardar el secreto de algún crimen... Corralones convertidos en muladares. Tejados de negros hornos humeantes. Casas de la más varia condición, miserables construcciones con unas fachadas que ríen o lloran, o hacen gestos con

las bocas de sus puertas y los ojos de sus ventanas; caserones vetustos de aspecto de fortalezas que parecen residencia de un tribunal o mansión de un magnate. Y todas las altas y las humildes, las viejas y las modernizadas dan al viajero el aliento de la emoción, que se exhala por las rejas de sus subterráneos y por sus portales tenebrosos.

Sólo falta el triste subrayado del sereno que hoy no pregona la hora como ayer.

En este remanso de la edad media todo toma sabor de aventura. Vemos a un individuo que golpea al llamador de una puerta, y nos imaginamos que trata de subir por una escala desprendida del balcón y que le sale a recibir una dama con atavío de terciopelo y escarcelá a la cintura y tocado de blanco velo flotante.

Al seguir vagando por esas callejas arcaicas, seguimos sintiendo la honda emoción de las viejas tradiciones.

Todo ilusión y fantasía. Ya no se oyen altos ni cambios de contraseña rasgar la serenidad de la noche; ni los aceros chocan despidiendo chispas; ni las rivalidades donjuanescas tienen su palestra al pie de las rejas floridas.

Hoy en Segovia todo es paz, recuerdo y si se quiere, cierto dolor de vivir.

Y con esta impresión volvemos al Hotel, limpio y confortable como los mejores, a esperar el nuevo día que nos seguirá mostrando la ciudad.

———

Llovía y granizaba con fuerza. A ratos triunfaba el sol, se despejaba el cielo y los negros nubarrones cargados de tormenta se retiraban más allá de los picos blancos del Guadarrama.

Desde lo más alto de la torre de la Catedral contemplaba con sensación de vértigo el hermoso paisaje que se extendía a mis pies. Muchas torres, techos rojos, paredes blancas, árboles frondosos distinguía impreciso en el conglomerado de la ciudad. Las rocas del Alcázar y el magno Acueducto parecían dominar el panorama todo. Dos ríos serpenteaban para unirse formando la cintura de la población. Bosques de esbeltos chopos (característico en Segovia) ciñen el peñasco en toda su extensión formando hondonadas bellísimas que atraviesan los arroyos rumorosos y la blanca carretera. Acacios y cipreses bordean las riberas alternando con los sauces que lloran sobre la corriente.

Y más allá el campo feraz y riente en una orgía de sol y de vida, hasta perderse en la sierra blanca de nieve que corta la perspectiva del horizonte en sus laderas.

Una cinta blanca caprichosa tendida sobre el suelo indica una carretera. Una columna de humo que avanza descubre la línea férrea.

Las fuerzas de observación me empiezan a flaquear en la altura. Doy la vuelta por el corredor cuadrangular de la torre, domino mi derredor, sitúo algunas aldeas próximas e inicio el descenso por la escalera caracol de peldaños de piedras que se cuentan hasta trescientos. Una oscuridad completa domina dentro, sólo en los pisos hay abundancia

de luz. El campanero en uno de ellos me muestra a tres niñitos de corta edad.

—Es lo que queda de mi familia señor. Mi mujer y otros tres niños murieron de la gripe en esta torre. Esto es muy triste.

Al despedirme, dejándole un alivio, ví enternecerse los ojos del campanero. Y seguí bajando por la torre negra.

Cruzamos el puente levadizo del Alcázar, después de atravesar la explanada que Felipe II hizo ensanchar para que cupiese la pompa que acompañó hasta el puente a su prometida, Ana de Austria.

(En la actualidad en el Alcázar está el Archivo Histórico del Ejército y una sala de exposición de industria militar nacional. En la explanada se alza el monumento a Daoiz y Velarde, homenaje del Cuerpo de Artillería.)

Y estamos en el salón del trono de los Reyes Católicos Fernando e Isabel, y recorremos la capilla y el salón de ceremonia, para salir después a la terraza. Mirar desde la terraza de los Reyes es asomarse a Castilla.

La fronda de álamos desciende hasta el río. Al borde de la carretera un barrio duerme una paz rural, sabiendo guardado su sueño por las cuatro torres del Alcázar.

Sobre una pequeña elevación que bordea la orilla opuesta a la ciudad se ven las cuevas que utilizó una raza proscripta para poder vivir bajo las diferentes dominaciones. La leyenda habla de la her-

mosa e impúdica judía Marisalto, que mucho pudo hacer con sus encantos en favor de los suyos, hasta que los caballeros Templarios la despeñaron de una roca.

Nos encaminamos por la carretera pasando el río en dirección a los agrietados y antiquísimos muros del Monasterio del Parral. Todo en él es abandono, vejez y desolación. El altar carcomido por el tiempo apenas si conserva restos de belleza en sus tallados y pinturas. El refectorio, las celdas de los jerónimos muestran las huellas inclementes del tiempo y de la indiferencia de muchos años. El jardín del patio, forma una espesa maraña verde, que trepa sin cesar por los pilares que amenazan caer y por las paredes semi-derruídas. Esto y la leyenda del Parral atribuída al Marqués de Villena, fundador del monasterio, es lo único que se mantiene con brío en el transcurso de los tiempos. Los cimientos todavía enhiestos, acusan graves y mortales heridas que les impiden la futura perpetuidad de los siglos.

Por las ventanas del monasterio vemos caer un chubasco... Del Parral seguimos a la pequeña Iglesia de los Templarios, situada en el otro extremo de la colina. Desde 1208 existe esta capilla, siendo destinada a armar caballeros de la orden. En la rotonda de piedra se notan las huellas que dejaron los caballeros con sus armaduras al ponerse de rodillas ante el altar. En una de las paredes desnudas se lee el siguiente autógrafo de Castelar, colocado en un marco sencillo y escrito a lápiz.

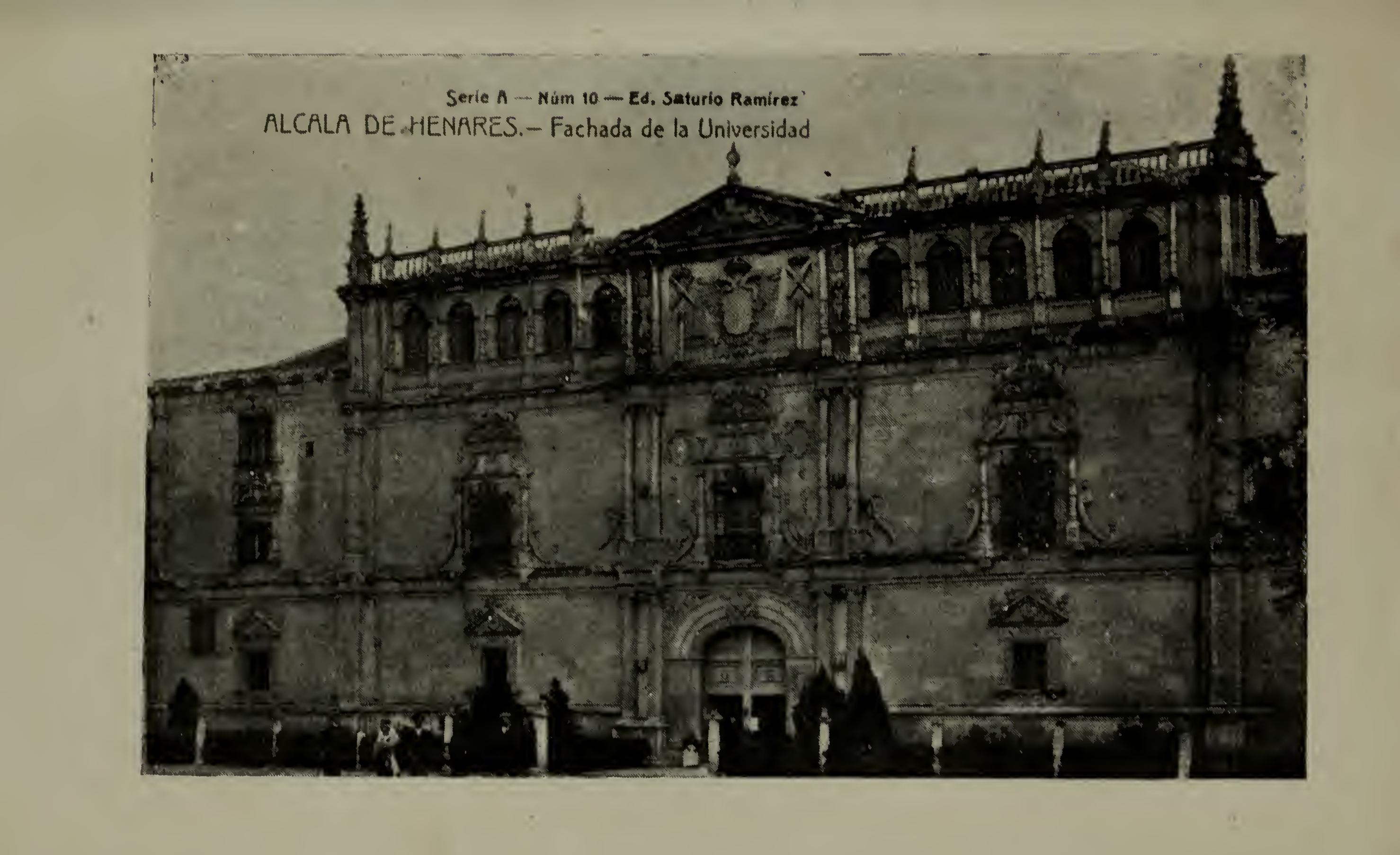
«Nunca me podría imaginar tanta maravilla encerrada dentro de los muros segovianos. Es esta una de las obras que su contemplación más impone a las inteligencias elevadas y que a las claras nos demuestra lo grandioso de la institución de los Templarios.»

Después continuamos por la carretera que va al cercano, pero primitivo pueblo de Zamalamarra; alcanzamos a divisar la torre y tratamos de llegar a él. El guía, un muchachito de 14 años, muy inteligente, nos advierte que no nos aventuremos a entrar al pueblucho, cuyos naturales son ignorantes y provocativos, que procuran, a pesar de la estrecha vecindad a Segovia, vivir aislados y no contagiarse en la verdadera civilización.

Esto nos pica la curiosidad y seguimos avanzando. La lluvia vuelve a caer fuerte sobre nuestras espaldas, lo que nos desanima no poco. Llegamos a la puerta del villorrio; la observamos, pero sin trasponerla. Dentro hay mucha tristeza, mucha miseria y no pocos ladridos de perros. Nos imaginamos otros peligros al recordar lo que dicen los segovianos de este caserío: «Pueblo sin agua, montes sin leña, mujeres sinvergüenzas y hombres sin alma».

Y deshaciendo el camino vamos hacia Segovia empapados y transidos de frío.

Una taberna rústica nos acoge hospitalariamente, mientras afuera rebota la lluvia sobre las charcas del camino.


Serie A — Núm 10 — Ed. Saturio Ramírez
ALCALA DE HENARES.— Fachada de la Universidad

ALCALÁ DE HENARES

La pequeña villa de este nombre, cuna del gran Cervantes, es digna de ser visitada por sus recuerdos y monumentos históricos; además su proximidad a Madrid hace más viables los deseos del viajero.

Alcalá es un oásis en la llanura castellana. El río Henares bordea la extensa explanada en que está situada la ciudad, lo que permite que un frondoso arbolado pueble sus avenidas, sus paseos, sus alrededores más íntimos. Y más allá el campo yermo y los cerros desiguales, sin colorido.

Cuando íbamos por el largo paseo que conduce al centro, oscuro y triste en la noche tranquila, pensábamos que en ese ambiente había tenido la primera intuición de la vida, el que inmortalizara con su romance famoso el espíritu y el futuro de una raza.

Por asociación de lugar, recordamos la visita que hiciera Rubén Darío a Argamasilla de Alba,

mísero villorrio en que el ilustre manchego escribiera dos capítulos de su obra. Y en ese pueblo, que el mismo Cervantes describe en esta forma: «en un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme»..., el gran poeta tuvo la malhadada ocurrencia de preguntar si en la fonda había whisky. Y como se le respondiera que nó, negóse a salir del andén, esperando el tren que lo devolviera a Madrid.

Joaquín Edwards me propone tomar el mismo temperamento que Darío; pero yo le disuado, en vista que aún vamos por la carretera sin luz y nos falta todavía dar opinión sobre la consabida plaza principal y sus calles adyacentes.

Dejamos la avenida de árboles, penetrando a poco andar en el corazón de Alcalá. La plaza, enorme, rectangular, encerrada por finos arbolitos. La estatua de Cervantes en el centro; y las muchachas en gran número revoloteando con los oficiales de la brigada de lanceros, que cubre la guarnición. Ambiente provinciano, pero más alegre, más bullanguero. Y esto que Complutum, como la llamaron los romanos, fué antaño la ciudad de los templos. Ochenta y seis es la cifra conocida, entre iglesias, conventos y colegios religiosos.

Bastante animación por la doble línea de portales de la calle Mayor. El comercio, aunque reducido, es simpático y dulce... Muchas tiendas con almendras confitadas, expuestas en toda clase de envases y a todos los precios. La especialidad de Alcalá.

Los alemanes internados pasan saludándose casi

militarmente; los más ya han hecho su presa femenina y muy pegaditos van practicando el nuevo idioma. Los menos han caído en las garras de una solterona desvencijada, que ya no dará larga; para eso se pondrá la navaja en la liga.

Los lanceros llenan las aceras y forman grupos por doquier; parece que fueran muchos miles en el estrecho marco de las pocas calles concurridas.

Es la hora del vermouth y las mesitas de los cafées se hacen escasas. La confianza impera, y las niñas muestran con naturalidad sus encantos; van sin sombreros, pero están con sus novios. Alguna, entre muchas, se atreve a coquetear.

La mañana está cálida y tranquila. Un sol vertical obliga a la inacción, proyectando su malla refulgente. Alcanzo a ver la salida de una misa y reconozco las mismas fisonomías de la víspera; ni una me es ya extraña. En tres días, en ese gran patio común, que es la plaza, nadie puede pasar indiferente y, aunque no haya saludo, hay conocimiento.

Alcalá con su Universidad complutense, con su iglesia Magistral, con su antiguo palacio de arzobispos que habitara el célebre cardenal Ximénez de Cisneros, hoy convertido en Archivo General del Reino, es una ciudad que merece ser conocida y comprendida. Anotamos, a propósito, que somos los únicos forasteros que hay en el hotel. Durante las horas de comida vemos sólo militares, y algunos alemanes muy tristes y cabizbajos. Tal vez piensan en sus hogares, en la colonia que perdieron luchando, en el Camerón. ¿O será la perma-

nente pesadilla de la derrota que les escuece sin convencerlos?

Admiramos, sí, sus gestos dignos y mesurados.

Dejamos Alcalá: vamos camino de Guadalajara, pensando ver otras antigüedades y conocer otro ambiente de ciudad pequeña. Y nos acordamos del ingenioso hidalgo, que tal vez por ironía de la suerte nació a orillas del Henares. Su cuna espiritual es la Mancha; ¿qué importa entonces la otra? Ciertamente Rubén Darío cometió un delito al no conocer, estando en ella misma, a esa aldea miserable y de leyenda que se llama Argamasilla de Alba; donde las fantasías del Quijote son recordadas como hechos acaecidos en la realidad.

Ya en la ciudad natal de Romanones, vemos ruinas de fortalezas en sus suburbios; un puente de tiempos cesáreos sobre el río que pasa distante, y luego sus muros. Y por su calle principal muy larga; por su paseo de la Concordia, muy bonito; sentimos durante una noche el aburrimiento de hallarnos en una ciudad muerta... y, sin embargo, fué la elegida por Felipe II para su matrimonio con Isabel de Valois, hace cerca de tres siglos.

Guadalajara es la capital de la provincia de su nombre y también de los bizcochos borrachos.

EL MONASTERIO DE SAN LORENZO DEL ESCORIAL

Una visita a la pintoresca ciudad del Escorial, tiene forzosamente que reducirse a la contemplación y admiración del célebre Monasterio, considerado en justicia como la octava maravilla del mundo.

Nunca monumento alguno ha desorientado más el espíritu del viajero de todos los países y de todas las edades, que esta colosal construcción de piedra, concebida por la caprichosa fantasía de un soberano poderoso.

El alma de Felipe II, original y atrevida, necesitaba un deleite que superara a todos los conocidos. Y de esta obsesión, mezcla de grandiosidad y locura, nació la magna obra que respetaran más tarde los siglos y las generaciones.

Al extasiarse ante sus muros imponentes y fríos; al recorrer sus bóvedas, sonoras a cualquier ruido; al ir por sus patios de baldosas y sus corredores de

granito, se siente una impresión tétrica y penosa, como si toda la gigantesca mole de piedra fuera a derrumbarse y aplastarnos. Para los nerviosos, el Escorial significa, punto menos que seguro, un inmenso mausoleo en que las ánimas trasminan silenciosas los gruesos bloques de sus paredes, y para los apáticos, a veces también sus rincones penumbrosos se llenan de un misterio, en el que parece vagara la sombra etérea del monarca solitario.

La construcción del monasterio empezó el año 1563, siendo finalizadas las obras 21 años después. Felipe II al ordenar los trabajos quiso conmemorar la batalla de San Quintín, al mismo tiempo que cumplir un voto hecho a San Lorenzo. Por esto último, ideó un plano que representara la forma de la parrilla en que el santo sufriera su martirologio. El Palacio Real que se destaca del monasterio hace las veces del mango, en este paralelógramo de 208 metros de largo, por 162 de ancho, y los pies están figurados por cuatro torres cuadradas de 56 metros situadas en sus ángulos.

Por la fachada principal se entra a un vasto vestíbulo abovedado que da acceso al corredor de los Reyes. Al fondo se ve la iglesia con dos torres altísimas y una inmensa cúpula que soporta una pirámide, sobre la que se alza dominadora una cruz separada por 95 metros del suelo.

El interior es sencillo y grandioso; en las altas bóvedas de sus naves se admiran los frescos religiosos que pintara Lucas Jordán; el enorme re-



El Escorial. — Vista general del Monasterio.

tablo de la capilla mayor es formado de una gran variedad de mármoles con ornamentaciones de bronce y diversas esculturas de tamaño más grande que el natural. A cada costado del altar hay un grupo de estatuas en bronce; en uno, se ve a Carlos V armado y vestido con el manto real, teniendo a su lado a la emperatriz Isabel, detrás su hija María y después sus dos hermanas, todos de rodillas y con las manos juntas en actitud de orar; en el otro, Felipe II en la misma postura está acompañado de sus cuatro imperiales consortes.

Después continuamos subiendo oscuras escalinatas, al Panteón Real. Una pieza octogonal con paredes de jaspe y de mármol con ornamentos de bronce, sirve de última morada a los reyes de Castilla; y en otra sala cercana el Panteón de Infantes y de Reinas sin sucesión nos muestra su nívea y sepulcral blancura.

Y seguimos por la biblioteca del coro; por claustros laberínticos que se confunden entre sí, por su idéntica arquitectura; ni un detalle diferente asoma en la monotonía de la piedra; y vamos por la sacristía, por las salas capitulares, cuyas paredes son cubiertas por telas de los más famosos artistas de la época; allí están las firmas de Velásquez de Tintoreto, de Van der Weyden, del Greco... Nos detenemos ante el cuadro titulado «Felipe II entre el cielo y el infierno» pudiendo apreciar la original composición alegórica fuerte en colorido y extraña en símbolos, que caracterizara al pintor de las caras largas, de la manos indefinibles, de las contracciones anatómicas. Dicen que Felipe II re-

chazó esta obra del Greco; si tal sucedió, no tuvo gran importancia en ese tiempo. El genio del autor del entierro del conde de Orgaz fué señalado no ha mucho.

Y dejamos la biblioteca de los manuscritos y nos encontramos caminando por largas galerías que nos llevarán al palacio de los reyes.

Todas las alcobas, los gabinetes, y las salas reciben la hermosa claridad del día. Sus paredes están ocultas por grandes tapices luminosos entre los que se destacan los muy célebres de Goya, los de Bayeu, las escenas de caza de Wonwerman, la historia de Telémaco por serie, de Rubens.

En la sala de las Batallas, galería de 55 metros de largo, con elegante techo de estilo pompeyano, vemos revivir el pasado glorioso de la historia de España. Ahí están los enormes frescos que representan la batalla de Higueruela; la victoria de Don Juan II sobre los árabes en Granada; la revista pasada por Felipe II a su ejército en marcha a la conquista del ,Portugal; las expediciones marítimas a las islas Azores. Todos muy armoniosos, con bastante relieve y atrayente perspectiva.

Y terminamos en la sala de Embajadores, que fué la habitación donde Felipe II pasara su larga y molesta enfermedad. Allí acudían los miembros de la alta nobleza española, los embajadores de las grandes potencias europeas, a entretener al sombrío e inquieto monarca.

Desde esta sala el creador del Escorial se trasla-

daba a su despacho o a su aposento, de paredes desnudas. En este último tenía su lecho, su famosa silla del reuma, en la que antes se sentara sobre una peña dominante del Guadarrama a contemplar la prosecución de su obra. Allí también tenía el armonium que aminoró la soledad de su padre en el monasterio de Yuste. Desde su cama el solitario del Escorial oía la misa, viendo oficiar en su oratorio particular por una abertura hecha en el muro espeso, mientras llegaba a sus oídos el plañidero coro de los monjes.

Bajando al claustro nos encontramos en los jardines sostenidos por terrazas y luego salimos por las avenidas de acacias a conocer «el Jardín del Príncipe» y el pabellón de Carlos IV. Bonita casita en miniatura decorada estilo Luis XVI con plafonds pompeyanos, muros tapizados de seda de Valencia, muchas pinturas y regios «bibelots» sobre mesas y estanterías. El palacio casi de juguete, con sus muros muy bajos y sus habitaciones muy pequeñas, en el centro de un frondoso y cuidado jardín.

Escorial con su monasterio famoso, queda un poco olvidado como ciudad, y la verdad obliga entonces a decir, que es un pueblo con muchos palacetes, con innumerables quintas y plagado de acacias.

Ahora luchamos con una partida de chiquillos harapientos que piden «perras chicas»; parte el auto-

móvil y vamos por la llanura castellana muy rápidos, escapando a la noche que se avecina.

Todavía nos duraba la impresión dominante del monumento único y del muy grato día pasado en as faldas de la sierra.

ÁVILA

Avila descubre su fisonomía espiritual con sólo el hecho de saberse que fué la ciudad de Santa Teresa de Jesús, pues el misticismo alucinado de la célebre escritora legó perenne a su histórica cuna el ambiente propio de su neurosis refinada; y en las interrogaciones cambiantes de las edades, la ciudad persistió siempre en no ser más que un habitado reducto dedicado a la suave y eterna recordación religiosa.

Esto me ha parecido al dar fe de su escaso movimiento, del ningún carácter que le dan sus murallas, sus cimientos de piedra ya milenarios, y sobre todo al contar sus muchísimos campanarios, todavía orgullosos y obedecidos en sus constantes rebatos.

Al espaciar mi vista por ellos sentíame trasladado por extraño sortilegio a la lejana y hermosa Serena. Puede que una secreta analogía exista entre el espíritu de ambas ciudades, puesto que mi re-

cuerdo se presentó impensado, pero diáfano. Con todo, mucho influirá en la semejanza que quiero darles, el hecho de haber contado en ellas el mayor número de torres religiosas que en ninguna otra de las grandes ciudades que he visitado.

La vieja capital rinde culto a su pasado a través de los monumentos y artísticos vestigios del dogma, careciendo de ese sello sombrío e imponente que hace de Toledo la reina de las capitales del recuerdo y de ese sentimiento cautivador y misterioso que ronda por el acueducto y los vericuetos de Segovia.

Y esto no significa que Avila deje de ser una de las poblaciones más características de España, no. Sus fuertes bastiones almenados, contemporáneos de Roma, que la circundan en su base, ya bastarían para acreditarla a los ojos del forastero, como la ha acreditado la historia en las gestas de Castilla.

Trasponiendo sus baluartes exteriores; pasando sucesivamente por sus muchos arcos abovedados; mirando sus altísimos torreones guerreros; recorriendo sus amplias plazas con portales de piedra; detallando los mudos revestimientos de las casas solariegas, que dicen de viejas inquietudes, se experimenta en los primeros momentos el agrado de hallarse en uno de esos sitiales de la raza, que llevan la imaginación «a lo que fué» insensibilizándola de toda vida presente.

Pero por desgracia esta ilusión no es muy duradera. A poco de abarcar el conjunto de la ciudad, se va dejando paso a cierto desencanto, que luego tórnase en indiferencia. Sus monumentos, las igle-



6. ÁVILA· EL PUENTE VIEJO

sias, las viejas arcadas, los túneles que comunican abriendo las entrañas de los torreones, toda una secular generación de arte y esfuerzo, parecen obra de reciente imitación de la estatuaria antigua, lo que aparentemente le resta a ésta carácter y emotividad.

Asimismo la eminencia rocosa que levanta a Avila sobre la planicie del valle dilatado y dorado de espigas, diríase que no tiene majestad dentro de la monotonía del panorama y lo que sobre ese pedestal granítico está construído fuera una población nacida para la penitencia dentro de sus reductos, hechos conventos.

Avila hermosa y límpida en tu estructura y en tus rincones floridos, pero a la par tan ajena a lo imponente, por haber entregado tu espíritu al sepulcro del claustro, antaño predestinado a las justas del valor y la leyenda.

La vieja catedral, famosa en los anales religiosos de otra época, constituye el orgullo de los abulenses. Su mole enorme presenta un aspecto un tanto abigarrado por los añadidos sucesivos que se han hecho a sus cimientos primitivos, y así se ve su ábside como el torreón central de una fortaleza y sus protecciones murales de un costado terminando de completar la idea. Sus puertas y columnas dan, empero, la visión del templo en su frente y costado restante. El interior impone por su severidad fría y desconcertante; en él se puede apreciar el mérito de las tumbas de alabastro, los tallados en madera de la sillería del coro y una que otra capilla preferida. La originalidad de esta ca-

tedral es grande en cuanto a estilo se refiere, pues si bien su conjunto es gótico, también tiene mucho del románico del siglo XI; del renacimiento del XVI y algo de moderno, no faltando, además, alguna muestra churrigueresca del barroco.

Y como su catedral, las demás iglesias y edificios principales, fuertes, enhiestos, pero muertos de impresionismo.

El caer de la tarde aumenta la animación de la ciudad. Son las prácticas que llaman a los fieles, llenando de sombreros y mantillas las naves de los templos.

Impelido por la curiosidad me incorporo al desfile camino de la novena y entro en la Iglesia de Santa Teresa cuando las preces mal recitadas, y finiquitadas en murmullo están en su punto.

Aquí veo hombres que demuestran un gesto de aburrimiento e insuficiencia; o mujeres que creen pocos todos los refinamientos de la jenuflexión; veo también trasmitirse el agua bendita por interminables tocamientos de dedos y observo con cierta ironía interior las reverencias exageradas que acompañan la devoción de los que van entrando.

Me retiro prudentemente y heme nuevamente ambulando por la ciudad, condoliéndome de su nula tonalidad y pensando en lo inútil que sería tratar de desviar la idiosincrasia abulensa hacia otros horizontes más gratos y alentadores.

Es la noche. La plaza del Alcázar está muy concurrida e iluminada, como asimismo sus vías adyacentes.

Los habitantes de Avila se desquitan en este momento de la jornada mitad humana, mitad mística, oyendo tocar aires de operetas por el quinteto del Café.

No es noche de Cine, lo que me produce cierto malestar por no saber en que entretener las horas.

La capital vive como embotada esperando los únicos dias del año en que le está permitido ponerse una máscara de alegría y figurarse estar en carnaval. Ellos son las festividades religiosas de sus santos predilectos, engañosa variedad dentro del mismo tema, y muchas procesiones y misas solemnes para avivar la llama de hastío en su espíritu esclavizado.

Siempre guardaré memoria de esta ciudad bien dotada y si se quiere interesante, pero inesprexiva y congelada a las ansias del viajero.

Sus bellos recuerdos del pasado, sus adelantos modernos, sus calles de suave pendiente, sus piedras estatuarias, sus manchones de verdura recrean sólo la vista y algo también muestran del carácter pristino que le dió formas.

Avila es bella, como fueron valiosos sus fastos de otra época.

Lo sensible es que entre tanta belleza y tanto valor no pueda cristalizarse un átomo de pasión.

UN PUEBLO SERRANO

En la muy castellana provincia de Avila, allá, perdido en un hermoso y agreste rincón de la Sierra de Gredos, ve deslizar apacible su existencia un pueblo que encierra en su vetustez casi primitiva las reminiscencias de un pasado interesante, pero ya olvidado.

Arenas de San Pedro, enclavado en un marco de naturaleza imponente, coronado en su derredor por altísimos y desafiantes picos nevados, mecido en su verde cuna por una brisa suave y santificante, avivada por el soplo del atardecer sobre sus pinares esbeltos, ha presenciado indolente el desfile incesante de los siglos y sus generaciones.

En este pródigo ambiente el antiguo feudo se transformó un día en libre asociación de almas y viviendas hasta llegar a ser una minúscula metrópoli de las entrañas de la sierra.

En la actualidad la vieja aldea con sus cinco mil

habitantes, distante 100 kilómetros de la línea férrea, ignorada y feliz en su próspera rusticidad, es, sin embargo, hospitalaria y confiada con los escasos forasteros que vienen a ella.

Agradable y benéfica resulta una estancia en el limpio y hoy dilatado caserío, de la que aprovechan no pocos enfermos y algunos artistas en la persecución insaciable tras de la vida o de nuevos horizontes que nutran sus retinas.

Arenas de San Pedro, con sus empedradas callejas inundadas de luz que suben y bajan por las sinuosidades de su lecho; con sus casas humildes y retorcidas, entrelazadas familiarmente como el afecto de sus moradores; con los senderos verdes de la hiedra, tapando ruinas y subiendo por los muros blanqueados hasta tapizar los tejados barrosos; con las manchas pintorescas de sus emparrados de patio; con las flores de las macetas, que alegran los balcones, y con algunos inocentes remozos de modernismo, es el pueblo ideal de la contemplación y del dejarse estar.

Los exponentes de su primera edad están allí, en el castillo sombrío del que fué famoso Condestable de Castilla, don Alvaro de Luna, sobre el cual hoy las cigüeñas tejen sus nidos al amparo de sus almenas y ventanales góticos; y en la eminencia que domina el pequeño valle se nos muestra el enorme palacio construído para el desterrado infante don Luis de Borbón, hoy deteriorado por el tiempo y su abandono. Y si queremos recordar algo más reciente de la vida de este pueblo, nos encontramos con el relato de su heroico comportamiento duran-



Pueblo de Arenas de San Pedro y la Sierra de Gredos

te la invasión francesa, simbolizado en la defensa que se hizo del puente que se alza sobre el torrente llamado propiamente de los mártires.

En la policromía radiosa del crepúsculo, el pueblo montañés descubre toda su poesía dormida que parece estuviera aprisionada en la suave penumbra de su alma.

Con los reflejos rojizos de la postrera claridad del día sobre la nieve de las cumbres, un ligero manto oscuro desciende de ellas, poblando al valle de una quietud que sobrecoge invitando a la oración o al ensueño. Las frondosidades de las laderas van dejándose absorber lentamente, y pronto, de violáceas que se mantenía la bóveda, se hace sombría e ineluctable.

Ha terminado la faena. Los labriegos van regresando del monte con sus chaquetas al brazo y canturreando felices del provecho de la jornada. Al pasar junto al forastero con una expresión bondadosa en sus semblantes pulcramente rasurados, ninguno se desentiende de la tradicional usanza.

—Santas y buenas tardes.

—Igual las tenga usted.

Y así va repitiéndose a cada encuentro esta sencilla demostración de la noble hidalguía campesina.

Arenas de San Pedro empieza a entregarse al reposo. Algunos grupos conversan al aire libre o se reunen en el café. Una atmósfera tranquila preside todas las acciones y formas de matar el tiempo.

Yo pienso entretanto, en lo admirables que son las escenas de vida de estas gentes. Un sentimiento de respeto inveterado de siglos les ha formado una idiosincrasia fuerte, al igual que candorosa, la que procura hacerse grata sin encerrar envidia o curiosidad por ninguna de aquellas manifestaciones venidas de la ciudad lejana y desconocida.

En el tranquilo mirar de estos campesinos de pronunciada línea romántica no se advierte la fiebre que marcan la rivalidad y los sufrimientos en muchas facciones de la multitud de los grandes centros de vida. Tampoco parece preocuparles el movimiento exterior que les es extraño. Ellos están contentos con su suerte; desconocen las pasiones y ambiciones, no tienen odiosidades entre sí, execran el crimen y el robo, no disponiendo para todo esto sino que de unos brazos virtuosos para la labranza, de una fe casta y sincera, y de una ignorancia rayana en la más elevada sapiencia.

Así nacen, viven y mueren los hijos de esta montaña.

El trabajo honrado constituye su divisa; la formación de un hogar, su obligación; la explotación de sus energías, su resignación; el votar sin saber por qué en los comicios electorales, su patriotismo; la bondad y la estimación a sus semejantes, los impulsos de su corazón.

Mucho los he observado, y con secreta simpatía hacia ellos he creído comprender en su valiosa y reconcentrada característica el sortilegio de un fatalismo amamantado desde la cuna, y con profundas raíces ancestrales.

La vida pasa por ellos sin amargarlos. Su misterio atormentador no se atreve a armonizar con esos espíritus que parecen estar muy lejos, allá tal vez en la región de la indiscutible verdad. Si son felices en su condición, probablemente no lo saben; si son desgraciados, lo ignorarán siempre. En esta acepción, seguramente, descansa el bienestar de que gozan sus conciencias.

Las dos de la madrugada suenan en el reloj de la iglesia. Ni una alma trafica por las calles, lo que hace más estable la sensación que se experimenta al conjuro de las sombras y de la serenidad que envuelven la noche.

De trecho en trecho una luz eléctrica encerrada en viejo farol, proyecta débilmente su círculo de luz; mis pasos resuenan en las baldosas de piedra, mientras vago sin rumbo, tratando de recoger mi pensamiento en mi propia soledad.

A poco escucho el plañidero cántico de un sereno. «Son las dos y sereno...» cuya triste entonación va alargándose y perdiéndose entre las tinieblas, como el eco dolorido de una plegaria que se extingue.

Arenas de San Pedro duerme un sueño del que parece jamás haber despertado.

LAS FERIAS DE SALAMANCA

Recién ha despuntado el día cuando dentro de un ómnibus, que rechina lastimero, vamos apretados y dando tumbos camino del hotel.

La ciudad ha despertado de fiesta, y buena prueba da de ello la enorme afluencia de forasteros, que desde la estación inundan las calles buscando un hospedaje que se presenta problemático. Ni en los hoteles ni en las fondas queda un rincón que no esté ocupado por una cama; sin embargo, no hay alojamiento. Tenemos entonces que resolver nuestro acantonamiento en el castellano vecindario, siempre hospitalario.

Una blanda cama en una casita modesta, pero muy limpia, me da por fin el ansiado reposo. Sus dueños cuidan hasta los menores detalles de mi persona, como si un afecto o un conocimiento de mucho tiempo los obligara hondamente.

Mientras me repongo de la fatiga del viaje, sueño con la visión rosa de Salamanca y con la bon-

dadosa atención de las gentes que me albergan. Y en esta grata inconsciencia me siento el amo...

Salamanca, sede de la más célebre de las Universidases españolas, está situada sobre tres pequeñas colinas, que baña el Tormes. Sus calles accidentadas conservan el sabor del pasado; sus edificios y monumentos están revestidos de un tono ocre, que aumenta la presión del recuerdo, imponiendo a la vez perenne respeto hacia aquellos tiempos idos, pero no muertos. La pequeña Roma, como la llaman por sus monumentos, aún no olvida aquel título que antaño la hiciera famosa, de «madre de las virtudes, de las ciencias y de las artes».

Recorrer sus calles, ver la antigua Catedral, que es una fortaleza; la moderna, que es un enorme encaje soportando dos campanarios; la Universidad, cuyos claustrales muros parecen sentir la nostalgia de mejores épocas; bajar hasta las riberas del Tormes, donde se muestran fragmentos de baluartes derrumbados; subir a los barrios nuevos, donde la vista se extiende sobre cascadas de techos y terrazas unidas; es lo que cumplo en las horas disponibles de unos días de ferias.

Y aquel ambiente estudiantil formado por los diez mil bachilleres y licenciados, ya no turba como antes el sueño de los burgueses. Los escasos educandos de la actualidad se confunden y no se distinguen entre el gentío pintoresco de «charros», «paletos» y «señoritos», que dan vueltas y vueltas oyendo la música por las galerías de noventa arcos de la Plaza Mayor.

La Universidad de Salamanca, en los siglos XV


SALAMANCA.— Plaza Mayor

y XVI, siguiendo en importancia a la de París; triunfando sobre las de Oxford, Bologne y las restantes del mundo; la que recibiera en su paraninfo a Cristóbal Colón, que medroso comparecía como el reo ante el tribunal, a consultar la opinión de sus sabios y astrónomos; la que enseñara audaz el sistema de Copérnico, considerado entonces como herético; hoy es una sombra triste de lo que fué si apreciamos sólo que quinientos alumnos se reparten en sus cuatro Facultades: de Letras, Derecho, Ciencias y Medicina.

Salamanca, la científica, la culta, la guerrera, ya que fué ocupada por Massena y Marmont, durante la odisea napoleónica, no quiere en estos días de jolgorio, saber nada de su normal placidez. Y se ha quitado de encima el manto de romanticismo que envuelve su alma silenciosa.

Días de feria, animación constante y ruidosa, música en la plaza; corridas de toros; paseos de coches; funciones de gala y pirotécnica popular. Una semana en suma, de sobria y sana alegría en que la mesura y el respeto mutuo imperan sin contrapeso.

Pasan los «charros» muy afeitados, vestidos a la típica usanza: chaqueta y calzón corto de terciopelo, sujeto por una ancha faja negra, que contrasta con la blancura de la camisa almidonada y cerrada por dos broches dorados en forma de cascabel; pasan las salmantinas, con sus cabellos muy alisados sobre la frente, cargando pendientes, pul-

seras y collares refulgentes, con suave tintineo a compás de los andares; pasan las niñas aristocráticas, tocadas con finísima mantilla, tan lozanas y frescas como los claveles, que llevan prendidos del seno; y pasan, una y cien veces, las murgas callejeras, compuestas de gaiteros, flautines y tambores, ensordeciendo los tímpanos.

En las mesitas de la acera no hay un sitio que no esté ocupado. El consumo es enorme y las propinas están en su día.

Los coches tirados por mulas enjaezadas con adornos de borlas, que representan los colores nacionales, son asaltados por el público que va a los toros.

En loca carrera por la amplia avenida, toda suerte de vehículos luchan por sacarle mayor rendimiento al tiempo. Y así van y vuelven, cargando y descargando humana mercancía.

Ha terminado la sucesión de proezas y temeridades en la arena. La concurrencia se desborda y los toreros ganan sus coches, que arrancan entre ovaciones. Los picadores montando los escuálidos caballejos sobrevivientes, se internan por entre las filas del paseo, en su papel resignado de héroes anónimos.

El desfile de coches rueda lento por la carretera. Seductoras beldades van en la capota de los auto-

móviles, luciendo el talle airoso y aguijoneando crueles con sus ojazos de feria.

¡Qué hermosa sensación de vida en esas tardes de fiesta! La más luminosa de las panderetas, exhibíase en la avenida umbrosa, en tanto allá a la distancia, la llanura sin árboles amarilleaba sin gloria.

En el hall de los teatros, en los cafées, en los corrillos de las esquinas, no se oye hablar de otro tema:—«Belmonte es el torero trágico por excelencia», dice uno; «pero el artista es Gallito», apunta otro; a lo que un tercero agrega.—«El torero suicida, como Dios manda, es sólo Sánchez Mejías».

Salamanca, la sede de la Universidad famosa...

EN TIERRA LUSITANA

El Portugal es un país generalmente desdeñado por el turismo; su pequeñez territorial, su idioma nada difundido y su escasa relación con el resto del mundo lo hacen casi desconocido para los viajeros que atraviesan los Pirineos o desembarcan en las costas de España. Además, se puede añadir que la psicología del portugués no es grata, ni llamativa para el extranjero, lo que influye no poco en que el país esté relegado a sus propios esfuerzos y que sólo en una escala muy reducida sea visitado por personas que traten de desentrañar y disfrutar de sus muchas bellezas.

No cabe duda que la naturaleza hizo dos países en la península ibérica, distintos entre sí, no sólo en la constitución geográfica, sino también en los elementos étnicos que desenvolvieron ambas nacionalidades. Siendo así, el conocer solamente a uno, no basta para darse cuenta completa de este gran apéndice del continente.

Nada hay más diferentes que los campos de Castilla y Extremadura, pongo por ejemplo, si los comparamos con las extensiones verdes y fértiles, de una vegetación casi tropical que abundan en los dominios lusitanos.

Nunca tampoco podría establecerse una analogía entre las idiosincrasias del español y del portugués, hasta el punto que ambos pueblos, están hermanados por una política de conveniencia común, en el fondo están disociados de todo vínculo de simpatía o fraternidad.

Todas estas referencias encuentran su más clara confirmación al trasponer la frontera: otras fisonomías, otra manera de ser se advierten desde la primera estación portuguesa, y sobre todo cuánta extrañeza en todo lo que a español se refiera.

En Barca d'Alba nos registran el equipaje al mismo tiempo que nos verifican los salvo-conductos. Soy el único viajero que no hablo el portugués, en forma que el escaso tiempo de que dispongo para saltar al tren que nos espera, lo dedico por entero a observar cuanto me rodea.

La estación no tiene una sola nota simpática o de interés, ni un puesto de periódicos siquiera; todo en ella es desnudo e inhospitalario.

Mi primera impresión del Portugal es de vacío, de ningún entusiasmo y de mucho recuerdo para España. El tipo del portugués no me inspira confianza ni agrado, todos me parecen hoscos, poco amables, negligentes.

El oficial de ejército sucio y desaliñado que lee mi pasaporte se sonríe intencionadamente, sin le-



Río de Oro y Tunel de las Fuentes

vantar la vista al darse cuenta que tiene delante un colega en respetuosa espera, sombrero en mano. Ni una palabra, ni un saludo; «moito obrigado» dijo mecánicamente al recoger el pasaporte y salgo muy derecho con gesto de dignidad ofendida.

Un último vistazo al andén y sus contornos, donde veo soldados mal vestidos y gente del pueblo de expresión vulgar y me instalo en un viejo coche de primera, destartalado e incómodo.

Vamos siguiendo las hermosas riberas del Douro, dejando atrás túneles y miserables villorrios. La vegetación empieza lentamente a manifestarse y en los cortes del valle suavemente encajonado por alturas, van apareciendo fuertes pinceladas de verdura que hacen olvidar la tristeza de los lomajes áridos y amarillos.

El río se desliza serpenteando y la vía férrea no se aparta un trecho de su margen izquierda. En las estaciones que de trecho en trecho nos detienen, se nota el ningún orden que existe: el material abandonado, los fardos de mercancías arrumbados y una multitud famélica y andrajosa que mira con curiosidad el convoy.

Suben algunas personas al departamento y en todas advierto la expresión ingrata de una raza totalmente diferente. Yo, que hasta ahora creía que las mujeres bonitas pueblan equitativamente el orbe, voy acentuando la opinión que de estas tierras hay que hacer la excepción al respecto; ningún tipo femenino de los que veo me distrae de esta idea.

Entre una nube de polvo y humo, el tren va

atravesando una hermosa y selvática naturaleza, en la que dominan los viñedos y las plantaciones frutales. Algunos caseríos diseminados en el valle dan su nota sabrosa de vida. Empieza el Portugal de Eça de Queiroz; pródigo en sensaciones de belleza; pintoresco y a la vez risueño en cambiantes cuadros que se graban fuertemente en el espíritu.

Al abstraerme largo rato en la contemplación sucesiva del paisaje que se escapa, siento cómo mi alma se embarga en una fruición de alivio y bienestar. Mucho olvido, entonces, de mis observaciones menudas: el vagón me va pareciendo menos incómodo, el gesto antipático de un caballero amulatado creo se deslíe en plácida sonrisa, la fealdad subida de tres damas provincianas casi me hablan de encanto. ¿Será que los extremos se tocan o que las hermosuras ribereñas del Douro me hacen pesar sus hechizos? Pero el caso es que mi fatiga ha desaparecido y que me siento con ánimos hasta para aprender el portugués e interrumpir mi viaje por mucho tiempo.

Y ya sujeto mi espíritu por la cinta de azul y verde con variados matices que se refleja en los cristales me alegro infinitamente de conocer un país que posee tan valiosa decoración para embellecer las horas de sus moradores y el tránsito fugaz de sus visitantes.

Dejamos el Douro, pasando por muchos pueblos de coquetonas villas espaciadas entre los árboles y en las alturas frondosas de las colinas que parecen sostener la bóveda muy azul, y las horas si-

guen transcurriendo en pos del crepúsculo que se adivina.

Oporto aún está lejano y las largas paradas del convoy contribuyen un tanto a la modorra que se experimenta en los grandes trayectos.

Me duermo profundamente, dando con ello reposo a mi vista fatigada, que desde las seis de la mañana está pendiente en los contornos del recorrido.

Un resplandor de llamas en el firmamento oscuro me despereza; veo la hora y ella me indica estamos ya muy cerca de Oporto. Una furiosa tempestad azota con violencia el convoy, y los minutos que transcurren se tornan en horas de impaciencia.

De pronto siento un estrépito metálico bajo las ruedas, al mismo tiempo que me impongo vamos sobre el abismo de la gran desembocadura del Douro; un gran puente de arcos nos suspende de una altura a otra, divisiones del gran puerto que se muestra fantástico en ascendente sucesión de luminarias desde las embarcaciones que al ancla resisten el caudal de aguas que arroja el río, hasta las que, triunfando de las tinieblas, descubren el conjunto y la coronación de la ciudad.

Nuevamente oscuridad alrededor, esta vez absoluta. Hemos sido tragados por un túnel que horadando las peñas nos conduce al corazón de Oporto.

Entramos a poco en la amplia estación de San Bento, se detiene el tren, y con el último estertor de la máquina, salto al concurrido andén.

Una numerosa fila de intérpretes de hotel están inanimados, sin ofrecer sus servicios; me dirijo al

más cercano, que me contesta no haber un solo hueco en los hospedajes de la ciudad.

Catorce horas consecutivas de ferrocarril, y ahora a empaparme buscando alojamiento por las calles de Oporto.

Llueve torrencialmente, y nadie comprende mi patois lusitano.

OPORTO

Todas las ciudades tienen para el viajero una fisonomía diferente, se podría decir una sonrisa cariñosa o un gesto de contrariedad. Oporto me pareció una población amable y propensa al bienestar al ambular por sus limpias y bien delineadas calles una mañana de sol, hermosa y prometedora.

Conforme me oriento desde la gran plaza de las Libertades, núcleo principal de la capital, me alejo en variadas direcciones por arterias amplias, que obedecen con sus declives al plano irregular que trafican. Mirando a lo alto y especialmente al otro Oporto que separa el Douro, se goza del espectáculo de una edificación original, en que intervienen los variados accidentes topográficos alternando con sugestivos rincones, cuyas estructuras graníticas están realzadas por fuertes muros de edades pretéritas y sombreados por plantaciones y árboles frutales que acusan la benignidad de un clima y de un suelo privilegiados.

Inadvertidamente al dejar las «ruas» céntricas, mis pasos de turista me llevan a uno de los puentes sobre el río y ya en el corte del abismo mi vista abarca embelesada el amplio conjunto, que ascendiendo en sucesión de techos rojos, de chimeneas fabriles y de exteriores de caprichosos mosaicos y azulejos, se apartan de las riberas buscando la expansión de una vida múltiple y agitada.

El río, de un puro azul como el firmamento, se une a la dilatada planicie de aguas opacas que se avista siguiendo el rumbo del cauce, y el eco del oleaje que azota en los acantilados distantes, se confunde con los pitazos de las fábricas, de los vapores que dan alertas, y con el run-run del tráfico, que sonoro y acompasado se condensa en esa gran caja en que parecen bullir todas las actividades de más de 200,000 almas.

El puente de arcos de la vía férrea preside majestuoso el puerto fluvial, y en los recodos de la unión de las aguas la ciudad se esconde detrás de su mole para continuar en caseríos y suaves extensiones de arenas a la vera del océano.

Esta parte es la que recorro horas después, aspirando con fruición una brisa vivificante.

Desciendo por bruscas pendientes a la honda ribera, y por ella me guío haciendo el contorno de la ciudad olvidada en lo alto. Desde las playas de Matozinhos y Leixoes, ya lejanas al río, se ven los alrededores de Oporto, despegados de la parte urbana por dilatados lomajes cubiertos con pinares, entre cuyas avenidas, a manera de festón, se muestran los jardines de los chalets. Los pueblecitos pla-



PORTO — Embarcações no Rio Douro

yeros separan en trechos la vista de la carretera hacia el mar; pero el aroma de las algas confirma la sensación de la costa.

Desde una moderna obra portuaria que se avanza en el mar contemplo largo rato el aspecto bonancible y desolado de una de las regiones marítimas, que yo conozca, con más derecho a ser embellecida y poblada.

En esa escollera batida por las olas disfruto de la modorra de la tarde, mientras mi vista y mi imaginación siguen el lento regreso de los barquichuelos de pesca, con sus velámenes tan presto al ras de las olas como desafiantes y erguidos, inflados por el viento.

Algunos grupos de pescadores pasan cerca de mí, concluída la faena; los hombres altos y nervudos conservando el aspecto físico de los que antaño hicieran famosa esta raza de navegantes y descubridores. Un detalle, sin embargo, no escapa a la observación del extranjero, detalle que acusa una decadencia del sexo fuerte para el trabajo y la vida: entre esas gentes no ví un solo pescador que llevara un peso en sus brazos; las mujeres que los acompañaban, a pies descalzos, soportaban sobre sus cabezas las grandes cestas encerrando los frutos de la jornada.

La tarde en la playa se hace monótona, la concurrencia es escasa; las casetas de baños semejan una mísera instalación de lavandería; el ambiente total es de tristeza y de abandono; falta el calor de la vida humana, el cascabeleo de una risa

juvenil, la pérfida intención de unos ojos femeninos.

Vuelvo a la ciudad con más pena que gloria, recorriendo distraídamente largas avenidas que sólo la vegetación hace hermosas.

En el tranvía escucho la conversación de una muchacha española que con saladísimo acento comenta sus impresiones. Esto es muy triste, muy aburrido, muy pobre... Parece que hubieran adivinado que las entiendo y que soy quizá un paisano; pero discreto guardo mi incógnito, aunque la mirada creo me traiciona en casi imperceptible expresión de conformidad, lo contrario que a un portugués, que adivinando de qué se trata, nos dirige visuales furibundas.

Oporto en la noche es una ciudad silenciosa y obscura; por sus calles se advierte escasa animación, y ésta, la muy burguesa de los teatros y cafées. Dos o tres espectáculos de varietés son los sitios en que el forastero puede matar el rato; la ciudad toda está por lo demás recogida en una sombra de inanición que desconcierta.

El portugués es hósco y desconfiado, el tedio más absoluto se creería poseyera a su alma; por esto el extranjero se siente muy solo y hasta decepcionado cuando visita las ciudades y alterna con las costumbres lusitanas.

Además, el pueblo portugués no tiene nada de llamativo al turismo: carece de costumbres regionales, de vestimentas típicas, de diversiones y fiestas originales. Las gentes viven en la opulen-

cia, la medianía o la miseria, en la forma común y cosmopolita que se ve por doquier en el orbe.

El teatro que generalmente se encuentra en Portugal es español y los mejores intérpretes del baile nacional «el fado», es casi seguro sean de allende la frontera.

Los días que estuve en Oporto, tranquilos, suaves, incoloros, recorriendo hasta sus más apartados rincones, sorprendido por muchos letreros de «o Brasil» y «o Río Janeiro» en calles, hoteles, tiendas, etc., me dieron la amable satisfacción de un clima delicioso, de un panorama magnífico y del conocimiento de muchas obras que, antiguas o modernas, son privativas de las grandes ciudades.

Empero, la manera de ser disasociable de las gentes grabábase fuertemente en mi espíritu dejándome un resquemor de duda e incomprensión.

IMPRESIONES DE LISBOA

Hace mucho rato que el ferrocarril va corriendo veloz a la vera del Tajo. El río cual un lago caudaloso y tranquilo, no recuerda en nada al estrecho torrente que baña los acantilados y la llanura toledana. La poesía que emana de estas riberas, suave y placentera, no tiene punto de analogía con la otra, preñada de fragores e inquietudes; hasta el color de sus aguas es más teñido de azul bajo la purpúrea túnica del cielo que esconde el ocaso de un día.

Mucho había oído hablar de Lisboa la dulce, según unos—la triste, según otros.—Sabía que su nacimiento casi en la boca del Tajo cumplía a un verdadero designio de la naturaleza, como se dice lo acataron también los fundadores de esas capi-

tales que se llaman Constantinopla, Nápoles, Río de Janeiro...

Y por lo que veo a distancia, mientras el tren rueda casi sin un estremecimiento, Lisboa debe ser una población melancólica dentro de la grata prisión de su ambiente de ensueño.

Pasan varios pueblecitos, con sus casas muy espaciadas, como si no quisieran ni saludarse, ni reñir entre sí. La vida fabril multiplicándose con sus instalaciones junto a la corriente, avisan al viajero la proximidad de la gran ciudad, protegida ahora de la vista por los montes que la aislan del exterior.

Vamos atravesando bellos arrabales disgregados de la capital. El tren se detiene en dos o tres estaciones que aún distan de la meta.

En Portugal las ciudades como los villorrios tienden a expandirse, sin que ninguna necesidad sentida las obligue a ello.

¿Confirmará lo bastante este dato, la psicología independiente del portugués? ¿Revelará un secreto propósito de gozar de la paz del alma con disentimiento de la intimidad que se deriva de la estrecha estrecha vida de relación?

Previa auscultación de la idiosincrasia del portugués en muchos de sus aspectos, me atrevo a afirmar que sí.

Y a continuación de este paréntesis diré que durante siete minutos fuimos por entre las tinieblas del túnel que penetra en las extrañas del conglomerado de las siete colinas que sustentan el anfiteatro de Lisboa.

Habíamos llegado a la estación del Rocío... a,


Avenida da Liberdade
Lisboa

la ciudad cuna del poeta Herculano y del gran Albuquerque.

Me he reunido con mi pariente don Carlos Valdés Vergara, simpático caballero que desde hace varios años se halla disfrutando del nobilísimo clima de Lisboa. Estamos en la plaza del Rocío, centro de la planta baja de la ciudad. La estatua de Don Pedro IV, elevada por alta y fina columna, es lo primero que llama la atención del forastero en este enorme rectángulo pavimentado con mosaico de sinuosas líneas blancas y negras que molestan la vista.

Como todo tiene su historia, la estatua de Don Pedro también la tiene, y está basada en el raro parecido que tenía el monarca lusitano con el Emperador Maximiliano de Austria—lo que permitió que una estatua destinada a Méjico para gloria de su malogrado y fugaz soberano pudiera inaugurarse solemnemente más tarde, con el nombre de Pedro IV y en pleno corazón de la capital del reino.

Por encima de los edificios de la plaza se ve cómo crece la ciudad hacia lo alto de las colinas; esto hace que la topografía urbana sea en grado sumo complicada, lo que no es óbice para que un excelente servicio de tranvías circule por todos los barrios, aun por los más escarpados y de calles más estrechas.

Lisboa no revela a primera vista ninguna fisonomía o arquitectura especial. El terremoto del año 1775 destruyó la ciudad antigua. Y la moderna que construyera el célebre marqués de Pombal,

casi no tiene ningún estilo que no sea el que le dan algunos edificios revestidos de bonitas cerámicas. El aspecto general da idea de grandeza, pero a la vez de vulgaridad.

Por las ruas Augusta o do Commercio se comunica a la gran plaza de este nombre, sobre el Tajo.

Aquí ya se pueden admirar plenamente las iniciativas de Pombal. Y esta admiración se reparte; en la severa y uniforme construcción de piedra que ocupa tres costados de la plaza, en la magnífica coronación del monumental arco de triunfo de la calle Augusta, en las arcadas conventuales, en las dos columnatas de mármol que indican el muelle y en la estatua ecuestre de José I, y también es útil distraerse mirando al otro lado del río que ofrece un paisaje hermoso y de gran colorido.

Desde esta plaza do Commercio, antaño despedían los monarcas a los navegantes y conquistadores que partían para lejanos mares y desconocidas tierras. En la actualidad, además de otros edificios públicos, está en ella el Ministerio de Indias, que organiza las modernas y cómodas expediciones a las colonias de ultramar.

No alejándose de la orilla del Tajo, la capital presenta un aspecto juvenil y remozado. Y desde algunos puntos, como por ejemplo, de la Torre de Belem, sobre el río, el panorama todo se reviste de una atracción fascinante para el observador.

Pero al ambular por las arterias de la parte alta se ve que no contienen nada de interés o de genuino; el conjunto es monótono y sólo se aprecia aun-

que resulta incómodo, la atractiva nota del accidentado relieve de las calles.

En las ruas do Carmo y Garret (popular Chiado) se conoce la mayor intensidad del comercio y de los afanes y coqueterías de las gentes. En verdad, esta parte es bonita y agradable, por que encierra cierto «cachet» antiguo y muy propio.

Y me resta una vuelta por la Lisboa moderna, que empieza en la plaza del Rocío y continúa entre cuatro filas de palmeras por la Avenida de las Libertades, ramificándose por otras amplias vías con espléndidos hoteles, de elegante arquitectura y cuidados jardines.

Lisboa es una ciudad de contrastes hermosos que impresionan visualmente a la distancia. Su relieve accidentado y los apuntes de la vegetación moldean un conjunto muy bello valorizado enormemente por las ondas azules y suaves del río anchuroso, por la naturaleza esclava de su corriente y por la atmósfera temperada de un clima francamente hospitalario.

II

En el claustro de San Vicente de Fóra se encuentra el Panteón Real, en donde se guardan las cenizas de todos los soberanos de la dinastía Braganza, desde Juan IV (fallecido en 1656), hasta don Carlos y el príncipe Luis Felipe (asesinados el año 1908).

Mediante un billete de 100 reis visito este sepulcro, el más extraño que viera hasta entonces.

La amplia y desnuda sala se hace sin embargo estrecha para contener las cajas funerarias que encierran los restos mortales de esos monarcas por derecho divino, en una época ya fenecida.

Los ataudes semejan grandes baules de viaje. Hay algunos suntuosos con pinturas y guarniciones metálicas que la pátina del tiempo ha ensombrecido; los hay otros, que parece hubieran sufrido los rigores de un naufragio, tal es el estado ruinoso en que se hallan; y también otros, los menos, de sencilla y elegante caoba, éstos en mejor pie de conservación.

Siguiendo las paredes del claustro van uno a continuación del otro sobre una tosca tarima de madera; en el centro se levanta otra, la que soporta los catafalcos del padre y del hijo víctimas de la tragedia que estremeció el Portugal no ha mucho.

Unas escalas de tijeras sirven al visitante para leer las inscripciones que clasifican el fúnebre museo y también para ver a través de cristales los cuerpos embalsamados de don Pedro del Brasil, de don Luis de Braganza y de los protagonistas del ultimo regicidio.

Me detengo con cierta profana serenidad ante cada uno, sufriendo al poco esa penosa repulsa que causa la ausencia de vida y las descomposiciones orgánicas. Veo el cadáver de Luis I convertido en una masa informe y negra, en que algunas cruces oxidadas desaparecen a medias entre los jirones de la tela putrefacta; veo la fisonomía petrificada y cerosa de don Pedro del Brasil rematada por una

barbilla rala de hilos amarillentos; veo la mueca dolorosa del rostro de don Carlos que conserva aún indelebles las señales del balazo en la sien y las cuencas vacías del príncipe Luis Felipe, rodeadas de deformaciones violáceas que amenazan invadirlas.

Satisfecha mi curiosidad, me doy prisa en salir; un hálito de fosa común invade mis sentidos haciéndome sentir pesada la atmósfera.

Los que representaron un pasado de tanto esplendor están ahora expuestos a la antipática frialdad del turismo y a la piadosa visita de uno que otro fiel amigo de la monarquía proscripta.

Siempre la eterna mudanza de las cosas, única verdad, trasunto igual al de la vida y la muerte.

Al volver a la vista del Tajo y del pintoresco hacinamiento que cubre las colinas, recibo las caricias del sol y de la brisa que alejan mi espíritu de la sugestión de los muertos, llevándolo hacia horizontes más puros y diáfanos.

En el río se desenvuelve la actividad ordinaria; muchas lanchas se mueven alrededor de los barcos, otras van a la orilla opuesta cargando paseantes. Allá en la unión del río con el océano, un islote hace la guardia,—la Torre do Bugio, me dice don Carlos Valdés. Y por todas partes se ven brotar como frescos capullos las alegres quintas de las riberas que describiera Campoamor en estos versos galanos:

Lo tengo bien presente
la quinta de Pombal, honra del Tajo,
se encuentra río abajo, río abajo
saliendo de Lisboa hacia el poniente.
En Portugal los sueños son pasiones,
y en el bello jardín que os he nombrado,
hecho por algún sabio enamorado
del arte de avivar las tentaciones,
un día, el más hermoso de mi vida,
niñas bellas y jóvenes rendidos,
jugamos a escondernos, y enseguida
a volvernos a hallar bien escondidos.

El crisantemo de piedra de los Jerónimos, del más puro estilo manuelino, es el más rico y suntuoso de los monumentos portugueses. Está reconstruído según el modelo primitivo.

La filigrana de este estilo es sorprendente por lo original; finos nervios se extienden por delgadas columnas y en la ornamentación, como en los azulejos, hay lises, racimos de uvas, alcachofas y otros adornos, que hacen un efecto muy caprichoso y grato a la vista. Este estilo de curvas retorcidas es la derivación portuguesa del gótico y que recorrió el mundo, cambiando de nombre y de detalles en algunos países.

De los Jerónimos voy a la exposición de carrozas y objetos reales, situada en las inmediaciones del palacio de Belem. Esta visita me demuestra la riqueza deslumbrante y el lujo inmoderado de la antigua corte lusitana para sus ceremonias y embajadas. Cuarenta y seis carrozas atraen la ad-

miración del visitante. No en balde llegaban a Lisboa los galeones cargados con el oro de Indias.

Las tardes... en la plaza del Rocío y en las Libertades, donde mucha gente se reune a aspirar la brisa tibia, a comentar la próxima conmoción revolucionaria o a gozar pacíficamente del café o del refresco, bajo el follaje de las palmeras.

En Lisboa se perdió el gusto por el paseo y por lo «chic» desde que la corte emigró y con ella la más rancia aristocracia. Hoy, es sensible que estas hermosas avenidas no sean aprovechadas. Los automóviles pasan por ellas rápidamente a sus destinos...

Las niñas de sociedad están en sus casas o van de compras por el Chiado, y sólo se ven hombres y mujeres feas por los alrededores de Rocío.

Las noches... oscuridad y pobreza de ambiente callejero. En los teatros, público heterogéneo y ninguna novedad que no sea la eterna tonadilla española. El nocturno está en los clubs, en Majestic, en Palacio Foz, y muchos otros; verdaderos centros de placer y de orgía con pasadizos de blandas alfombras, con salones espaciosos inundados por la música de «tziganes», con mujeres de lujo muy amables circulando por las mesas; y todo muy iluminado, la luz cerniéndose de los «plafonniers» y brillando espléndidas en regias lámparas de candelabros. Y la soberbia decoración no se aprove-

cha sino por cortos instantes mientras en el salón de baile los músicos descansan...

Es la ruleta que atrae en la sala vecina donde muchas españolas y francesas dirigen como sacerdotisas la danza loca de los millones de millones de reis que ya alcanzan a significar algo.

UNA EXCURSION A CINTRA

I

La preocupación obligada de todo viajero que visite la capital lusitana, es la de levantarse un día, de mañana, y trasladarse a la villa de Cintra, que, como es sabido, goza de la fama de ser uno de los sitios más maravillosos del mundo.

Este privilegiado «bouquet», en que el arte y lo secular viven al amparo de una lujuriante naturaleza que les da a la vez un eterno soplo de romanticismo y de «saudades», está situado casi en el extremo de la sierra que cae en el océano formando el Cabo de Roca.

Cintra, bajo el cielo añil del Portugal, rodeada de un panorama accidentado y contradictorio en sus múltiples variaciones de color y de vida, es una encantadora ciudad, que tiene sabor agreste como delicado, dentro de un majestuoso marco que también es elegante. Este conjunto, donde raya la armonía y se asientan las fuentes del más puro im-

presionismo, fué, desde siglos lejanos, el lugar preferido para residencia de los monarcas, así moros como cristianos; predilección que también han heredado los mandatarios de la nueva República.

El día es suave y luminoso. En el andén se ve escaso movimiento de pasajeros; los tranvías y coches esperan a los turistas, que en número reducido nos encaminamos hacia ellos.

Dos líneas en sentido opuesto se ofrecen a mi perplejidad, y aunque se acerca la hora del almuerzo, me instalo al azar. El temor de equivocarme lo sofoco, pensando que aun en este caso habré aprovechado mejor mi tiempo, y que el remedio no será muy costoso, para volver a las sendas del turismo profesional y esclavo de los itinerarios.

El tranvía se pone en movimiento, deslizándose rápido por una avenida que, al descender, va anillando fuertemente el promontorio rocoso que sirve de plataforma al corazón de la villa.

La carretera sigue describiendo curvas que cada vez presentan más declive; ya no tengo duda; mi mala elección de vehículo me traerá una grave molestia, que ahora mido al contemplar en lo alto las torres chimeneas del Palacio Real, en cuya plaza están los hoteles y el punto de arranque para todo lo que se quiera ver.

Por la ruta que llevo me alejo de la ansiada villa, rumbo a la costa, que no obstante estar cerca, de llegar a ella se malograrían mis fundadas expectativas de conocer Cintra esa tarde. La incertidumbre me hace preguntar, y previo buen consejo y correspondiente parada del tranvía, tomo un atajo



Entrada do Parque da Pena – Cintra-Portugal

y empiezo a ascender por un empinado camino que me llevará a la «Praca da República».

Durante la marcha voy apreciando lo que me rodea; me diría que estoy en un monte rústico e inaccesible, si al sólo disfrutar de la vista del bosque de encinas, de pinos, de cipreses, todo confundido y amorosamente entrelazado, no asomaran a mis ojos las muchas y magníficas quintas y chateaux, que a ratos se descubren; se creyera, sí, que lo hacen con el recato de no prodigarse, mostrando su esbeltez o el abolengo de sus torres a través del misterio que da sombra a sus graníticas cunas, siempre veladas celosamente por el ramaje y arrulladas con ternura por el cántico virgen de esa flora mil veces excelsa y animada.

Después de media hora que camino sin tomar aliento, arribo a una plaza espaciosa y desnuda, que es núcleo o piso intermedio de la pequeña ciudad de seis mil almas. El panorama que se domina desde ella no es muy vasto ya que la población continúa extendiéndose a mayor altura y las construcciones y feraz vegetación la circundan casi totalmente; el antiguo Palacio Real se alza en el extremo del peñón, y desde la explanada que arranca de sus muros limitando en parte la plaza, se domina el pintoresco caserío del bajo y los alrededores, como también algo de la llanura, con sus diferentes perfiles orográficos y con caprichosas manchas y viviendas, que acusan cultivos y existencia campesina.

No me siento arrepentido de haber llegado con retraso a almorzar. Mientras repongo mis fuerzas

en el hotel, saboreo el error que me condujo hasta el asiento de la base de Cintra, lo que me permitió, al remontar por sus emboscados vericuetos, conocer uno de sus aspectos, que pasa, generalmente, inadvertido para el viajero.

Como lo anterior no ha disminuído mi ánimo, para subir al Castello do Mouros, desde donde, seguramente, me tentaré para sacar fuerza de flaqueza y llegar hasta el Castello da Pena, hago un balance de mis impresiones, y él me indica que mi espíritu transeunte está ya casi prisionero del encanto que fluye de este gran jardín, con relieves de montaña, selvático e impenetrable en su externa contextura, suave y rumoroso en sus ámbitos floridos, misterioso y sobrecogedor en sus rincones de penumbra, fresco y fascinante en la proximidad de sus fuentes y en sus caminos de amor, lo que hace creer que por sobre él flotará eterno el espíritu alado de una quimérica princesa extraviada en su seno.

Y voy subiendo por los senderos que cubre la hiedra y que están tapizadas por una alfombra de hojas secas.

II

Estoy en la cresta de la cima. Un hado invisible quizá fué jalonando mi camino durante una hora de ascensión, bajo el follaje. No tropecé con una alma viviente y la sensación de soledad penetraba gratamente en mi sér a medida que iba internándome por la espesura. Algunas flechas distancia-

das en los senderos alentaban mis pasos vehementes de llegar a la altura; así dejé atrás innumerables recodos sombríos que mi imaginación creía nuevamente encontrar por delante y repitiéndose hasta el infinito.

Una puerta de madera se interpone en mi ruta; tiro de un cordón y allá dentro responde un tintineo metálico. A poco sale al reclamo una vieja guardiana, que descorre el cerrojo y me señala el último tramo que me separa de las ruinas moriscas.

Desde este altísimo sitial, como ninguno otro, de más belleza rodeado, sí que puedo abarcar la variada planicie que se desenvuelve hacia el mar. El bosque siempre triunfante, llena las concavidades y las grietas de las laderas; el caserío de Cintra se ve como si fueran rabiosas pinceladas de color que quisieran resaltar en el fondo muy verde de un paisaje; la vida humana parece tratara de competir con la de esa vegetación en su afán de escalar la montaña, pero vencida por ésta, se conforma con no rebalsar mucho del rellano. Sólo el Castillo de Pena destaca altivo su mole sobre una eminencia rocosa, de la que se creyera es floración de ensalmo, dada la sética identificación de los muros con la abrupta base que los soporta.

De los restos del curioso reducto de los moros parte un interesante muro almenado, que recorre la cima, de trecho en trecho, interrumpido por torreones, que antaño sirvieran para la conducción, de bélicas defensas y que ogaño son aprovechables, como miradores del turismo y talleres *ad hoc* de los artistas.

Voy bajando y subiendo los peldaños de la escalinata hasta llegar a otro pequeño castillo elevado, donde termina la construcción morisca, casi al pie de las elevadas rocas del Castello da Pena. El inmenso y tupido parque del palacio separa desde el fondo de la quebrada ambas colinas. Para llegar a él es preciso desandar mucho camino y emprender una nueva ascensión bastante más larga y penosa que la hecha.

Mientras tomo aliento para continuar mi excursión, compruebo el carácter guerrero que en otros siglos tuviera la sierra de Cintra: por el lado del mar es un baluarte de abismo, enormes rocas muy blancas amenazan perder su centro de gravedad y hendidos cortes de su ladera se enmascaran traidores con el verdor que los cubre.

El Castello da Pena es una extraña construcción, que tanto impone por la línea severa de sus muros, como la apariencia risueña y amable con sus filigranas góticas, sus ojivas moriscas, sus cúpulas bizantinas o sus adornos barrocos.

Fernando de Sajonia, rey consorte de Portugal, aprovechó los cimientos de un antiquísimo convento de Jerónimos para dar vuelo a su imaginación caprichosa y refinada de artista. Su exquisitez de gusto lo lanzó a buscar una fantástica y a la vez armónica combinación entre todos los más delicados modelos del arte gótico y morisco en sus diferentes épocas.

Así vemos en el Palacio da Pena esta original mezcla por doquier, lo que lo ha consagrado, como la coronación más digna de esta montaña, que po-

see todas las riquezas y los aromas de la vegetación oriental.

Para entrar al Castillo se pasa un puente levadizo que desemboca en una bóveda que dice de tiempos medioevales; al salir de ésta y trasponer el umbral de la gran puerta, que es copia de la Alhambra, me encuentro en una terraza con piso y revestimientos de azulejos, encima de los cuales se apoya un dentado cordón de almenas con relieves de finos arabescos.

El panorama que se contempla desde aquí, es soberbio, como nadie pudiera soñarlo; mi mirada cae sobre el jardín más maravilloso y exótico que jamás viera: la atmósfera está cargada de brisas perfumadas; los fulgores del sol cercano al crepúsculo, centellean aún sobre las cúpulas doradas del palacio, abajo los tintes violentos de miles de corolas, de todas las formas y tamaños; que se van poniendo opalescentes por la discreta tonalidad de la tarde, que ya quiere dejar paso a la noche.

Es el parque del Castillo, cuidado y mimado por muchas generaciones de reyes y que hoy va siendo olvidado por los mandatarios de la República.

Entro en Palacio. Y recorro acompañado del guardián: los salones, las habitaciones que fueron de la real familia, la hermosa capilla de alabastro, la colección de vitreaux y de cerámicas de Fernando de Sajonia. Ningún lujo ni comodidad acusan los departamentos que visito: todo es antiguo, sobrio, indispensable...

En la habitación de Don Manuel II, el viejo

servidor me muestra en las paredes unas acuarelas muy bonitas que el ex-rey pintó siendo monarca. Al ver la absoluta modestia del cuarto, pregunto si lo han variado después de su partida; el cuidador me contesta negativamente.

—Eran muy buenos y sencillos los príncipes, agrega, yo los he traído en mis brazos desde pequeñitos. Don Manuel era muy cariñoso con todos y especialmente con su madre. Aquí a este palacio, que era el predilecto de Doña Amelia, venía a acompañarla siempre.

—¿Mucho siente la ausencia del antiguo régimen? le interrogo.

—Indudablemente, a usted, que es extranjero, se lo puedo decir. Serví treinta y ocho años con la familia, y esto y todo eran un paraíso; nunca sucedía algo anormal; además, el país tenía prestigio en el exterior. Eran otros tiempos, señor.

—¿Algún Presidente ha venido a pasar el verano aquí?

—Sí; el año pasado estuvo Sidonio Paes, con cerca de cien personas entre familiares y su séquito.—Y el simpático servidor sonreía entre irónico y triste al nombrar al caudillo republicano asesinado durante el ejercicio del poder.

Yo, sin quererlo, comprendía muchos de los razonamientos que me hacía ese hombre habituado sólo a servir a personas de sangre real.

Parece verdad que las ventajas sociales y políticas que puedan ganarse con un cambio de sistema monárquico en republicano, las pierde, de seguro, el arte y la belleza.

Ya casi a obscuras tomo en dirección a la villa, y voy andando por los angostos caminitos del parque, hasta perderme... Volviendo a subir y luego a bajar, trato de encontrar la buena senda, pero no lo consigo. Paso por fuentes de aguas quietas que reflejan la última claridad vesperal; me aventuro por callejones enramados sumidos en sombras y llenos de sonoridad; me asomo a originales piscinas en que cadenciosos se mueven cisnes y aves acuáticas de extravagante plumaje. Todo es único admirable, pero yo estoy desolado ya casi extraviado en las tinieblas, viendo sólo el firmamento cada vez más opaco, y aumentando por momentos el gorjeo y el rumor que estremecen el paraje.

Algunos sitios, como la gruta del monje y la fuente de los amores, excitan aún mi atribulada atención. La perspectiva de pasar una noche en el Parque da Pena, no resulta muy agradable, por ser su flora, y aún su fauna, demasiado orientales.

De pronto oigo distintamente el acorde de una corneta. Corro en la dirección que creo percibirlo y a poco me doy cuenta que voy de prisa por un espacioso camino que me conducirá a la liberación.

Efectivamente, esa noche perdí la única ocasión en mi vida de haber pernoctado en el Parque da Pena.

¿De cuántos madrigales y galantes discretes, de cuántas anécdotas frívolas y gentiles fantasías, de cuántos ignorados dramas de pasión o de crueldad será mudo y eterno depositario? El jardín florido bajo las caricias del sol, pero tétrico e inquie-

tante al ceñirse el nocturno antifaz, queda muy lejos a mis espaldas.

En Cintra parece estuvieran sepultados los fastos esplendorosos o amargos de una Corte que fué pomposa.

LAS FESTIVIDADES DEL PILAR

La capital del antiguo reino de Aragón, inmortalizada al igual que Numancia, Sagunto o Jerusalén, por la heroica epopeya de su defensa ante la invasión francesa, conserva en gran estima la tradición de venerar y glorificar anualmente una ímagen de la Virgen, que se dice es milagrosa y está bautizada con el nombre de Nuestra Señora del Pilar.

Las fiestas de la Pilarica, como cariñosamente la llaman los aragoneses, es un pretexto para que, amén de las ceremonias religiosas, haya un programa de festejos completo—con muchos carteles de teatros y toros, alrededor de los cuales por algunos días, germinarán muchos cafés de «camareras». También podría decirse que en la celebración de estos días, se vuelve a hacer una consagración de la alegre «jota», que es sin duda la reina de todas las danzas regionales.

Todo esto: procesiones, «jotas» y toros, nos lle-

varon a la hermosa ciudad del Ebro con el ecléctico espíritu de gozar durante las fiestas, como legítimos hijos de Aragón.

La tarde de nuestra llegada a Zaragoza se nos había presentado en gran parte del trayecto, amenazante, preñada de negros nubarrones, lloviendo a ratos, escampando después. Todos los síntomas eran para acoger el más franco pesimismo, y ya en esta disposición, sólo el conformarse resultaba útil.

Cuánta fué nuestra sorpresa y alegría al desembarcar en la estación del Sepulcro y ver una bóveda negra cubriendo las tinieblas acusada a la vista por infinitas estrellas.

La Pilarica, posiblemente tendría participación en el despejo del tiempo; y para ella fué entonces nuestro primer recuerdo.

Aquella misma noche, por frente a nuestro hotel, situado en el Coso, desfiló la más imponente y fantástica procesión, que a mí, tal vez por no haber visto muchas, me pareció sumamente interesante.

Estoy en el balcón con mis compañeros de viaje, un joven matrimonio chileno, y trato de retener en mi retina la impresión caprichosa y elegante que dan a la vista los innumerables multiformes y polícromos faroles, que pasan antes y después, de estandartes, imágenes, pendones... El orden más absoluto reina en ese acompasado caminar alumbrado por los cirios, mientras los acordes de una banda de músicos dan su nota de melancolía en el ambiente entumecido por la fe.

Mi amiga, que ha estado en las monjas, me ex-


ZARAGOZA. Ebro y Templo del Pilar

plica los diferentes pasos de Nuestra Señora de los Dolores y en esta forma ya puedo ordenar mejor en mi mente el significado y el desarrollo de la procesión. Con todo, el demasiado lujo y fuerte impresionismo de los faroles me sigue oliendo a futurismo.

Paseamos por la magnífica avenida del Coso y las delineadas calles de Don Alfonso y Don Jaime, convenciéndonos que Zaragoza es una gran ciudad. La enorme aglomeración de público nos impide ver los escaparates iluminados...

La capital aragonesa es muy interesante en su conjunto y en sus características; descontando la parte céntrica, que es muy moderna, sus restantes barrios tienen un sabor especial; sus calles si se quiere son angostas y tortuosas, pero no revelan ese dejo indefinible de lo antiguo y lo misterioso; por el contrario, los solares zaragozanos tienen aire de pequeños reductos, impenetrables y fríos. Muda idiosincrasia de la «siempre heroica ciudad» que en su agonía de hace un siglo templó el alma de sus cimientos en ruina y legó «un muy aragonés carácter» a las futuras generaciones de sus hijos.

Los alrededores conocidos con el nombre de La Huerta, contrastan por su hermosa vegetación con el aspecto desolado del país de Aragón.

Nuestra Señora del Pilar tiene su capilla en la iglesia de este nombre. Detrás de una reja de plata, entre gran cantidad de lámparas y cirios, se ofrece a la adoración de sus peregrinos una pequeña imagen de alabastro, vestida con una rica túnica que no deja ver, sino la cabeza de la Virgen y la del

Niño de Dios. Y cumplida nuestra visita a la patrona de la ciudad, vamos por los alrededores contemplando las riberas y los puentes del Ebro.

Mi amiga se encantó con los toros, no así mi amigo, que quedó dubitativo. Al regreso, desde la plaza, atravesamos una hermosa parte de la ciudad, con fisonomía casi campestre por las muchas quintas y grandes árboles que bordean la carretera.

La apretura de vehículos es enorme y el público presencia la vuelta de la corrida, atestando las aceras; en los balcones incontables mantillas oscilan al viento escondiendo por segundos, bellos rostros de Aragón. El alma de la jota parece traslucirse en las sonrisas femeninas.

El paseo del Coso está repleto; la animación es creciente y las serpentinas rodeando los cuerpos hacen más vistosos los mantones de Manila. El festival regional de jotas nos espera a hora fija en el Teatro Principal.

El ambiente es de expectación y las elegantes aposentadurías del teatro están totalmente ocupadas. Al levantarse el telón una estudiantina baturra arremete, suave y disciplinada, algunos aires de la tierra; me siento aragonés y contribuyo al bis. Después algunas jotas, cantadas o bailadas, por populares artistas del campo o de la ciudad. Todos vestidos de fiesta, con sus pantalones y chalecos negros, en mangas de camisa, con el pañuelo rojo anudado en la cabeza y la faja de igual color en la cintura. Alegría, sentimiento, patriotismo, amor, dolor... todo va en la jota, en cuyos sostenidos parece que vibrara la fibra más sensible del alma.

Ya satisfecha la curiosidad de lo típico, reverenciada la Pilarica, parten mis amigos.

Yo continúo disfrutando un rato más de la simpatía y de la animación de Zaragoza. Voy por esas calles, solo, pero sin asomo de tristeza. La Catedral y la iglesia del Pilar proyectan su sombra sobre el Ebro; la luna aclara la noche.

CÓRDOBA, ANTIGUO CALIFATO

Por el dédalo de sus calles torcidas y estrechas, inundadas por la luz consoladora del sol de Andalucía, vago una mañana de grata somnolencia bajo el acicate de una hiriente brisa que me regala la Sierra Morena.

La ciudad, cumbre del dominio de Roma, donde florecieran las artes y las letras; la patria de los tres Sénecas; la después capital de algunos reyes godos; la rival en tiempo de los árabes de la Meca, de Bagdad y de Damasco con sus 300 mezquitas, cuyos vestigios dispersara posteriormente el viento de los siglos,—haciendo excepciones de la mezquita única y portentosa alzada en rebeldía contra el gran Califato de Oriente por Abd-er-Rahman I, y continuada con exquisito esmero por sus sucesores Abd-er-Rahman II y III;—la populosa y culta urbe de 300,000 almas, llena de palacios, invadida por las dinastías de los Almorávides y de los Almohades, que le causaron grave quebran-

to en su prosperidad, y que el año 1212 empezara a postrarse bajo el dominio cristiano que iniciara el rey Fernando el Santo, auspiciado por la célebre victoria de las Navas de Tolosa,— se extiende en la fértil llanura bañada por el Guadalquivir y limitada por los pintorescos contrafuertes de la sierra famosa de los paseos de Almanzor y de los bandidos enseñoreados en la mente popular como raros tipos, mezcla de avezados criminales y de nobles aventureros con simplezas de niño.

Al dejar la moderna avenida del Gran Capitán, con sus residencias que acusan aristocrático vivir, y las calles céntricas con muchos casinos y cafés, todos muy amplios y elegantes; después de contemplar por doquier cómo triunfa airosa la capa española en combinación con el sombrero cordobés y el salero andaluz, me interno al capricho por entre doble fila de blanquísimas casas, con viejas rejas retorcidas y sólidas puertas con remaches de bronce, que entreabiertas ofrecen a la vista patios luminosos de estilo árabe, con fuentes bullidoras, con piso de baldosas, revestidos de azulejos, adornados con plantas y aromatizados por flores lujuriosas que indolentes, como en dulce nirvana, se dejan acariciar por los variados reflejos: de esmeralda, de turquesa, de amatista o de topacio que destilan de los vitreaux.

Y siguiendo por los vericuetos siempre alegres, que se estrechan o se separan como jugando, voy recorriendo calles muy limpias, de puro sabor oriental, en que los crisantemos y los claveles saludan desde las macetas de los balcones volantes. De tre-


CÓRDOBA: Interior de la Mezquita

cho en trecho, una muralla vetusta transporta mi imaginación a tiempos que fueron, o una severa fachada señorial me habla de blasones y de interminables y austeras veladas, mientras chisporroteaba la lumbre en el hogar.

Córdoba, árabe o cristiana, vibra intensamente al conjuro del recuerdo.

Dentro de la mezquita, hecha Catedral por transformaciones sucesivas, se admira en todo su mérito la fuerza gigantesca de que se llegó a revestir la arquitectura árabe.

Diez y nueve naves en un sentido, y treinta y seis en el opuesto, hacen la impresión de encontrarse en galerías que alargándose indefinidamente, vedaran la salida.

Las columnas, en número de ochocientas cincuenta, son de granito, de jaspe y de otros mármoles preciosos; los arcos que las unen están formados por piedras blancas alternadas con ladrillos rojos.

Bastante rato ambulé por ese bosque de columnas, admirando sus capiteles romanos y góticos; descubriendo alguna capilla católica, obscura y casinvisible, dentro de la grandiosa decoración muisulmana; visitando el altar mayor que surge del centro de la mezquita, riquísimo en la sillería del coro; deteniéndome ante la capilla de San Pedro, o del Zancarrón,—como la llamaran los españoles a causa del hueso desnudo en el pie de Mahoma,—primitiva de la Kleba, donde los fieles oraban mirando hacia el Mihrab y en la dirección de la Meca. Su cúpula es octogonal, de piedra, cubierta de ara-

bescos delicadísimos y de mosaicos de una perfección asombrosa. Y por último, ante el Mihrab, donde se guardara el Corán, y los devotos dieran siete vueltas de rodillas alrededor del santuario, gastando el duro mármol,—como se comprueba al deslizar el pie por sus sinuosidades,—detallo las filigranas más perfectas y eternas del arte árabe.

Por la enorme mezquita, monótona y fría, veo pasar una que otra cordobesa de mantilla... Alguna devota está postrada ante la rejas de una capilla... Un monaguillo de vestido encarnado aparece y desaparece balanceando un incensario... En el templo se celebran tal vez muchas misas, pero que estarán muy distantes entre sí... Suena el órgano, y su eco sonoro y quejumbroso va poblando los ámbitos de las naves enanas en estatura.

Me tonifico con el perfume de azahar en el hermoso patio de los naranjos; y luego después voy camino del Guadalquivir, en el que un puente romano, avante en faena milenaria, me mostrará sus poderosos basamentos cubiertos con la rojiza pátina derivada del contagio de siglos con las tierras gredosas que abraza en ambas orillas.

El gran califa recibe en el club que lleva su nombre. Ha sido fundado para colgar en sus paredes cabezas de toros de bandera y para que el «ídolo» viejo de «Guerrita» siga disfrutando de los halagos y de la admiración de todo un círculo de notables.

Allí se reunen desde el caballero respetable y de buena renta, hasta el modesto picador que jubiló por reuma. Y todos, en una misma actitud, ya que

no en una parecida vestimenta, es posible, escuchan los chascarros, y una que otra majadería del «hombre» que viejo y encorvado en su chaquetilla andaluza, tutea y mantiene en jaque al auditorio.

Por una curiosidad llegué hasta el famoso torero. Y previa buena presentación, le dirigí algunos párrafos encomiásticos de su gloria...

El «maestro» oyóme en silencio, dándome al terminar unas ¡gracias! secas, y al tenderle yo mi mano en señal de despedida,—¡qué usted siga bien! —exclamó con su voz fuerte e inculta.

A pesar de que el apretón de manos de Guerra fué franco y enérgico, sigo creyendo que en su alma rústica y valerosa, está reflejada la sombra despótica de algún emir fanático. Con todo, es el califa de hoy, y su mezquita es el «Club Guerrita». Los que quieran intimar con Córdoba, deben asomarse una vez a la tertulia del Guerra, y escapar en seguida sin aviso.

Por el camino de Sierra Morena va subiendo el paseo de las tardes. Automóviles, coches, jinetes y peatones van hacia las ermitas de la cima o de visita a las frescas y floridas quintas que se despiertan ante la vista entre naranjales. El hermoso campo andaluz, trepando por los lomajes continúa hasta muy alto, estimulando el espíritu y amenizando la mirada siempre absorta en algo típico de la naturaleza o de las gentes.

Olivares en gran parte del trayecto; naranjales a continuación, pinares sombreando cultivos; jardines que resplandecen de colorido; verjas risue-

ñas que permiten ver beldades apetitosas, cimbrándose en las hamacas; algún burro gris amarrado a una puerta con montura muy roja; allá en el valle, blanca, muy blanca, Córdoba enseña sus rasgos de ciudad de oriente, transportada a occidente.

SAN SEBASTIÁN

Incontables crónicas e informaciones, millares de notas sociales o capítulos noveleros, anualmente basan sus argumentos escénicos en esas playas privilegiadas, que no importa saber el país en que están ubicadas, para que sean los nombres mágicos de la geografía universal, en la boca de todas aquellas personas sedientas, en proporción de su ignorancia, de demostrar hallarse al corriente de la alta vida mundana y de su cruel y tiránica patrona: la moda.

Niza, Biarritz, Trouville, Deauville, Ostende, San Sebastián,—por citar algunas,—rivalizan en abierta lid para atraer a ese cosmopolitismo frívolo, que se mueve inquieto y febril durante tres o cuatro meses del año, tras del dorado capricho de coronar dignamente la concluída estada invernal en las grandes capitales, y para extraer nuevos ánimos y mayor prestigio como reanudarla con mayor brillo después.

Pero hoy día esa temporada de relumbrones fascinantes está lejana, y podría decirse olvidada. Ahora las locas veleidades del oro en el tapete verde se quejan de no disponer de víctimas en número suficiente; ya no halaga los oídos el murmullo tentador de las sedas muy ceñidas, con transparencias que cálidas entretienen las mentidas ilusiones veraniegas; ya los sentidos no se embriagan ni adormecen al conjuro de los «violines de tziganes».

Es la gran capital de Guipúzcoa a la que llego una tarde nebulosa en que el cielo se descarga con finísima y persistente lluvia.

San Sebastián es un alto exponente de la cultura de España. Su fisonomía externa, aristocrática y moderna, al principio desorienta para deducir su íntima psicología; pero luego a pesar de que se ven centenares de vitrinas con modas y artículos parisienses, que por las calles se oye conversar el francés como el español, y que hay demasiados letreros escritos en lengua gala, se llega a la conclusión que su alma es profundamente española y, por ende, tradicionalista.

Amplias calles, hermosos boulevards, magníficos edificios con albores de juventud y pátina de vieja majestad. Todo proporcionado al marco de un gusto refinado y emprendedor. ¡Y qué decir de su bahía única e imponderable en su herradura perfecta! La Concha de San Sebastián—uno de los paseos más sugestivos del mundo cuya elegante explanada va siguiendo obediente el arco de la playa; y a su espalda: hoteles, plantaciones y jardines le


9. SAN SEBASTIÁN — Plaza de Cervantes y Playa de la Concha

dan el encanto especial de una ciudad que—se creyera a la distancia,—brotara de la arena humedecida por el oleaje.

El gran Casino, soberbio y severo a la vez, disimula con la gravedad noble de su arquitectura su papel de pulpo insaciable, infatigable en la atracción de los seres predestinados del azar, de la gloria o del pequeño plomo que silencia y da reposo.

En esta tarde de invierno azotada por un viento tempestuoso que hace llegar las olas hasta los propios muros de la Concha, sólo las ventanas iluminadas del Casino rememoran los bulliciosos y sensuales días veraniegos.

Ni un barco se ve en el mar, de suyo tranquilo e inerme. Todos los mástiles se descubren apiñados en un rincón de la bahía, detrás de la escollera que los defiende. Un tono gris domina sobre el mar, sobre los montes verdes, sobre las villas elegantes, sobre el ramaje desnudo de los árboles.

Las calles se ven casi desiertas. Algunas parejas de enamorados discurren protegiéndose bajo el paraguas. Otras siluetas de vascas muy guapetonas y de pies muy grandes pasan decididas y caminando sonoro.

Es ahora, tal vez, cuando San Sebastián muestra su verdadero aspecto de ciudad muy severa, muy patriota, muy mártir. Y esto lo adivino en el semblante varonil, de rasgos regulares, pero duros, de los hijos de la capital donostiarra,—lo creo percibir en el porte airoso, muy masculino de las mujeres,—lo recuerdo al contemplar los monumentos que la fe patriótica ha levantado en ve-

neración de su historia; lo respiro en el ambiente muy español, pese a la proximidad de la frontera y al avance de una novísima civilización.

San Sebastián gusta a los extranjeros porque en sus hábitos de vida, al mismo tiempo de mostrar a la España clásica, ofrece su variado caudal de espíritu práctico, ya fraterno del ajetreo múltiple y aventurero que sigue al turbión de la existencia que no se detiene.

Desde la terraza del hotel, sobre el paseo de la Concha, contemplo la masa de obscuridad, que sólo algunas luces en la entrada de la bahía se atreven a herir. Pero muy cerca a mi derecha, el Casino ilumina pródigamente sus contornos, mientras dentro los «croupiers» hacen correr la bolita fatal y las raquetas como movidas mecánicamente van limpiando de duros los cuadros vencidos de la ruleta.

Poniéndome a tono con la tristeza de la noche sin estrellas, pienso que al día siguiente atravesaré la frontera camino de París. Y en la víspera de dejar la tierra de España recuerdo a Madrid y a muchas otras cosas que como la bóveda negra que me rodea son interrogaciones para el espíritu.

GALLITO HA MUERTO

Gallito ha muerto... Su esbelta línea de gladiador dejó de ser imán de las multitudes febricitantes. Como el Espartero, resultó ser un predestinado de la tragedia borracha de colorido y emoción. Y la sangre de su vientre mártir empapó sus dorados alamares al caer en la arena tantas veces pisadas en los alardes triunfantes del valor burlando la muerte.

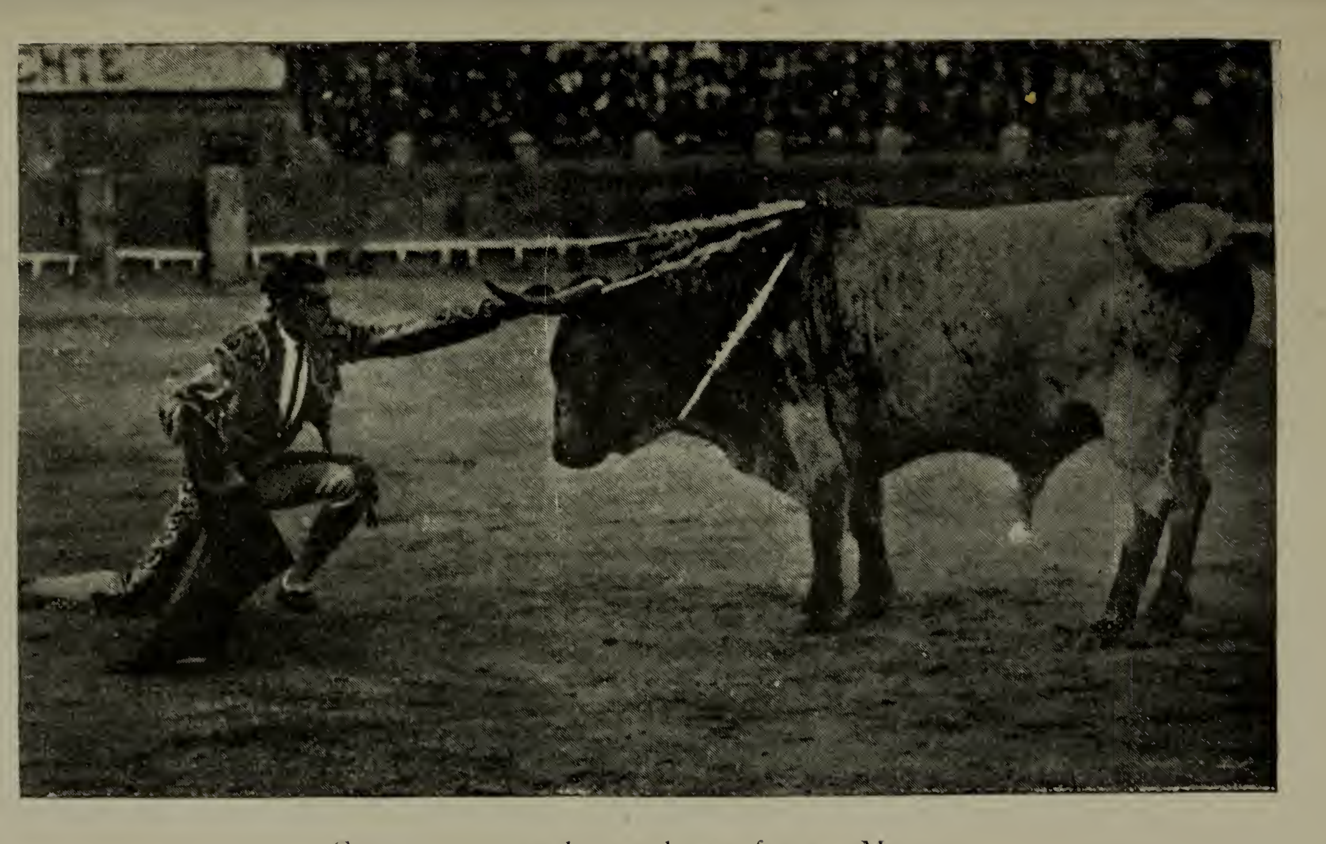
¡Gloria a Gallito! ha sido la exclamación que ha corrido por la cadena del alma española sin saltarse un eslabón. Un reguero de flores y de lágrimas partió de la plaza de Talavera de la Reina, y con él la expresión grande de un sentimiento todavía incapaz de reflejar la intensidad plástica del sacrificio. La romántica historia de un torero fué cerrada por la venganza de una bestia que noble rehabilitara la ciega pujanza de su especie.

El «niño de Gelves»,—como también le llamaban,—saltó la barrera extendiendo su capa llena

de gracia y poder ante la situación crítica en que viera colocado a su amigo y cuñado, el gran diestro Sánchez Mejías; y su atracción siempre imperante se llevó el peligro y con él la muerte. Instante incomparable debió ser aquel en que Gallito ofreció sus facultades únicas, impotentes en ese caso para salvar las dos vidas humanas que el toro ambicionaba en su nobleza. Optó inconscientemente por entregar la suya y su desplante debió adquirir la más intensa gama de la belleza clásica, que antaño ofrecía el espectáculo del hombre aceptando la beligerancia de la fiera.

Es indispensable comprender el alma de la fiesta taurina para darle su justo valor a las proezas que se suceden en la arena. Muchos creen que el estoque del gladiador siempre dará en tierra con la vida del animal, y nunca ven la posibilidad de que las armas de éste produzcan antes sus efectos. Esto último ocurrió esa tarde en Talavera; seguramente cuando nadie lo presagiaba, cuando todos estaban confiados en la agilidad y en la suerte de los diestros; cuando el circo secretamente anhelaba un mayor sabor trágico en las faenas; cuando algunos gritaban haciendo mofa de las pesetas que se llevarían los toreros.

Y el instante fatal que la psicología humana siempre busca contemplar para horrorizarse y llorarlo después, se presentó implacable. Un hombre, cual un pelele, caía de unas astas enrojecidas, y otro le sustituía manteniendo febril la atención del público, cuyo espíritu de Moloch aún no sacudía el hálito de la tragedia.



Gallito rematando una buena faena.—Madrid

Sobre el hule de la enfermería, moría el más grande de los toreros que ha tenido España, entre tanto la multitud embravecida jaleaba la faena del espada que temerario buscaba los aplausos que en eco poderoso irían a aureolizar el rostro del torero moribundo.

Así el valor se vengaba de la muerte; así un diestro probaba su «vergüenza torera» sobreponiendo a su dolor de pariente su deber de colega.

CONFERENCIA DICTADA EN EL CLUB DE SEÑORAS DE SANTIAGO EL 12 DE MAYO DE 1910.

Antes de hablar, sobre algunas de mis impresiones de España, tengo que dar las gracias a esta culta institución, por el honor que me ha dispensado al invitarme a tomar parte en estas Conferencias, donde alternan los nombres de nuestros más brillantes propagandistas de la pluma y de la idea.

Al dictar esta conferencia no puedo menos de preguntarme—como se lo preguntarán muchas personas—por qué se han acordado de mi nombre, hasta hoy desconocido en las justas de esta clase.

Por mi parte, si puedo decir que nada justifica mi presencia ante un tan culto auditorio como es el que se reune en esta casa, y aunque no pienso disculparme de mis pocos méritos, debo, sin embargo, solicitar vuestro perdón benévolo, por las

muchas deficiencias que en este como en todos los casos acompañan a la inexperiencia y a la juventud.

Voy a hablar de España, y al hacerlo, mi memoria y mi espíritu me transportan a esa tierra privilegiada, de fresco colorido como el cromo de una pandereta, pero que a la vez sabe de siglos, de heroísmos, de exaltados sentimientos, de hidalguía generosa; nobles virtudes que ogaño como antaño han constituído la savia del espíritu ibero, creador de razas y de destinos.

La patria de Cervantes y de Calderón, de Velásquez y de Goya, ha sufrido en el curso del pasado siglo de todas esas trágicas vicisitudes derivadas de los desastres coloniales, allá en continentes lejanos, separados de la Metrópoli por extensiones implacables.

El alma de la raza no obstante estos descalabros no sufrió de las cobardías y de los desalientos inherentes a los instantes críticos, que tan frecuentemente han conducido hacia el abismo a los pueblos incapacitados para renovarse o reconstituirse. Por el contrario, España, ha ido construyendo sobre los escombros de su perdida grandeza y sembrando en el que fuera campo negativo de sus pasados errores,—que fueron grandes como los designios que los engendraron—en una forma tal, que España contemporánea hace el efecto de ser hija de la otra España que habla por sus viejas catedrales, por sus invictos pendones y por sus torres hurañas.

En cambio de las conquistas de la espada otras conquistas se diseñaron en el horizonte español;



CÓRDOBA.—Patio de una casa particular

los libros y los lienzos fueron los nuevos misioneros de la civilización ibérica, que llevaba ahora el propósito liberador de ensanchar, como lo han conseguido, las esferas del pensamiento y con ellas las serenas actividades del bienestar apoyado en el trabajo y en un nuevo concepto del progreso humano.

En España hoy día, no se disimula la aversión hacia la leyenda trágica y sangrienta nacida de sus guerras religiosas de antaño. Así he podido comprobar, que al amparo de este sentimiento cada vez más confirmado, ha surgido desde principios del siglo pasado una democracia intelectual vigorosa y optimista, consciente de su porvenir aunque mesurada en sus avances.

Aquello tantas veces repetido como causa de decadencia en España, de una indolencia meridional saturada de fatalismo africano, es por regla general un falso producto de divulgación extranjera.

Asimismo puede decirse que a pesar de los variados aspectos de regionalismo, del gracioso sabor local de las costumbres populares, de las pinceladas llenas de pasión y colorido, que reflejan en el paisaje, en la música y en las letras, los sentimientos y placeres del pueblo español, tampoco puede asegurarse sea exacta, la figura original, pero tendenciosa, que compara a España con una enorme pandereta de Andalucía, en que una moza muestra sus dientes marfileños martirizando un rojo clavel como sus labios, o un apuesto torero en actitud donjuanesca apoya su traje de luces en la reja florida de una beldad sevillana.

Ni la España musulmana y perezosa; ni la España negra e intransigente; ni la España de pandereta y de saraos fastuosos pueden asomarse a las ventanas de este siglo totalmente ocupadas por una España renovada por el progreso, alentada por el vigor de una raza y segura de sus designios históricos.

Esta afirmación posiblemente sea una sorpresa para muchos, pero su efectividad puede demostrarse a poco que el viajero penetre en la filosofía de sus leyes, en el santuario de sus artistas, en el gabinete de sus pensadores, en el laboratorio de sus hombres de ciencia, en la cripta de sus héroes.

Sepultados en el viejo solar, fatigados por tantas guerras quiméricas y tantos jirones de soberanía perdidos, los españoles hicieron durante muchos años una barrera de los Pirineos. El poderoso orgullo nacional no se avenía a contribuir, como mero espectador al creciente progreso de países que antes amenazara o abatiera con su espada. Vivian pobres y aislados, aunque esta pobreza fuera sólo en el sentido administrativo y político, ya que en el artístico España nunca ha tenido fronteras y los productos de su genio espiritual son libre patrimonio de todas las almas y mentalidades del globo.

Pero esto era casi desconocido por los españoles mismos, que ignoraban lo que significaban sus museos, sus archivos, sus viejas ciudades.

El paisaje estaba lejano y difuso para los prosistas y pintores españoles. Hasta Velásquez y Goya la tendencia mística invadió los campos del

espíritu y la exaltada imaginación de los hombres sólo buscaba en las alegorías celestiales o infernales, el anverso y el reverso de la vida.

Fueron algunos grandes escritores extranjeros como Chateaubriand, Byron y Hugo, de romántico y estético hispanofilismo los que a través de su literatura colorista y bien intencionada formaron en torno de España una idealidad muy superior a la visión plástica y real que han dado hasta hoy los escritores españoles en sus cuadros de naturaleza y de costumbres.

Aunque esta literatura pecara de exagerada, el hecho fué que con sus vigorosos relieves, tanto en el verso como en la prosa, hizo renacer la vieja leyenda de hidalguía, de invencible orgullo, de amor trágico, de mujeres hermosas, de vino y de sangre, de sol y alegría.

Es la leyenda meridional que culminó con Gauthier y que todavía encuentra eco en los didácticos libros de Maurice Barres.

Entonces se incorporó a la literatura europea una nueva visión de España, muy distante de la leyenda negra de los tiempos del Santo Oficio. En ella se aperciben nuevos horizontes que muestran palacios señoriales rodeados de parques seculares, viejas ciudades con Catedrales y Universidades, paisajes de una belleza y de un encanto privilegiados.

La España oriental, sensual y soñadora con sus mezquitas, sus jardines y sus patios floridos surje en la literatura al lado de la España mística y de-

vota de los monasterios y de las inspiraciones religiosas.

Aunque estos cuadros no siempre fueron exactos es indudable que alcanzaron un gran mérito artístico. Y vemos entonces, desfilar ese mundo goyesco, compuesto de manolas y chisperos, de chulos y contrabandistas, de guapas mujeres, de toreros de oro y seda alegrando los corrillos.

Así también, las poéticas montañas del norte; los hermosos vergeles de Andalucía; el Escorial sombrío; Toledo la dorada; Madrid con sus Cortes, su Prado y sus bailadoras de tablado; Sevilla con su Giralda, sus balcones cubiertos de claveles y su canto flamenco; Granada con su Alhambra y el Albaicin con sus típicos gitanos; Valencia con su huerta frondosa; Zaragoza con su Ebro famoso y con su jota, que hace llorar no se sabe si de alegría o de tristeza.

En la actualidad la romántica leyenda española no vive sólo en el paisaje ni en las ciudades, sino también en la literatura, en el teatro, en los lienzos pictóricos, en las fiestas tradicionales, en los cuadros callejeros. Y podemos ver y sentir al Madrid clásico de las verbenas y de los bailes del Manzanares en las obras del más grande de los naturalistas españoles: el genial Goya. El alma de Castilla se nos presenta hoy en esos tipos tan reales y vigorosos de Zuloaga con un fondo ascético y bajo un cielo tenebroso. El mar levantino y la naturaleza triunfante se reflejan por doquier gracias a la paleta llena de colores de Sorolla. La gloria del sol y del cielo español sobre la poesía del

Mediterráneo expresada a la par que las descripciones de la fiesta nacional y del romanticismo torero en las novelas del más meridional de los escritores españoles, el valenciano Blasco Ibáñez. La armoniosa y optimista existencia sevillana descrita con maestría por Palacios Valdés. El ambiente cordobés apacible y sereno, haciendo contraste con la leyenda del amor conducido por los celos, de los bandidos hidalgos y de la navaja en las ligas femeninas, tocado con sin igual acierto, por el humorismo elegante de don Juan Valera en esa su joya literaria Pepita Jiménez. Las ciudades, las luchas y costumbres de las nuevas generaciones por las sobrias y precisas pinceladas de Pérez Galdós. Los cantos llenos de unción a la montaña y a la tierruca santaderina que hacen recordar a Pereda. La obra luminosa y naturalista de la egregia escritora la condesa de Pardo Bazán que nos hace sentir con las rias y las ternuras gallegas. El árido panorama de Castilla, las llanuras de la Mancha, los villorrios, los ventorros, los tipos de la raza y las evocaciones del Quijote llegando hasta nosotros a través del puro estilo clásico de Ricardo León. Y don Ramón del Valle Inclán el más artista de los literatos españoles del día, haciéndonos ver nuevos temas de estética con el influjo de su prosa alada y misteriosa.

———

Siempre que dejé Madrid en busca de nuevos horizontes que entretuvieran mis ansias de viajero, lo hice con el ánimo optimista y predispuesto

a compenetrarme espiritualmente con la tierra, sus ciudades y sus hijos.

Así, recorriendo la cordillera pirenaica por carreteras suspendidas sobre el abismo lleno de verdura, pero traidoramente temible, mi retina se habituó a la contemplación serena y meditativa de la montaña, de sus nieves eternas, de sus pobladores con apariencias bíblicas; y cuando el anochecer envolvía de misterio la quebrada y el valle, y el resplandor del crepúsculo se mostraba débil sobre la cima, allí en el blanco pueblucho de las costumbres patriarcales y de las garridas mozas, acogía la noche como una bendición que me aliviaba el alma precipitándola suave por la ruta de los recuerdos, que es también de los ensueños.

Nunca olvidaré las impresiones de algunas de esas tardes en los Pirineos. En una de ellas me fué dado extasiarme ante un cuadro que difícilmente se presentará otra vez a mi vista: una claridad rojiza desaparecía lentamente en el horizonte azul del mar de Francia; Biarritz y San Juan de Luz destacábanse en el litoral distante como rosales de un jardín polícromo, más próximos los valles ondulados sucediéndose hacia los lomajes fronterizos y por sobre su verdor de malaquita los manchones blancos de los rebaños, apretujándose camino de la querencia; por los senderos que van a la carretera, muy nítida entre cornisas de nieve, venían o se alejaban los labriegos y pastores, obedientes al toque de queda; los techos rojos sobre paredes blancas descubriéndose en artísticas dispersión por entre el ramaje de los olmos y de las

hayas y el eco de un aire vasco poblando las concavidades de la montaña.

Imposible imaginarse nada más natural, de más fuerza impresionista y a la vez de mayor sencillez. El paisaje y la jornada cotidiana replegándose ante las sombras y entonando un salmo de vida y amor sobre los dos países abrazados en los Pirineos.

Cerca del pueblecito de Burguette, que parece por sus techos muy inclinados y sus humeantes chimeneas haber sido transplantado de países nórdicos, se ofrece a la vista del viajero un gran edificio, casi en ruinas, rodeado de un cerco de bosques y de montañas, que lo hace más interesante y misterioso. Una torre maltrecha que enseña altiva su poder sobre los siglos indica que se trata de una fundación religiosa. Ella es la famosa Colegiata de Roncesvalles, cuyos frailes se dedicaban en pasados tiempos a auxiliar a los viajeros extraviados como los ermitaños del Gran San Bernardo.

Entramos a la humilde capilla llena de sombras y con la atmósfera cargada de las emanaciones de la humedad y de los aromas del incienso. Un enorme retablo con pinturas descoloridas y adornos de bronce es lo que se destaca en la ermita, y en los rincones algunos tableros de vidrio encerrando amuletos, reliquias y ofrendas venidas desde muy lejos.

La colegiata de Roncesvalles perdida en el corazón de la sierra y olvidada de peregrinaciones y visitantes echa entonces al vuelo una campana,

entre tanto el viejo órgano que suena grave y pausado embarga nuestro espíritu de una emoción de triste y penosa soledad.

Los Pirineos hacen cambiar el ánimo como una cinta cinematográfica la fases de su farsa.

——

A media hora escasa de Madrid el pueblo de Vallecas celebra sus fiestas. Los vecinos están de plácemes y los más mozos se aprestan a demostrar sus arrestos en la tradicional capea que dirá de algún astro torero en ciernes.

Atravieso las retorcidas callejas del villorrio castellano y me encuentro en la plaza circundada por una barrera de carretas y de trancas. Todo el pueblo está congregado en ella; una alegría sana se trasluce de los rostros y de las espansiones amistosas con que todos confraternizan. Los hombres están en el improvisado redondel luciendo sus trajes de gala y sus capas de lidia; las mujeres estrenan vistosas túnicas de percal almidonado, de sus cuellos y orejas cuelgan relumbrantes embelecos metálicos y brotan de sus peinados coquetas flores del mediodía. Se respira alegría, se observa moderación y se advierte el goce de vivir que anima a todos por igual.

Por entre dos carretas sale un torete que embiste en todas direcciones. Se despliegan las capas, hay alardes de valor, hay caídas por docenas, huyen otros, chillan los más, las mujeres aplauden a rabiar, los viejos se emocionan al recuerdo de las capeas de aquellos tiempos siempre mejores.

Sobre un elevado tablado *ad-hoc* hay una familia de campesinos y hacia ellos me dirijo solicitando sitio de donde ver mejor. Una mano rugosa me atrae desde arriba y me encuentro en la confianza de unos seres rústicos, pero de expresión noble. Una bota de vino llega veloz como mensajera de cordialidad, bebo y luego va de boca en boca infundiendo rubor en las mejillas y mayor brillo en las miradas.

Sentado entre esas buenas jentes, dos labriegos y sus familias, paso la tarde entretenido viendo salir una y cien veces los toretes alquilados para la capea.

Los muchachos se han puesto roncos de gritar; los seudos toreros muestran cansancio en sus fingidas actitudes flamencas; los más aporreados se reclinan vencidos sobre las ruedas de las carretas.

Varios acordeones y flautas arremeten pasos dobles, mientras los botijos van cumpliendo su cometido de sostener los ánimos. Algunos requiebros se producen entre el gentío y las muchachas responden entre risas, con aviesa intención en sus miradas de fuego.

La tarde se concluye. El baile ha reemplazado a la lidia y los forasteros nos disponemos a dejar a los vallecanos que disfruten en confianza de la cena y de sus festejos más íntimos.

Me despido agradecido de mis amigas y amigos del mirador; quiero recompensar y no puedo, la vieja hidalguía castellana por boca de un labriego me dice no lleve la mano al bolsillo. Hay apretones de manos y ofrecimientos que expresan since-

ridad, correspondo con efusión y parto hacia la llanura. Madrid a lo lejos se destaca luminoso y hacia él voy avergonzado sintiendo la pesadumbre de dejar a mis espaldas una existencia idílica.

——

La capital y corte de España es hija disputada por las entrañas de la Sierra y de la estepa. Sobre la árida llanura castellana, en las estribaciones del Guadarrama surge Madrid, moderna ciudad que a la vez que respeta los exponentes de tiempos añejos, cumple su cometido renovador conforme a los actuales.

Así vemos que a la distinción ya secular de sus parques, de sus paesos y de sus viejas calles se une imperceptible el espíritu comercial y de múltiple actividad que se ha enseñoreado en otras arterias. Algo parecido ocurre en las costumbres, en los trajes, en el gusto en los centros culturales y en los de solaz. Lo moderno armonizando sin ruido ni brusquedades con lo que el prestigio de los años hizo respetable. Podrá argüirse que las almas como las cosas requieren súbitas transformaciones para marchar paralelas con la vorágine de la civilización, pero este argumento es convencional y se hace dudoso, cuando se trata de un país que como España tiene su historia, su cultura y su psiquis muy suyas; factores absolutamente ligados por el transcurso de siglos y que impiden asimilar de golpe esas novísimas y muchas veces disparatadas ficciones de que tan pródigo ha sido este siglo.

Con sólo ambular por las calles de Madrid se observa esta cortés y curiosa combinación de va-

lores, antiguos y modernos, o también podrían llamarse castizos y cosmopolitas. Nada extraña ver esos tipos que recuerdan a los descritos por Quevedo alternar con los señoritos vestidos a la «derniere»; como tampoco cruzarse finos carruajes y automóviles con los destartalados simones y las típicas calezas. El joven taxi y el anciano simón parece se sonrieran amistad, y esto aunque paradójico tiene mucho de simbólico.

Otras veces paseando por el Retiro o la Castellana se creyera que la concurrencia del Bois de París se hubiese trasladado a la capital de España, tal se asimila la sociedad que veranea en Biarritz y San Sebastián a las últimas concepciones de la moda y de los caprichos del «boulevard». Y sin embargo, esa sociedad tiene orgullo en ataviarse con la clásica mantilla y tocarse con la airosa peineta en las tardes de corrida y después volver entre cascabeles y risas demostrando su gracioso y chispeante españolismo.

Esto es hermoso y a la vez significa la existencia de un gran espíritu de raza comprensivo del romántico pasado como de la mundana realidad.

La caridad y las bellas prácticas que sin excepción preocupan a las sociedades civilizadas, tienen en la mujer española una notable cultora. Amante del hogar por tradición ella cumple sus deberes y busca su perfeccionamiento espiritual sin la frivolidad amable que caracteriza a la «parisienne», pero sí, con la gallardía y simpatía que le dan la conciencia de su propio valer. La caridad ocupa gran parte de su actividad y las prácticas religio-

sas una no menor. Pero ambas tendencias nada dicen de intolerancia o atraso espiritual, por el contrario, la mujer española culta adora la literatura, tiene ensoñaciones de arte y de estética; asiste sin recelo a los estrenos teatrales, no descubre el pecado en las obras maestras del desnudo que se exhiben en los museos, y cuando va a París se enmascara con un algo, un no se qué de picardía.

Fiel exponente de la cultura ambiente madrileña es su literatura objetiva.

El teatro modernamente encauzado por las sátiras sutiles y los diálogos finos de Jacinto Benavente; por las críticas agudas y la técnica admirable de las escenas de Linares Rivas; por la tierna filosofía, la gracia delicada y de sabor local que llena la obra de los Alvarez-Quintero; por la nota artística de las comedias de Martínez Sierra, es el principal tentáculo del arte literario español.

Quince o veinte compañías se reparten los variados géneros que se agrupan entre el drama clásico en verso hasta el sainete de Lavapiés.

Desde la «Vida es Sueño» de Calderón de la Barca que se representa en el que fué viejo corral de la Pacheca y hoy hermoso teatro Español hasta las funciones del estilo de la Verbena de la Paloma en el ambiente del popular mercado de la Cebada. Y entre estas piezas cumbres surge el teatro contemporáneo español con orientaciones de psicología mundana en el marco de la alta comedia de salón, sin que esto impida que Benavente recree a los niños con obras de magia o que Muñoz Seca siga cultivando, irónico y satisfecho la astra-

canada y el chiste malo. Al lado de los autores están los traductores laborando para dar a conocer las obras maestras del teatro extranjero, con preferencia de las profundas tesis de Ibsen y de los intencionados y elegantes motivos de las sátiras de Oscar Wilde.

El movimiento feminista en España, se puede decir está en sus comienzos, a pesar de existir una gran corriente de simpatía hacia la nivelación de los derechos y actividades de los sexos. Las opiniones españolas más autorizadas están de acuerdo en que sólo puede existir una moral y que para obtener este resultado, es indispensable concederle a la mujer todos los privilegios que sean compatibles a su estructura física.

Esto sucede en la teoría, pero en la práctica la realidad es otra. Debido tal vez a innegables influencias ancestrales, el hombre, aunque comprendiendo cabalmente la ideología social de esta época, conserva la conciencia atávica de su fuerte personalidad, generosa para su compañera en todo cuanto se relacione con el amor, pero mezquina en favorecer los legítimos anhelos de iniciativa y responsabilidad que debiera tener el sexo contrario.

Esta situación es el reflejo de la eterna lucha entre los sexos, que unidos en el amor como en los tiempos primitivos aún no se han repartido equitativamente los triunfos y decepciones que engendra la acción, palabra que condensa la más profunda verdad filosófica de la vida.

Está probado, y esto lo saben los españoles, que

los países más adelantados en cultura e instrucción son aquellos que poseen una legislación social que permite a la mujer formarse otro concepto y desarrollar otra actuación en los asuntos de la colectividad.

Pero en España la ayuda del hombre al movimiento feminista, no es muy franca; y lo principal, la mujer en tésis general, tampoco demuestra muchos deseos de alcanzar una más amplia esfera de desenvolvimiento útil.

Al hacer esta afirmación hay que apuntar las consabidas excepciones, y sobre todo, decir que los poderes públicos y la clase intelectual han favorecido valientemente estas aspiraciones cuando se han hecho ostensibles.

Desde Concepción Arenal, cuyo centenario se celebró no ha mucho, hasta doña Emilia Pardo Bazán, que es la más enérgica feminista del día, muy pocos nombres y menos campañas se registran.

Sofía Casanova y Carmen de Burgos tienen su prestigio bien ganado en los círculos literarios. Y doña Emilia, que hace honor al idioma y a España, aun está ante el dintel de la Academia, por ser mujer. Esto probará que la evolución es todavía lenta.

Y peregrino incansable por España tengo presente tus bosques y jardines de Aranjuez, con su Tajo siempre aristocrático y echando de menos las reales falúas de Carlos IV e Isabel II; recuerdo tus costas del Cantábrico que son romántica cuna

de marinos, de pescadores y de aventureros de leyenda; rememoro tus noches de luna en Toledo, sobre el puente de Alcántara y en el misterio de tus encrucijadas que hablan de los siglos y de sus tristezas; vuelven a mi memoria los días en que ví picachos nevados, pinares esbeltos, pueblecitos casi primitivos perdidos allá en la Sierra de Gredos; llama a mi imaginación la figura ascética del solitario del Escorial y de su obra grandiosa; otra vez, veo a Córdoba la blanca con su mezquita, sus minaretes y sus quintas serranas; desfilan por mi mente los blancos velámenes sobre fondo azul, que conducen los balandros en las playas de Santander y San Sebastián; perdura mi espíritu el suave sortilegio de los campanarios y del ambiente místico de Santa Teresa de Jesús, flotando en el almenado recinto de Avila; se impone, como ayer, agigantado a mi retina la majestad eterna del acueducto romano de Segovia proyectando una sombra que se prolonga hacia las rocas del Alcázar; vuelvo mi vista hacia los claustros casi mudos de la universidad de Salamanca y veo la ciudad como apenada de nostalgias estudiantiles; conservo como un mosaico querido la impresión polícroma de las vestimentas regionales y la plañidera de los aires del terruño que siempre hacen vibrar las almas, unas veces camino a la alegría, otras al dolor.

Y guardo lugar predilecto a un sentimiento que es de admiración y de justicia, se lo dedico a la mujer española, mujer expresiva y hermosa, que sabe de mantillas, abanicos y flores en los tendidos del

circo taurino, que pasea su andar lleno de majeza por Alcalá o Recoletos, o que exhibe su «chic parisien», en el tráfago de la Castellana o del Retiro.

Tengo grabada la contracción de sus facciones en un gesto de emoción sensual ante las peripecias de la lucha del hombre y de la fiera; así como sus sonrisas tentadoras y sus ojos prometedores entre la multitud callejera, o sus aplomos de maduras duquesas o jóvenes marquesas, yendo por el paseo con todo el disimulo y sutil displicencia que aconsejan los rigorismos del tono y de la moda.

Señoras y señores: he tratado de interesaros llevando vuestra imaginación por tortuosos caminos hacia el viejo solar de nuestros antepasados. Hubiera querido hablaros de cosas más bellas, de impresiones más cristalizadas. Si tal no he hecho ha sido porque mis observaciones fueron pobres y fugaces y, por lo tanto, nunca pensaron hallarse frente a frente del veredicto de un público.

Para terminar os digo, sin la careta convencional de la modestia que sólo por vosotros, he encontrado demasiado largo este rato que he robado a vuestra atención y benevolencia.



ÍNDICE

